

CIC

BELOT

EL DRAMA
DE LA
VIE DE LA PAU

PQ2193

.B7

D78

10000



1020026085

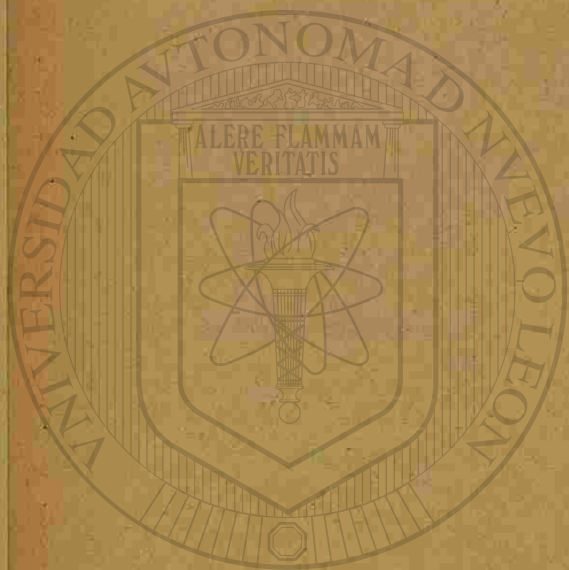


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL DRAMA

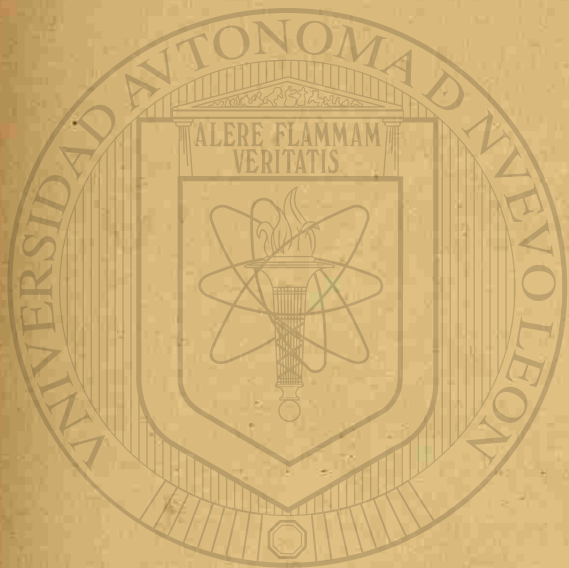
DE LA

CALLE DE LA PAZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor B4522
Núm. Adq. 29763
Procedencia - 8 -
Precio NA
Fecha 5/9
Asistió 5/9
Catalogó 5/9



ADOLFO BELOT

EL DRAMA

DE LA

CALLE DE LA PAZ

TRADUCCIÓN DE

E. PASTOR Y BEDOYA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1896



85801

29763

843
B

PQ 2193

B7



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL DRAMA

DE LA

CALLE DE LA PAZ

PRIMERA PARTE

I

El interés político absorbió hasta tal punto nuestra atención, durante los primeros meses del año 1848, que pocas personas recordarán hoy las catástrofes privadas ó judiciales que en gran número se sucedieron durante esta época tormentosa. En efecto, lo que en tiempo de calma basta para alimentar nuestra insaciable curiosidad parisiense, no sabría convenir en los días turbulentos y de revolución. ¿Cómo interesarse por el drama que se desarrolla entre los muros de una casa ó detrás de la puerta de la sala de una audiencia, cuando pasa ante nuestra vista otro drama palpitante en el cual estamos directamente mezclados porque pone en juego nuestros más queridos intereses?

El cañoneo, la fusilería ensordecen los demás ruidos, y nosotros permanecemos sordos á los gritos que no suben de la calle.

Esto es lo que explica cómo en los primeros días

de marzo de 1848, ha podido juzgarse en París un proceso tan dramático y extraordinario como interesante. Vamos á contar en todos sus detalles, después de los periódicos de la época, nuestros recuerdos personales y ciertos documentos particulares que nos han sido comunicados.

El 20 de octubre de 1847, á las siete de la mañana, la diligencia que hacía todavía en esta época el servicio de Marsella á París dejaba en el portal de las Mensajerías de la calle *Notre-Dame-des-Victoires* dos mujeres, dignas, por más de un concepto, de llamar nuestra atención. Jóvenes y notablemente hermosas, tenían algo en su aspecto y fisonomía que indicaba á primera vista su origen extranjero. Una de ellas, sobre todo, ofrecía un tipo lleno de bizarros contrastes : la frente, de una pureza angelical, grandes ojos azules, muy dulces, pero un labio en el que se leía la pasión, y espesas cejas que casi se tocaban y revelaban una energía indomable; un tinte ligeramente moreno, con los encarnados colores de la juventud y sus negros cabellos, decían evidentemente que aquella beldad era de la Italia del Norte. Julia, en efecto, era genovesa, como su compañera, una hermosa morena de talle esbelto y formas tentadoras.

Estas dos italianas eran al mismo tiempo parisienses, ó al menos no desconocían los usos de París; la que hemos llamado Julia había en un principio vacilado al descender de la diligencia : parecía que esperaba algún brazo amigo; después, corrió sin titubear hacia la sala en que los extranjeros esperaban en esta época la llegada de los viajeros.

Indudablemente no encontró á la persona que esperaba ver, porque después de una rápida mirada se lanzó á la calle; pero allí también el examen fué inútil, y Julia, desalentada, se reunió á su compañera de viaje, que á su vez se había apeado y se ocupaba en pagar el precio de los asientos.

—¡No está!... ¿Cómo es eso? exclamó Julia, abordando la situación.

—Paciencia, *señora*, va á venir.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!... cuando no le he visto hace dos meses, cuando ya debiera haberlo abrazado cien veces.

—¿Cómo, delante de todo el mundo?

—¿No es mi marido?

—Sin duda, sin duda; ¡oh! *madama* tiene derecho...

—¿*Madama*?... ¿Me llamas *madama* ahora?

—Estamos en París.

—¿Esto no debe cambiar nuestras relaciones? Te tengo dicho que continúes tuteándome aquí como en Génova; eres mi hermana de leche, mi compatriota, y no te permito que te creas una camarera... pero ahí viene un carruaje, y sin duda es él!...

Al decir estas palabras se lanzó al encuentro de un carruaje que acababa de llegar, pero volvió en seguida diciendo:

—No, es un señor muy feo, no es mi marido.

—¿Estás bien segura de que ha recibido tu carta? preguntó Marieta, que tal era el nombre de la otra joven.

—¿Cómo no ha de haberla recibido?... yo la eché al correo en Marsella, dos días antes de nuestra par-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

IND. 1625 MONTERREY, MEXICO

tida, y el correo adelanta muchas horas á la diligencia.

—Entonces el señor Vidal se habrá olvidado de despertarse. ¿No decía en una de sus últimas cartas, que, obligado á separarse de su criado, tenía un muchacho?

—Sin duda; ¿pero crees que haya podido dormir, cuando me esperaba? ¿No sabes cuánto me ama! —añadió con una deliciosa sonrisa que permitió ver sus admirables dientes.

Todo esto fué dicho rápidamente, mitad en italiano, mitad en francés, porque Julia, en su vivacidad meridional, preguntaba de prisa, sin fijarse en el idioma de que hacía uso. Un empleado de las Mensajerías vino á interrumpirlas. Se trataba de reconocer los baúles. Algunos minutos después, dijo Julia:

—¿Qué vamos á hacer ahora?

—Subir en un coche y que nos conduzca á casa de tu marido.

—¿Y si nos cruzamos en el camino?

—Ya nos apercibiremos, y aquí le dirán que hemos partido.

—Vamos, dijo Julia.

El coche que había traído á aquel señor *muy feo* estaba á punto de partir. Marieta le hizo una seña.

—¿Qué tienes *mia cara*? exclamó, oyendo á Julia lanzar un suspiro en el momento en que tomaba asiento en el vehículo.

—Tengo... que hubiera querido volver á entrar con él en esa casa en que he sido tan feliz después de mi matrimonio.

—Pero en un instante os encontraréis juntos.

—No sé; tengo miedo.

—¿Qué idea! ¿Teméis que esté enfermo? No lo está nunca.

—Estoy inquieta... ¿qué despacio vá este carruaje!... nunca llegaremos. ¿Qué necesidad tenía de seguir el boulevard para ir á la calle de la Paz? ¡es demasiado largo!

—Nos toma por dos extranjeras y tiene la galantería de presentarnos París por su mejor aspecto, dijo Marieta, y tiene razón; jamás había visto el boulevard tan hermoso; por los resplandores del sol, nos podríamos creer todavía en Italia.

En efecto, el día estaba delicioso: el aire era purísimo, el sol parecía uno de esos de primavera. Nuestras dos viajeras debían experimentar todas las impresiones de aquella hermosa naturaleza; no podían ser insensibles á los encantos de aquel hermoso día, que admiraban asomadas á la ventanilla del coche.

—Si no ha recibido mi carta, se decía Julia, y no me espera, ¡qué sorpresa tan grata!

Y sus mejillas se coloreaban, sus ojos brillaban y sus labios sonreían á los paseantes que se paraban para contemplarlas. De pronto, el carruaje dejó los boulevardes, entró en la calle de la Paz y se detuvo frente al número 6. El primer movimiento de Julia fué mirar á las ventanas del entresuelo.

—¿No está abierto todavía!... exclamó; el perezoso duerme aún...

Y sin preocuparse de su compañera y dejándola que se cuidara del equipaje y pago del cochero, franqueó la puerta de la calle, pasó por delante de

la portería sin preguntar y subió un piso, tirando temblorosamente del cordón de la campanilla. Transcurrieron algunos segundos sin que nadie contestara; llamó de nuevo y prestó atención. Ningún ruido salió del aposento.

—Habrá ido á esperarme, y nos hemos cruzado en el camino, se dijo la joven.

Descendió rápidamente, y dirigiéndose al portero dijo :

—¿ El señor ha salido ?

— Ah ! ¡ He aquí á la señora ! exclamó éste ; ¿ habéis hecho buen viaje ?

— Sí, excelente... pero mi marido...

— No he visto al señor esta mañana.

— ¿ No os ha dicho nada al salir ?

— No debe haber salido.

— Entonces, ¿ cómo no abre ?

— La señora no habrá llamado bastante fuerte ; si la señora quiere, subiré.

— Sí, venid.

Julia subió con el portero, y, á pesar de llamar con todas sus fuerzas, no obtuvieron resultado alguno.

— Es extraño, dijo el portero ; y sin embargo, el señor esperaba á la señora...

— ¡ Ah !... ¿ ha recibido mi carta ?

— Hace dos días.

— Debe haber ido á la administración de las diligencias dijo Marieta ; si quieres, voy en seguida.

— Eso es, dijo Julia.

Un carruaje que pasaba fué detenido. Marieta subió en él, dando orden de partir al galope.

Julia se resignó á esperar ; no quiso sentarse en

la portería, y paseaba por la acera, interrogando con la mirada á las ventanas que permanecían cerradas. Á fuerza de mirar, vió que las cortinas estaban echadas ; luego su marido no se había levantado aún. Lanzóse á la portería y quiso que á todo trance se abriera la puerta ; el portero salió en busca de un cerrajero, que llegaba cinco minutos después, al mismo tiempo que Marieta, á la que preguntó Julia :

— ¿ Qué hay ?

Marieta contestó con un signo negativo ; Julia subió con el cerrajero. La puerta se abrió dejando paso á Julia, que, atravesando la antesala, comedor y salón, vió que todo estaba en desorden y penetró en la alcoba.

De pronto, llegó á los oídos de Marieta un grito... grito terrible. Corrió en seguida hacia la alcoba ; Julia había caído desvanecida. Cerca del lecho, medio cuerpo fuera y la otra mitad descansando sobre el colchón, apercibíase á un hombre cubierto de sangre, un hombre asesinado... y en una cartera abierta, estas palabras escritas con sangre : *Julia vengame... el asesino se llam...*

La muerte había helado la mano de la víctima en el momento en que iba á trazar el nombre de su asesino. Era ahora á la justicia á la que correspondía completar la frase.

* * *

Una de las primeras preguntas que se hicieron los magistrados, fué ésta : ¿Cuál ha sido el móvil del asesinato ? ¿El robo ?

La contestación parecía fácil toda vez que la víctima en el momento de su muerte tenía consigo grandes valores; sin embargo, el hecho de la desaparición de estos valores no bastaría como punto de partida en una instrucción criminal. Vamos á seguir las primeras investigaciones.

Mauricio Vidal había nacido en Nantes, en una casa de la calle de Sully, en el mes de marzo de 1815; tenía, por lo tanto, en el momento de su muerte, treinta y dos años, haciendo doce que habitaba en París; tenía una fortuna hecha de un modo rápido, gracias á su notable inteligencia en las negociaciones de Bolsa y sobre todo á su prodigiosa actividad. Se propuso ser un hombre de mundo, y lo consiguió; á pesar de sus muchos devaneos, Mauricio Vidal merecía la confianza de su rica clientela. Formaba parte de esa numerosa plaga de bolsistas cuyos hechos pueden parecer excéntricos á las gentes reputadas de formalidad, y cuya vida fuera de las horas de la Bolsa es tachada de originalidad, pero que en las relaciones de los negocios se recomienda por una regularidad ejemplar y una delicadeza á toda prueba. Amaba la libertad en grado superlativo; pero esta libertad un día tuvo fin y casó con una joven que había conocido en Génova, durante un viaje que había hecho á esta ciudad en 1846. Como este hecho extrañara á todos, dirigió un pequeño discurso á sus amigos en el que demostró las bellas cualidades de su esposa y las razones tenidas para casarse con una extranjera, en vez de haberlo hecho con una parisiense, para lo cual hubiera tenido muy ventajosas proporciones. Por último, presentó

su mujer á sus íntimos amigos diciendo: *¡Vedla... la adoro, y ella me ama!* Y la causa fué ganada. Durante tres días, el hecho de este matrimonio fué la conversación de la Bolsa. Luego, algún cliente de Mauricio, después de haberle saludado preguntaba:

—¡Y bien!... ¿Dura todavía la luna de miel?

—Soy el hombre más feliz de la tierra, contestaba Vidal.

Esta dicha duró un año, y hubiese sido eterna, si Julia no hubiera recibido una carta en que la llamaban á Génova. Su madre, muy enferma y en peligro inminente, quería verla antes de morir. Mauricio la dejó marchar sola con Marieta, una criada, casi una amiga, que había traído consigo de Génova, después de su matrimonio. ¿Por qué no la acompañó él? La partida fué de las más precipitadas: esta ausencia, que duró cerca de dos meses, no debía pasar de una semana; en fin, la fatalidad quiso que Mauricio Vidal quedase solo en París, á merced de un asesino.

Sabidos los detalles de esta existencia, los magistrados no podían suponer que el marido de Julia había sido víctima de una venganza. Hechas todas las reflexiones que el caso requería, podíase suponer desde luego que el robo fuese uno de los móviles del asesinato.

—¿Había sido cometido este robo? Contestaremos fácilmente á esta pregunta publicando diferentes documentos que debemos á la amabilidad de los magistrados de la Audiencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
II
VALERE FLAMMAM
VERITATIS
NOTAS CONFIDENCIALES AÑADIDAS A LA RELACIÓN OFICIAL DEL
COMISARIO DE POLICÍA DEL PRIMER DISTRITO, SECCIÓN DE LAS
TALLERÍAS.

« Notificado hoy 20 de octubre de 1847, á las nueve de la mañana, que un crimen ha sido cometido en la calle de la Paz, número 6, nos hemos apresurado á asistir al lugar del hecho con nuestro secretario, el señor Vibert, y el señor Godin, agente de seguridad, que se hallaban en nuestro despacho en el momento en que nos ha sido comunicada la noticia. Llegados ante el número 6, apercibimos una muchedumbre que los agentes de policía no podían dispersar. La víctima se llama Mauricio Vidal y era agente de Bolsa. Su mujer, una italiana de sin par belleza, dicen, ha llegado esta mañana de viaje; parece presa de violenta desesperación. Unos aseguran que el asesino acaba de ser detenido, mientras que otros afirman que se ignora en absoluto quién ha cometido ese crimen. Al subir la escalera, hemos oído el siguiente diálogo :

»—Quizás sea ella... esas italianas son capaces de todo.

EL DRAMA DE LA CALLE DE LA PAZ. 41

»—Pues os digo que adoraba á su marido.

»—¡Oh! Se tiene aire de adorar á un marido, y frecuentemente se le odia.

»—Además, estaba ausente: ha vuelto hace una hora.

»—¿Y qué? ¿no puede tener un cómplice que se haya encargado del asunto?

» Al llegar al entresuelo, los agentes de seguridad nos han reconocido y dejado penetrar en la habitación donde se ha cometido el crimen.

» Hemos dado órdenes para que se evacue la escalera y se cierre la puerta de la calle, no dejando entrar en la casa más que á los inquilinos y á las autoridades. En seguida hemos enviado el parte al juzgado, á la prefectura de policía y al jefe de seguridad. Después de haber atravesado la antesala, el comedor y el salón, en los que no notamos nada de insólito y en que todos los muebles parecían ocupar su sitio habitual, penetramos en un elegante despacho. Dos mujeres, poseídas de gran dolor, estaban allí, y parecían no haber notado nuestra llegada. Una parecía la doncella ó dama de compañía de la otra, á cuyos pies estaba arrodillada, y estrechándole las manos murmuraba estas palabras :

»—¡Valor, valor, mi querida Julia! ¡Es preciso valor para vengarlo!

» De pronto, la que se llamaba Julia, levantóse murmurando :

»—¡Sí! ¡sí! ¡lo vengaré, lo juro!

» El agente de seguridad, señor Godin, se inclinó hacia mí y me dijo al oído :

»—El dolor de esta mujer debe ser sincero; no

creo, por lo tanto, lo que hemos oído al subir.

» Ese es también mi parecer. Sólo mi secretario, el señor Vibert, que me ha dado muchas veces pruebas de gran perspicacia, no parece participar de nuestra impresión. Encuentra este dolor algo teatral, y casi se atrevería á acusar á la señora Julia de representar algún papel. Observa atentamente á la señora Vidal. La joven Marieta, camarera de la mujer de Vidal, nos afirma que nada ha sido tocado ni por ella ni su ama, al ver que examinábamos la habitación. Todos los muebles han conservado el lugar que ocupaban cuando entraron estas dos mujeres, media hora antes.

» He aquí el resultado de nuestras notas :

» 1.º Las dos puertas que comunican al despacho con el salón y la alcoba están abiertas, y así han sido halladas. En todas las habitaciones, la puerta de entrada estaba cerrada, pero sin ningún cerrojo interior. Se puede asegurar, pues, que han sido cerradas por el asesino en su retirada.

» 2.º Una butaca y una silla caídas en medio del gabinete, diferentes objetos esparcidos sobre el escritorio, un candelabro en el suelo, indican suficientemente que esta habitación ha sido teatro de la primera lucha. Pero el asesino, ¿ha herido á su víctima que ha ido á morir á la alcoba, ó bien Mauricio Vidal, después de haberse defendido en esta habitación, se ha refugiado en la alcoba, adonde, seguido por el bandido, ha recibido el golpe mortal?

» Debe prevalecer esta última opinión, toda vez que, á pesar del minucioso examen que hemos prac-

ticado, no hallamos ni una mancha de sangre en el despacho.

» Preocupados por la importante cuestión de saber si un robo ha sido cometido después del asesinato, miramos, uno después de otro, todos los cajones del escritorio. Están cerrados y no tienen señales de fractura exterior. Sólo un cajón, el del medio, está entreabierto; la llave está en la cerradura, y al abrirlo, una suma de unos veinte y cinco luises en oro, se ha mostrado á nuestra vista. No se encuentra en la habitación ninguna caja ó mueble destinados á contener dinero ó valores. En el momento en que vamos á franquear los umbrales de la alcoba, la señora Vidal, contenida hasta entonces por Marieta, se escapa de sus brazos y quiere seguirnos. La rogamos que no lo haga, advirtiéndola que su presencia puede entorpecer nuestras investigaciones, y que debe, en su propio interés, dejarnos la libertad de acción. Escucha nuestros razonamientos con más tranquilidad y sangre fría de lo que esperábamos, y, sin contestar, vuelve á tomar asiento en el sofá de que se había levantado. Esta mujer parece dotada de una gran energía; lejos de estorbar á la justicia, podría prestarle muy útil concurso. El señor de Vibert, sigue examinándola y parece haber cambiado de opinión.

» He aquí el estado exacto en que hemos encontrado la alcoba :

» Entrando, á la izquierda, un pequeño mueble de madera de rosa, que nada ofrece de particular. A dos pasos de allí un gran sillón, todo manchado de sangre. También hay manchas de sangre en la al-

fombra, delante del sillón; éste es, sin duda, el sitio en que la víctima ha sido herida, pero que no debe haber muerto en seguida y habrá tenido fuerza para arrastrarse algunos instantes y llamar en su socorro. En efecto, las manchas se dirigen por el lado de la ventana que da sobre el patio, é indican de la manera más significativa el camino que ha debido recorrer Mauricio Vidal. Llegado cerca de la ventana, una de sus manos se ha agarrado al cortinaje, tratando de sostenerse, y, viendo que dejaba de existir, entonces habrá intentado romper un cristal que tiene las señales del puño; pero indudablemente le faltó fuerza. Es probable que en este momento, sintiéndose perdido, haya acudido á su mente el pensamiento de vengarse de su asesino. Mauricio Vidal habrá buscado algo para escribir, y apercibiéndose sobre la mesa de noche una cartera de bolsista, se arrastró hasta allí, untó el lápiz en la sangre que corría de su herida, y ha escrito estas palabras:

» *Julia, véngame... El asesino se llam...*

» No ha podido seguir más, y ha empezado la lucha con la muerte. Todo ha terminado; su cuerpo caído sobre la cama está en la posición que le hemos encontrado.

» Tales son, señor, las observaciones particulares que he podido hacer y que tengo el honor de transmitir. Remito á la audiencia mi relato oficial. — Sigue la firma. »

Informe del Médico forense, pedido por el Ministerio público, del que resulta :

» 1.º Que Mauricio Vidal ha sido herido con arma cortante.

» 2.º Que uno de esos instrumentos designados bajo el nombre de cuchillo-puñal, y encontrado bajo uno de los muebles del despacho, donde lo habrá arrojado el asesino, terminado su crimen, se adapta perfectamente á la herida.

» 3.º El golpe ha sido mortal; ha hecho profundas heridas en la región sub-clavicular. Sin embargo, gracias á lo estrecho de la herida, la víctima ha podido vivir algunos instantes y no ha debido sucumbir sino á consecuencia de una hemorragia interna.

» 4.º No se nota ninguna otra herida sobre el cuerpo de Mauricio Vidal. Sólo ha recibido una, pero ha sido dada por un brazo vigoroso, ó por una persona cuya cólera le centuplicaba las fuerzas; el cuchillo, en muy mal estado, no hubiera penetrado en el cuerpo, sino á merced de una impulsión muy violenta.

» 5.º La muerte, en el momento en que ha sido notada, es decir, á las nueve y treinta y cinco minutos de la mañana, debía remontar á once ó doce horas, dada la rigidez del cadáver.

» 6.º No debemos, ni por un momento, pensar en un suicidio. El golpe ha sido dado de arriba abajo, ya por una persona de más estatura que Vidal, ya al bajarse éste. Hiriéndose él mismo, Mauricio Vidal no hubiera podido darse más que un golpe horizon-

tal ó de abajo arriba; el golpe vertical hubiera desviado en las carnes.—Sigue la firma del médico.»

Extracto del interrogatorio que el juez de instrucción ha hecho sufrir, á su llegada, al portero del número 6 de la calle de la Paz, en la habitación en que el crimen se ha cometido.

P. ¿Cuándo habéis tenido conocimiento del asesinato que nos ocupa?

R. Hace una hora.

—¿Habéis notado algo de particular durante la tarde y noche última?

—No señor.

—La ventana de la habitación de Mauricio Vidal, la que da al patio, está enfrente de vuestro cuarto, y parece extraño que los gritos de la víctima no hayan llegado hasta vos.

—Anoche estuvieron reunidos en mi casa hasta las once, tomando café, mi cuñado, el portero del boulevard de Capuchinos, número 41, y una prima de mi mujer, y nada hemos oído.

—¿A qué hora vino ayer el señor Mauricio Vidal?

—A las siete y media, después de comer.

—¿Le hablasteis?

—Sí, señor, para preguntarle si tenía necesidad de mí; pero rehusó mis servicios, diciéndome que iba á escribir dos ó tres cartas y acostarse temprano para encontrarse al día siguiente á la llegada de la diligencia de Marsella.—¿Será preciso despertaros mañana? añadió.—*Es inútil, despertaré yo.*

—¿De modo que estabais encargado del cuidado del señor Mauricio Vidal?

—Sí, señor; subía por las mañanas á las diez á tomar las órdenes del señor. En seguida salía para no volver hasta la noche.

—¿Vino al alguien por la mañana á su casa?

—Dos ó tres amigos; parecían muy preocupados, hablaron un instante de asuntos de Bolsa y en seguida partieron.

—¿De modo que no habéis notado, en estos últimos días, ninguna persona extraña en casa del señor Vidal?

—Dispensad, señor; anteayer á cosa de las cinco, vino una persona á quien nunca había visto. Era un joven alto, rubio, muy buen mozo, muy elegante, con aire de venir algo fatigado. Al saber que el señor había salido y que probablemente no volvería, pareció muy contrariado y díjome que volvería al día siguiente.

—¿Y volvió?

—No señor.

—¿Estáis cierto?

—Sí, señor; he hecho la misma pregunta al señor Vidal, y me contestó:—*¡Oh! no he recibido su visita.*

—¿Conocíais, pues, su nombre, y lo habéis dicho al señor Vidal, para que os haya podido dar esa contestación?

—No, señor Juez; pero he dado las señas al señor, y en seguida le ha reconocido.

—¿Estáis seguro de que esa persona no ha vuelto ayer noche?

—No le he visto.

—Si le vierais, ¿le reconoceríais fácilmente?

—Muy fácilmente.

—¿Habéis examinado el puñal encontrado en esta habitación y que evidentemente ha servido para cometer el crimen?

—Sí, señor; le he visto bajo un mueble, y en seguida he llamado al señor comisario de policía.

—¿Este puñal no pertenecería al señor Vidal?...

—Por el contrario; estaba siempre sobre la mesa, y solía servirse de él á guisa de corta-papel.

—Reflexionad bien lo que decís. Es un detalle que tiene gran importancia.

—¡Oh! ¡estoy seguro de no engañarme, señor! Además, la señora Vidal, la señorita Marieta y todos los amigos del señor, conocen ese cuchillo-puñal.

III

NOTAS CONFIDENCIALES REMITIDAS POR EL COMISARIO DE POLICÍA DE LA BOLSA.

« En el momento de su muerte, Mauricio Vidal no debía tener valores importantes en su casa. Había llevado la vispera treinta mil francos, resultado de sus economías y últimos corretajes, al señor R..., agente de cambio, y había encargado poner la renta á nombre de su mujer. En cuanto á los títulos que le confiaban sus clientes, sea por ventas, sea por transferencias, es notorio que el señor Vidal tenía la costumbre de remitirlos al banco ó á casa del señor R..., que es todavía en este momento depositario de algunas acciones de ferrocarriles. El señor Vidal no tenía más que un pequeño número de clientes, que le conocían de antiguo, y aceptaba muy raramente alguno nuevo. Se atribuye en general esta reserva á una pérdida importante que le ocasionó en 1845 un señor Blondeau, que partió para América en el momento que tenía que pagar diferencias considerables.

» Otra persona conocida en la Bolsa bajo el nombre de Alberto Savari de Montbrisé pasa tam-

—Si le vierais, ¿le reconoceríais fácilmente?

—Muy fácilmente.

—¿Habéis examinado el puñal encontrado en esta habitación y que evidentemente ha servido para cometer el crimen?

—Sí, señor; le he visto bajo un mueble, y en seguida he llamado al señor comisario de policía.

—¿Este puñal no pertenecería al señor Vidal?...

—Por el contrario; estaba siempre sobre la mesa, y solía servirse de él á guisa de corta-papel.

—Reflexionad bien lo que decís. Es un detalle que tiene gran importancia.

—¡Oh! ¡estoy seguro de no engañarme, señor! Además, la señora Vidal, la señorita Marieta y todos los amigos del señor, conocen ese cuchillo-puñal.

III

NOTAS CONFIDENCIALES REMITIDAS POR EL COMISARIO DE POLICÍA DE LA BOLSA.

« En el momento de su muerte, Mauricio Vidal no debía tener valores importantes en su casa. Había llevado la vispera treinta mil francos, resultado de sus economías y últimos corretajes, al señor R..., agente de cambio, y había encargado poner la renta á nombre de su mujer. En cuanto á los títulos que le confiaban sus clientes, sea por ventas, sea por transferencias, es notorio que el señor Vidal tenía la costumbre de remitirlos al banco ó á casa del señor R..., que es todavía en este momento depositario de algunas acciones de ferrocarriles. El señor Vidal no tenía más que un pequeño número de clientes, que le conocían de antiguo, y aceptaba muy raramente alguno nuevo. Se atribuye en general esta reserva á una pérdida importante que le ocasionó en 1845 un señor Blondeau, que partió para América en el momento que tenía que pagar diferencias considerables.

» Otra persona conocida en la Bolsa bajo el nombre de Alberto Savari de Montbrisé pasa tam-

bién por deber, desde hace tres años, al señor Vidal, una suma de cincuenta mil francos próximamente. Esta deuda dió lugar el año pasado á una escena desagradable. El señor Vidal, al apereibir á su deudor en la Bolsa, marchó hacia él y le dijo:

»—Señor, cuando no se paga lo que se debe, y se desaparece los días de liquidación, se debería tener al menos el pudor de no mostrarse aquí.

»—Señor, contestó bastante agriamente Savari, no recibo lecciones.

»—¡Pues bien! hoy recibis una; voy á ponerlos en la puerta y prohibiros la entrada en la Bolsa.

» El efecto de esta amenaza iba á ser puesto en práctica, y los adversarios hubieren venido á las manos, si varias personas allí presentes no lo hubiesen impedido.

» De este conflicto resultó que el señor Savari fué obligado á presentarse los demás días en la Bolsa y á suscribir cincuenta mil francos en pagarés, que debían caducar á fin de aquel mes.

» Parece, por otra parte, que estos pagarés no habían sido puestos nunca en circulación, y que el señor Vidal los había guardado en su casa. «Sé que no serán pagados, decía últimamente aún al señor de Rostain, uno de sus amigos, que vive en la calle Taitbout, 14, y de que no ignoro que nada sacaré en limpio, puesto que la ley no reconoce las deudas de Bolsa, y cuento, sin embargo, con darme la satisfacción de envolver en un proceso al señor Savari, cuyo aplomo, evidente mala fe é insolencia, no tienen ejemplar. Muchas personas me han hecho perder el dinero; pero he tenido en cuenta las circuns-

tancias desgraciadas en que se encontraban, y, lejos de pedirserlo, he dado dinero en cima. No pasa lo mismo con el señor Savari. Espero con impaciencia el momento en que pueda decirle todo lo que tengo en el corazón.

» Tales son, señor juez de instrucción, las noticias obtenidas hasta hoy. Cuando obtenga otras, me apresuraré á comunicáoslas. Ha causado mucha impresión en la Bolsa la muerte del señor Mauricio Vidal, que era muy querido y estimado; á cada instante se forman grupos de varias personas, preguntándose lo relativo al *drama de la calle de la Paz.*»

Durante estos primeros trámites que constituyen los elementos de toda información judicial, Julia Vidal era presa del más vivo dolor. Había sido arrojada en un momento desde la más alta felicidad á la mayor, á la más completa, á la más irremediable de todas las desgracias. Conociendo la situación de Julia, nuestros lectores comprenderán, mejor que lo que pudiéramos decir, su estado de ánimo ante aquel inesperado y espantoso golpe.

IV

Creemos de utilidad copiar dos cartas importantes, porque nos darán á conocer á uno de nuestros principales personajes. El tiempo las había hecho amarillear algo. La primera, estaba escrita en papel sin pretensiones de ningún género, y por el trazado de la letra se comprende que el que la hizo no tenía tiempo que perder. La segunda, por el contrario, era tan aristocrática, como plebeya la otra.

Hélas aquí:

El señor Vibert, secretario del comisario de policía del primer distrito, sección de las Tullerías, al señor marqués de X..., par de Francia.

« Señor marqués:

« Os lo debo todo: el recuerdo de los servicios que vuestra familia prestó á mi padre no se apartará de mí jamás; habéis tenido cuidado de mi infancia y me habéis hecho educar en uno de nuestros mejores colegios religiosos. Hubiera debido, en reconocimiento de todos vuestros beneficios, seguir la carrera que os era agradable y entrar en la vía que os plugo trazarme. Sería, hoy, gracias á

vuestra alta protección y vuestra inalterable bondad, vicario en alguna buena parroquia ó cura en alguna villa tranquila; pero tenía una vocación, una vocación irresistible, que con vuestra bondad toda paternal quisisteis combatir, y que fué inútil, lo confieso con vergüenza.

» ¿ De dónde venía esta vocación? Se comprende que un joven se sienta arrastrado por escribir, hablar... puede ser uno orador, escritor, artista, y adquirir, al mismo tiempo que la celebridad, la fortuna; pero no desear más que una cosa en el mundo, no tener más que un objeto, iniciarse en los secretos de la policía es al menos extraño, lo reconozco. Tal ha sido, sin embargo, el único sueño de mi vida, y hoy que este sueño se ha convertido en realidad, me veo forzado á convenir que no siento no tener ninguna de las carreras que me ha sido fácil adquirir; extendiendo la vista á mi alrededor, y no veo nada más envidiable, y sólo el placer personal que experimentaba al penetrar de este modo en la vida de los demás me ha impulsado á ello. Pensad, señor marqués, que mis defectuosidades físicas me han impedido vivir hasta hoy por mi propia cuenta. Tenía deseos y aspiraciones como todo el mundo; pero, cuando sentado en la butaca del señor comisario reflexiono sobre la felicidad de la vida conyugal, entra de pronto un marido á dar conocimiento de que su mujer se halla con su amante en un hotel reservado; cuando considero la felicidad que pueden proporcionar los hijos, entra un padre denunciando al suyo que le roba y mata á disgustos; entonces, señor marqués, me frotó las manos y exclamo: ¡Vi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO RÍEYES”

1925 MONTERREY, MEXICO

bert, gracias al Cielo no eres como el resto del mundo, y esto es de agradecer!

» He aquí, señor marqués, las principales razones que han hecho de mí uno de esos bizarros empleados que posee el gobierno; un empleado que estima su plaza y que está contento de su suerte. Esto se ve poco, y espero que después de mi muerte me será reservado un compartimiento en uno de nuestros museos, con esta inscripción: EMPLEADO SATISFECHO (*especie perdida*). « Pero Vibert, me diréis, ¿por qué estos largos discursos? »

» Hélo aquí, señor marqués; deseo una cosa, mi querido protector, pero no ninguna pregunta, ni ascenso, ni gratificación; ¡Dios me libre de ello! Se trata sencillamente de una permuta; quisiera por algún tiempo pasar á la policía de *audiencia* (si se me permite servirme de esta expresión consagrada á la magistratura), quisiera, digo, pasar á la policía de *audiencia* en la policía *activa*, en la policía *secreta*. Tengo un proyecto entre manos; no me arredran los sacrificios. Sí, señor marqués, se debe tener una gran satisfacción al poder decir: ¡Gracias á mí, ha sido descubierto ese miserable asesino; soy yo el que ha vengado á la sociedad, que, sin mí, todavía estaría expuesta á sus hazañas!

» Ahora hay un negocio soberbio, superior, que ocupa en este momento la atención de París, de Francia, de la Europa entera; aludo al *drama de la calle de la Paz*.

— « ¡Qué! ¿conocéis al asesino, me diréis? No, no le conozco; pero este drama me interesa, este drama me apasiona, y algo me dice que podré poner á

la justicia sobre la pista de ese miserable asesino.

» ¡Con sólo dos palabras que escribáis al señor prefecto de policía, dejo la comisaría de la calle Saint-Honoré, se ponen á mi disposición todos los recursos necesarios y entro en campaña para salir victorioso!

» ¡Hacedlo, mi querido protector! ¿queréis? Pensad que no se trata solamente de castigar á un gran culpable, sino de vengar á una mujer. ¡Oh! ¡si la conocieseis!... ¡la más encantadora, la más honrada, la más bella de las mujeres! ¡Y he osado sospechar de ella!... Yo no me perdonaré haber tenido tal pensamiento, sino cuando pueda exclamar: *Señora, he aquí al asesino de vuestro esposo... sois libre...*

» Permitidme excusar esta larga carta, señor marqués, y continuad dispensándome vuestra valiosa protección.»

*Contestación del marqués de X... par de Francia,
al señor Vibert.*

« París, 22 de octubre de 1847.

» ¡Pardiez, querido niño, siempre seréis el mismo! Sólo me ocurre una idea para calificar las vuestras y vuestro modo de obrar. *Sois un hombre de vuestro siglo*. Os diferenciáis de los demás en que no sois como ellos, hipócrita.

» Como deseáis, he visto al prefecto de policía, encomiándole vuestro celo. Cuanto queráis lo tenéis

concedido ; me ha encargado os diga que os presentéis mañana á él.

» Sobre todo, no me agradezcáis nada, no lo quiero. No creo en el reconocimiento de los pueblos, ni en el de los particulares. Pero si en vuestro propio interés deseáis serme agradable, tenedme al corriente de ese misterioso asunto, y procurad que esté informado, antes que todo el mundo, de las peripecias que se presenten. ¡ Los grandes crímenes han precedido siempre á las revoluciones, y vamos á entrar en 1848 !...

» ¿ Á propósito, no me decís que una linda mujer está mezclada en este crimen *de la calle de la Paz*? Razón de más para tenerme al corriente de todo lo que pase. Á pesar de mis setenta y seis años pienso aún en lo que más quiere el hombre : en la mujer.

» Salud, señor de Jerusalén. Poneos en camino para descubrir la pista : espero noticias. »

V

Hacia tiempo que la justicia no se había visto con un negocio del carácter de aquél, que se presentara bajo formas tan misteriosas ; se había cometido un crimen, de eso no cabía duda, y toda idea de suicidio tenía que ser abandonada ; pero el asesino, aparte de la terrible herida que había hecho, no dejó ninguna huella de su paso ; el arma de que se había servido pertenecía á la víctima, y después de las pesquisas más minuciosas, no se pudo descubrir en la habitación de la calle de la Paz ninguno de esos objetos que de ordinario bastan para iluminar á los magistrados y frecuentemente para convencer al jurado. En un proceso juzgado recientemente en Inglaterra, un sombrero olvidado por el asesino ha entrañado una condena de muerte ; un corta-plumas, perdido por Latour, cerca de la cama de sus dos víctimas, condujo al terrible desenlace de ese proceso que se ha visto el año último en el departamento del Ariège ; en fin, un botón caído de una camisa ha bastado para hacer caer más de una cabeza. Aquí, nada parecido, ningún indicio material que pudiese justificar una orden de arresto. Se ha tenido que apoyar sólo en

probabilidades morales y entrar en el vasto campo de las hipótesis y suposiciones.

¿Quién ha podido tener interés en matar á Mauricio Vidal?

He aquí el punto de partida, el punto de atención. Todavía está por encontrar. ¿Es su mujer? Espíritus de gran criterio no podrían detenerse ni un segundo ante este pensamiento: Julia es digna de todas las simpatías; el golpe que ha herido á su marido por poco la mata. Lejos de sospechar, debe pensarse en vengarla. ¿Es un ladrón vulgar? ¿un ladrón de oficio? Su presencia hubiese sido notada en la calle de la Paz; no hubiera resistido al deseo de llevarse la suma de oro encontrada en el despacho; se hubiese apoderado de muchos objetos de valor que contenía la habitación de Mauricio, y éste no habría tenido el pensamiento de escribir un nombre que no podía conocer. ¿Es uno de los inquilinos de la casa? Uno solo de los inquilinos llama un instante nuestra atención: es un americano de unos cuarenta años, que alquiló hace dos meses un pequeño cuartito del piso cuarto. Se ha ordenado una requisa en su habitación, y nada de particular se ha notado; ha sufrido un interrogatorio del que ha salido victorioso. ¿Es alguna de las personas que habitualmente recibía Mauricio Vidal? ¿Han comparecido como testigos, y de sus declaraciones claras y precisas, de sus informes, que acreditan por todos lados su moralidad y buenas costumbres, resulta que no puede existir contra ellas prueba alguna. ¿Es, en fin, el individuo señalado por el portero, que vino á preguntar por el señor Vidal en la tarde del 18 de oc-

tubre, y sobre el cual ya hemos visto lo que decía el comisario de policía de la Bolsa? ¿Ha penetrado en la casa de la calle de la Paz sin que nadie lo notara?

Alberto Savari, que tal era el nombre de este individuo, no era enteramente desconocido en el juzgado. Sin haber sufrido condena, se había visto mezclado en asuntos judiciales; sus antecedentes dejaban mucho que desear, y se notaban en su vida algunos puntos oscuros. Era, por otra parte, deudor á Mauricio Vidal de una suma considerable, y había sido imposible encontrar los pagarés suscritos.

Alberto Savari fué arrestado. Vamos á acompañarle al despacho del juez de instrucción, señor Gourbet, encargado del sumario.

El despacho se parecía á todos los de su clase; una puerta se abría en el corredor, para dar paso á los testigos y demás personas citadas á juicio; otra puerta pequeña, más secreta, ponía en comunicación directa con el depósito de la Conserjería y daba paso á los acusados. El escritorio estaba colocado de tal modo que ocupaba un sitio de manera que en su frente quedaba un gran espacio de luz, dejando envuelto en ella al reo, lo que permitía ver el menor cambio de su rostro. Al lado había una pequeña mesa para el secretario.

En el momento en que penetramos en el despacho del juez de instrucción, el 2 de noviembre, á cosa de las once de la mañana, el señor Gourbet, con el codo apoyado sobre la chimenea, hablaba con una joven, vestida de luto, sentada en una butaca;

era Julia Vidal, con la que había tenido varias entrevistas y á la que acababa de llamar al Palacio de Justicia.

—¿De modo, señora, le decía, que desde ayer nada nuevo habéis observado á vuestro lado?

—Nada, señor.

—No temáis comunicarme hasta las cosas que os parezcan más insignificantes; en una instrucción judicial, se llega algunas veces á la luz por medio de hechos á los que al principio no se les conceda ninguna importancia. ¿Habéis tenido, decís, el valor de no dejar vuestra habitación de la calle de la Paz, y continuáis en la alcoba en que ha tenido lugar el crimen?...

—Sí, señor, exclamó Julia interrumpiendo al señor Gourbet; no dejaré, sino en último extremo, la casa en que tanto nos hemos amado.

Y hablando así, lágrimas largamente contenidas corrieron de sus ojos. Desde el día en que la hemos visto descender tan alegremente de la diligencia de Marsella, Julia había cambiado profundamente. Su rostro tenía una marcada expresión de tristeza, y un color pálido mate había reemplazado al hermoso carmín de sus mejillas. El juez de instrucción no pudo impedir el contemplarla un instante con interés; después, cuando la vió más tranquila, le dijo:

—Os pido perdón, señora, por reavivar de este modo vuestros sufrimientos; pero podéis servirme de mucho para llegar al cabo de la misión que se me ha confiado.

—¡Oh! sí, exclamó Julia, que levantó vivamente

la cabeza. ¡Vengaréis á mi marido!... ¡Le vengaremos!

—Así lo espero, contestó el señor Gourbet; pero debo declararos que en mi carrera, ya larga, jamás he encontrado un negocio tan misterioso como éste. Todos los hilos que creo encontrar se me rompen entre los dedos; hay que ir con extremada prudencia; es muy penoso para el amor propio de un juez instructor, que dispone de grandes recursos, renunciar á encontrar un culpable, y todavía más triste condenar á un inocente.

—¡Pero entonces, dijo Julia vivamente, el culpable no será encontrado! ¡Mi marido, sin embargo, me ha ordenado que le vengue, y yo quiero obedecerle!

—Y yo quiero ayudaros, señora, os lo repito. Pero todavía es necesario encontrar al asesino, y temo que no demos con sus huellas.

—Sin embargo, leí ayer tarde en un periódico que el asesino había sido detenido.

—Los periódicos se engañan, señora, ó engañan, á sus lectores para parecer bien informados. Un hombre ha sido, en efecto, detenido ayer, por orden mía, y va en seguida á comparecer ante mi presencia; algunos cargos pesan sobre él y justifican este arresto; pero estos cargos no bastarían para convencerme de un modo absoluto. Las pruebas recogidas contra éste sujeto son más morales que materiales. Cuento que el interrogatorio que preparo aclarará algo.

Julia se levantó para despedirse del juez de instrucción; pero, antes de retirarse, creyó poderle preguntar el nombre de la persona detenida.

—Alberto Savari de Montbrisé, contestó el señor Gourbet; os lo he nombrado ya, y me habéis declarado que os era desconocido; las noticias que me hubierais podido dar sobre su conducta me hubiesen sido preciosas.

—No, replicó la señora Vidal, después de un instante de silencio, que empleó en hacer un último esfuerzo para invocar su memoria; no recuerdo haber oído á mi marido nombrar á esa persona, y sin embargo, ahora, cuando ese nombre ha salido de vuestra boca, la misma conmoción que había sentido antes se ha reproducido.

—¿Qué conmoción? ¿qué queréis decir?... Explicaos.

—No puedo explicarme; yo misma no comprendo este efecto tan extraño. El día que por primera vez os oí decir estas palabras: *Alberto Savari de Montbrisé*, me pareció que palidecía, que mi corazón latía con violencia; he querido ver si me había engañado, si el mismo fenómeno se reproducía, y por eso os he rogado dijerais ese nombre, que conocía y presentía sin cesar mi pensamiento.

—Esto no tiene nada de extraño, hizo observar el señor de Gourbet al cabo de algunos segundos de reflexión. El señor Savari es la sola persona que se encuentra seriamente comprometida en este asunto; vo los sabéis, y su nombre debe producir cierta emoción.

—Es posible, señor; me habéis dicho que os cuente todas mis impresiones, y obedezco.

—Os lo agradezco, señora, replicó el juez de instrucción, acompañando á Julia hasta la puerta

del despacho. ¿No me habéis dicho en vuestra última entrevista, añadió en el momento de despedirse de ella, que estabais asediada, hace algunos días, por una serie de importunos que van á vuestra casa á ofrecer sus servicios?

—¡ Ah! sí señor, y las fisonomías de esas gentes no me tranquilizan mucho. La mayor parte pretenden pertenecer á la policía y estar encargados de hacer pesquisas en mi casa.

—En adelante, señora, no recibáis mas que á las personas que vayan provistas de un escrito mío. Es lógico que se respete vuestro dolor, y que no seáis la víctima de curiosos ó intrigantes.

—Sin ir más allá, esta mañana, dijo Julia, que ya tenía el picaporte de la puerta en la mano, se ha presentado un individuo que tiene mucha insistencia en ser recibido. Pero Marieta, sabiendo que me preparaba á venir aquí, se ha negado á introducirle; ha dejado su nombre y declarado que volvería.

—Y ese nombre?

—Vibert, según creo.

—¡ Vibert! dijo el señor Gourbet, como si tratara de recordar algo. ¡ Ah! sí, repuso en seguida. Sí, creo que debéis recibirlo, señora; es un hombre inteligente, muy activo y muy celoso; podría en una ocasión dada sernos muy útil, y me ha sido recomendado ayer de una manera muy eficaz por el prefecto de policía.

—Lo recibiré, señor, dijo Julia.

Después de haber saludado al juez de instrucción, iba Julia á abrir la puerta, cuando se apercibió que

por el lado de fuera trataban de hacer lo mismo. Retiróse; la puerta se abrió, dando paso á un hombre pequeño, de unos cincuenta años de edad, próximamente; después de haber dicho dos ó tres palabras al oído del señor Gourbet, fué á sentarse en la mesa destinada al secretario.

—Se me anuncia la llegada del acusado, dijo el señor Gourbet.

—¡ Ah! dijo la joven; parto...

Pero deteniéndose de pronto, en el momento en que iba á salir, se adelantó resueltamente hacia el juez de instrucción, y le dijo con voz breve :

—¡ Quisiera verle!

El pequeño hombre que había ocupado la mesa del secretario, y que esperaba con la pluma en la mano, levantó vivamente la cabeza, al oír tan extrañas palabras. En cuanto al señor Gourbet, menos asombrado que su secretario, como consecuencia de la conversación que acababa de tener con la señora Vidal, consideró atentamente á Julia, y, satisfecho sin duda de su examen dijo, :

—Lo que pedís, señora, puede hacerse. ¿Os sentís con el valor suficiente para no decir una palabra durante todo el interrogatorio, y de no hacer ningún gesto que denuncie vuestra presencia en mi despacho ?

—Sí, señor; tendré ese valor.

—¿ Lo mismo que si hago confesar al señor Savari que es el asesino de vuestro esposo ?

—Sí, señor; moriré quizá de indignación; pero moriré en silencio, exclamó Julia con esa exaltación italiana que le era propia.

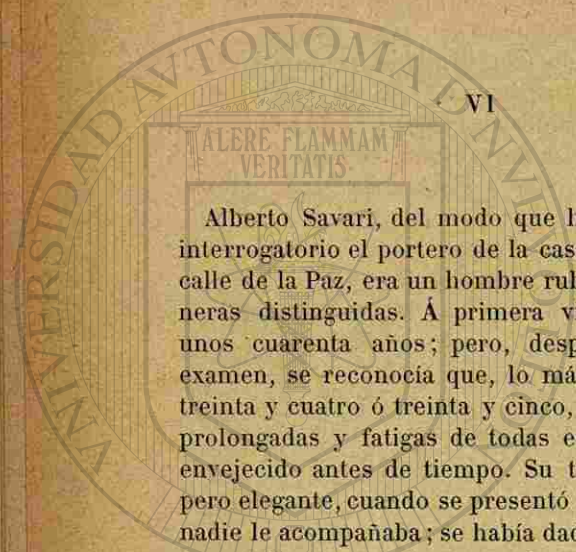
El señor Gourbet hizo una seña á su secretario, que se acercó.

—Está convenido, ¿no es eso, señor Cordier? — dijo el juez de instrucción, después de haber hablado un instante en voz baja con el secretario.

—Se hará todo, señor, del modo que deseáis, replicó solemnemente Cordier.

Y llamó á un ordenanza, al que hizo mudar de sitio una mampara portátil; luego fué á tomar galantemente á la señora Vidal por la mano, y sin pronunciar ni una palabra, sin mirarla siquiera, la condujo ofreciéndole una butaca para que se sentara, de modo que Julia pudiera ver sin ser vista, y se volvió á su sitio habitual frente á su pupitre.

Apenas terminaron estos preparativos, el acusado fué introducido en el despacho del juez de instrucción.



Alberto Savari, del modo que había dicho en su interrogatorio el portero de la casa número 6 de la calle de la Paz, era un hombre rubio, alto y de maneras distinguidas. Á primera vista representaba unos cuarenta años; pero, después de detenido examen, se reconocía que, lo más, llegaría á unos treinta y cuatro ó treinta y cinco, y que las veladas prolongadas y fatigas de todas especies le habían envejecido antes de tiempo. Su traje era sencillo, pero elegante, cuando se presentó al señor Gourbet; nadie le acompañaba; se había dado la orden de que los gendarmes que le acompañaron á la instrucción esperasen en la puerta del despacho. Saludó al juez sin afectación, se sentó en cuanto se lo indicaron, y, tomando la palabra antes de ser interrogado:

—¿Podré al fin saber, señor, preguntó con tono algo agrio, pero sin embargo con calma, por qué motivo me vi ayer bruscamente arrestado, y por qué me encuentro en este momento delante de vos?

—Señor, replicó en seguida Gourbet, os encontráis delante de mí para contestar á lo que se os pregunte, y no para preguntar, como según parece, tenéis intención.

—Es justo; sin embargo, señor, deseo saber de qué delito ó crimen se me acusa; en vano he interrogado á los agentes encargados de mi arresto: se han negado á contestarme.

—Han cumplido con su deber, replicó con voz firme el juez de instrucción. Pero lo que ellos no han podido, voy á decíroslo yo; y os lo hubiera dicho ya, si no os hubierais apresurado á tomar la palabra, contra todos los usos en vigor en este despacho.

—No conozco esos usos, señor, puesto que no tengo costumbre de encontrarme aquí.

—Os felicito por ello y deseo que no tengáis que reaparecer ante mí. No estáis acusado de ningún delito, — continuó el señor Gourbet, después de una pausa, y mirando fijamente al detenido; — estáis acusado de un crimen.

—¡ Ah! ¡ verdaderamente! ¿ qué crimen?

—El de haber asesinado á un joven llamado Mauricio Vidal.

Al oír esta acusación tan clara y precisa, Alberto Savari no pestañeó; su rostro no demostró la menor emoción, y, dirigiéndose al juez, dijo:

—Confieso que estaba muy ajeno de esperar verme comprometido en este asunto, del que hace algunos días se ha hablado frecuentemente delante de mí... ¿Sería indiscreto preguntaros, continuó con perfecta calma y como si se hallara en un salón, qué motivos me hacen ser sospechoso de tal crimen?

—Vais á conocerlos; pero para que vuestra curiosidad quede satisfecha, procedamos por orden. ¿Cómo os llamáis?

Y dirigiéndose al secretario dijo :

—Vos podéis escribir, señor Cordier.

—Me llamo Alberto Savari, replicó el detenido volviéndose hacia el secretario, que le miraba con interés.

—¿No tenéis costumbre de llevar otro nombre? hizo observar el juez.

—En efecto, se me llama algunas veces de Montbrisé.

—Según mis noticias, no tenéis derecho á llevar ese nombre. ¿De dónde procede?

—De una tierra que perteneció á mi familia.

—Eso no constituye ningún derecho. ¿Qué edad tenéis?

—Treinta y seis años.

—¿Cuál es vuestra profesión?

—No tengo ninguna.

—¿Cómo vivís entonces?

—Vivo bastante bien, señor.

—Permitid, dijo severamente el señor de Gourbet, no admito ni un instante que toméis ese tono burlón para contestarme. Si el asunto no fuera tan serio, os haría llevar al calabozo y no vacilaría en aplazar el interrogatorio para otro día.

Savari escuchó esto sin inmutarse, y no contestó.

—Os pregunto, continuó el juez de instrucción, ¿cuáles son vuestros medios de subsistencia?

—Señor, replicó el detenido en tono mucho más serio, si entendéis por medios de existencia rentas sobre el Estado, títulos de propiedad ó alguna pensión particular, debo confesar que no tengo

ninguna de estas cosas. Como muchos jóvenes de esta época, vivo al día; rico accidentalmente, pobre por costumbre; tan pronto hago una operación feliz en Bolsa, como tan pronto gano en el juego. He llegado á tener cincuenta mil francos á mi disposición el día 10 de mes, y el 15 no tener un céntimo. Todo esto es raro é irregular, pero es verdad; y como deseáis saber la verdad, os la digo.

—Triste verdad, que podrá perjudicaros ante los señores jurados.

—¡Los jurados! dijo Alberto Savari, sin parecer commoverse por esta frase, pronunciada con intención por el juez; ¡oh! espero no tener que comparecer ante ellos. No podéis tardar, señor, en reconocer mi completa inocencia.

—Nos ocuparemos de esta cuestión en seguida; por el momento, continuó el interrogatorio. Antes de cumplir veinticinco años, ¿habéis sido llamado por los tribunales?

—Sí, señor; se trataba de un duelo.

—¿En que matasteis á vuestro adversario?

—Es verdad, señor, tuve esa desgracia; pero he sido absuelto.

—El sumario que se os siguió os señalaba como un hombre depravado.

—¡Ay! señor, no estaba ni más ni menos depravado que los jóvenes con quienes vivía, y que después se han convertido en hombres formales y honrados. Unos son médicos, otros notarios, abogados; preguntadles de qué manera han vivido de los diez y ocho á los veinticinco años, en qué lugares pasaban parte de sus veladas, qué sociedad frecuentaban, y,

si son francos, se les podrá tan bien como á mí aplicarles ese ese epíteto de depravados.

—Se os podría reprochar un carácter algo duro, hizo observar el señor Gourbet.

—He sido siempre así, he tenido un carácter muy violento.

—¿No teméis reconocerlo? Esa declaración es de gran importancia en el asunto que nos ocupa.

—Ignoro qué importancia podrá tener, puesto que desconozco el asunto de que me habláis.

El señor Gourbet se detuvo. Tanta sangre fría y naturalidad le asombraban. En su larga carrera había tropezado con muchos reos, y todos ellos defendían su modo de ser, y su pasada vida; ahora se encontraba ante una táctica nueva: el detenido parecía haber llamado á la franqueza en su socorro, y hacer de ella un arma defensiva. Lejos de tratar de ocultar sus defectos, los confesaba sin alarde, pero sin debilidad; lejos de querer dar un cambio á sus costumbres, á su manera de vivir, reconocía toda su irregularidad. *Este hombre es inocente, ó está dotado de una gran energía y de una rara inteligencia,* se dijo el señor Gourbet, antes de reanudar su interrogatorio.

—No es sólo por la cuestión de un duelo, continuó, por lo que os habéis visto mezclado en negocios judiciales. No habláis de cierto asunto...

—Esperaba que me hablarais de ello, señor; no estoy aquí más que para contestar á vuestras preguntas; así me lo habéis hecho observar, y no lo he olvidado.

—Es verdad; entonces ved de decidme si no ha-

béis sido complicado en cierto asunto de juego...

—He estado mezclado, replicó Savari; se trataba de un joven que habiendo perdido unos sesenta mil francos, y no pudiéndolos pagar al día siguiente, sus acreedores le acusaron de haber arreglado las cartas, de haberles robado, en una palabra. Esto se ve todos los días; los jugadores desgraciados, cuando no tienen con qué pagar, en vez de pasar por el ridículo, prefieren acusar á los demás y hacerse pasar por víctimas de una trampa. Este género de acusación les permite no pagar sus deudas de juego. En el asunto de que os hablo, había una docena de personas, entre las cuales me hallaba yo; se nos hizo ir al juzgado; nos interrogaron; nos presentaron las cartas que decían estaban marcadas, y de todo este ruido no resultó más que una cosa, y fué que nuestro calumniador pagó su deuda á los seis meses, en vez de pagarla al siguiente día.

Alberto Savari dió todos los detalles con que se siguió el asunto, y su voz era tan simpática que el secretario olvidó un instante el lugar en que se encontraba, creyéndose en visita en algún salón, frente á un orador, y en vez de escribir, como debía, se puso á escuchar.

Detrás de la mampara nada denunciaba la presencia de la señora Vidal, que observaba con el más religioso silencio, como había prometido.

Después de haber reflexionado un instante, el señor Gourbet, no teniendo más preguntas preliminares que hacer, abordó el fondo del asunto, de un modo brusco, para ver de intimidar ó turbar al culpable.

—¿Cómo habéis pasado la noche del 19 de octubre último? preguntó de pronto á Savari.

—¿Y vos, señor? preguntó éste á su vez.

Esta contestación inesperada era de tal indole, que hizo irritar al juez de instrucción, que se levantó exclamando:

—Os olvidáis del respeto debido á la justicia que represento en este momento. Voy á dar órdenes para...

—Señor,—contestó Alberto Savari, interrumpiéndole con tono muy firme, pero con una exquisita política, destinada á calmar la legítima irritación del juez instructor,—no confundáis el verdadero sentido de mis palabras; no tengo ninguna intención de herir al juez con ellas. Con ellas sólo he querido demostraros lo difícil de contestar á semejante pregunta hecha de pronto. Me habéis preguntado bruscamente lo que he hecho el 19 de octubre, y os he contestado: ¿Y vos? En efecto, estoy persuadido que con la mejor buena voluntad del mundo se hace esta pregunta á cualquiera, y no sabe qué contestar.

—Eso depende de la existencia más ó menos accidentada que se lleve, replicó el señor Gourbet, volviéndose á sentar; la cuestión de que os hablo, tan embarazosa para algunos, no lo sería para todos; pero en este debate se os da tiempo para reflexionar; ¿podéis ahora contestarme?

—Así lo espero, al menos, señor; salvo error, he debido comer en el Café Inglés.

—¿Os conocen?

—Perfectamente, hace muchos años.

—¿A qué hora creéis que salisteis?

—Serían las ocho próximamente.

—Precisad, os lo ruego; vuestras respuestas tienen mucha importancia; porque el crimen de que se trata ha debido ser cometido entre ocho y nueve de la noche, añadió Gourbet.

—Señor, si yo hubiese cometido ese crimen, replicó Savari, sabría á qué hora lo habría consumado, y os hubiera contestado que salí del café á las nueve en punto, para establecer una coartada.

—Pero se os probaría fácilmente lo contrario.

—Muy difícil lo veo, señor. Los parroquianos del Café Inglés comen muy tarde; no es raro ver todavía á algunas personas en las mesas, y de cuatro ó seis mozos, habría ciertamente la mitad que sostendrían haberme visto salir de los últimos. Si declaro que salí á cosa de las ocho, es porque quiero aproximarme lo más posible á la verdad.

—¡Sea! Habéis dejado el Café Inglés á las ocho; ¿y adónde fuisteis entonces?

—He debido, siguiendo mi costumbre, pasearme durante una hora por el boulevard de los Italianos.

—¿Algunas personas os habrán visto? ¿Os habréis detenido para hablar con alguno de vuestros amigos?

Alberto Savari se puso á reflexionar lo más natural del mundo y contestó:

—No, creo que no encontré á nadie, y me paseé solo.

—Parece extraño, hizo observar el juez de instrucción; hacía muy buena noche, la del 19 de octubre y debía de haber muchos de vuestros cono-

cimientos á las nueve de ella, paseando por el boulevard de los Italianos.

—Es posible, señor; pero la casualidad ha hecho que no los haya visto; además, me permitiré decir que á las nueve de la noche es la hora que ese boulevard está menos frecuentado, es la hora del teatro y demás reuniones.

—Después de este paseo de una hora, ¿adónde habéis ido?

—He entrado un instante en mi casa.

—¿Y eran entonces las nueve, según vos?

—¡Por ahí serían!...

—El portero, interrogado después de vuestro arresto, pretende haberos visto á cosa de las diez.

—Nueve, nueve y media ó diez, es todo parecido, para un portero que duerme la mitad del tiempo en el fondo de su aposento.

—¿Y por qué os retirasteis, contra todas vuestras costumbres, á esa hora de la noche?

—¡Oh! señor, por un motivo muy sencillo: iba desde la mañana con un gabancillo de verano, y como las noches empiezan á refrescar, iba á buscar un gabán de más abrigo.

—Era más sencillo quedaros en la casa en que habéis pasado la noche.

—Pues precisamente por esto fui por la prenda de abrigo; pues no es raro que tuviese que salir á las dos ó las tres de la mañana, y por lo tanto, tomaba mis precauciones.

—¿No habéis antes dejado vuestro gabán, preguntó el juez de instrucción, en algún lado en que tomara manchas que podían comprometeros?

—¡Manchas! dijo Savari sin turbarse; ¿qué manchas?

—Dos ó tres manchas de sangre. ¿Cómo lo explicáis?

—Pero si yo no lo explico; sostengo que no puede ser; replicó Savari con voz firme.

El señor Gourbet haría esperado que el detenido si era culpable se haría traición ante este ataque inesperado, y que trataría de dar una explicación acerca de las manchas de sangre, que era un lazo que se le tendía, como se hace en estos casos con todos los presuntos reos. Toda explicación de este género hubiese perjudicado á Alberto Savari y quizá servido para caerarlo, porque á pesar de las más minuciosas pesquisas, no se había encontrado sobre el gabán ninguna de las manchas de que acababa de hablar con toda intención el señor Gourbet. Sin embargo de la negativa del procesado, el juez no quiso descubrir su estratagema, abandonándola en seguida, é insistió en lo mismo, diciendo á Savari que el abrigo sería entregado y sometido al análisis de algunos químicos. Savari no pestañeó, y volviéndose al juez de instrucción, le hizo comprender que esperaba la continuación del interrogatorio.

—Después de haber estado algunos instantes en vuestra casa habéis ido, continuó el señor Gourbet, á la de una tal Pelagia d'Ermont, antigua mujer de mundo, con la que hace algún tiempo vivís.

—Permitidme, señor, dijo sonriendo Alberto Savari, conozco á la señora d'Ermont, la conozco mucho; pero no vivo con ella.

El procesado explicó en pocas palabras una de esas

relaciones amorosas de la vida parisiense, y su gracia era tal, su aspecto tan simpático, que llegó á subyugar al juez, que ya no le miraba con la prevención que al principio. Casi se olvidaba que estaba en el despacho del juzgado, frente á un hombre sospechoso de un crimen. Se había levantado, y paseaba á lo largo del despacho, mientras que Savari, apoyado de espaldas contra el mármol de la chimenea, examinaba al secretario, siempre impasible en su silla.

De repente, el señor Gourbet recordó la presencia en su despacho de Julia Vidal, y quiso saber lo que pensaba y se dirigió hacia la mampara. Una mirada que nadie pudo sorprender le bastó para satisfacer su curiosidad. Julia, siempre inmóvil, esperaba en silencio el fin del interrogatorio; su palidez denotó al juez de instrucción que no se podía alargar mucho. Volvió á sentarse á la mesa, y abordando un nuevo orden de ideas, preguntó :

—¿Conocíais á Mauricio Vidal?

—Sí, señor, respondió el detenido.

—¿Desde cuándo?

—Tres años, próximamente.

—¿En qué circunstancias le conocisteis!

—Uno de nuestros amigos, el señor Montoux, á quien manifesté un día mi deseo de hacer operaciones de Bolsa, me propuso presentarme al señor Vidal; éste me acogió perfectamente, y consintió en ejecutar mis órdenes.

—¿Sin exigir ninguna garantía, ninguna fianza? preguntó el señor Gourbet.

—Mi garantía moral le bastaba, señor; además, se

trataba de muy pequeñas operaciones; las diferencias de cada liquidación no podían pasar de mil ó dos mil francos.

—No fué siempre lo mismo, hizo observar el juez de instrucción; perdisteis bien pronto una suma considerable.

—Sí, señor; una noticia política que se me dió un día me hizo salir de mi reserva habitual; transmití al señor Vidal una orden que ejecutó en seguida, desgraciadamente para mí, la noticia era inexacta, y todos mis cálculos salieron fallidos.

—¿Cuánto perdisteis en ese negocio?

—Veinte mil francos.

—De mis notas resulta que habéis perdido cincuenta mil.

—Permitidme, señor; la primera operación, de que tengo el honor de hablaros, me costó veinte mil francos; entonces, quise hacer una segunda y luego una tercera para resarcirme de las pérdidas, y la suma de éstas ascendió á cincuenta mil francos.

—¿Y el señor Vidal no trató de deteneros en esa pendiente fatal para vos y para él, puesto que debía ser responsable de vuestras pérdidas, con el agente con quien había operado?

—El señor Vidal me había visto pagar sin la menor vacilación ciertas diferencias menos importantes que las últimas, pero considerables sin embargo; no tenía, pues, ninguna razón para dudar de mí.

—¿Y qué resultó de todas estas pérdidas?

—Se me presentaron todos los acreedores, y tuve que declarar que necesitaba tiempo alguno para pagar.

—¿Qué contestó el señor Vidal?

—Debo reconocer que tomó á mal la cosa.

—En efecto, ¿una escena desagradable tuvo lugar en la Bolsa entre vuestro acreedor y vos?

—Sí, señor.

—Señor Cordier, dijo el juez de instrucción volviéndose hacia el secretario, comunicad al detenido la relación del comisario de policía de la Bolsa, acerca de esta escena.

El secretario tomó un papel de encima de la mesa y leyó con voz lenta y reposada el relato que ya conocemos. Terminada la lectura, el señor Gourbet preguntó á Savari si reconocía la exactitud de los hechos señalados por el Comisario de Policía.

—Enteramente, contestó el detenido.

—¿De modo que confesáis que, como consecuencia de vuestro altercado con el señor Vidal, le habéis, por petición suya, suscrito pagarés por valor de cincuenta mil francos?

—Perfectamente, señor.

—¿En qué han quedado estos pagarés? preguntó vivamente el juez de instrucción.

—Han debido encontrarlos en mi casa, puesto que han hecho una visita domiciliaria.

—Sí, se les ha encontrado en vuestra casa; ¿pero cómo los tenéis?

—Por una razón muy sencilla; los había pagado, y me los devolvieron.

—¿Quién?

—El señor Mauricio Vidal.

—¿Cuándo?

—La víspera de su muerte.

—Es imposible; habéis ido á la calle de la Paz y no habéis encontrado á nadie.

—Sí, se me había dicho que el señor Vidal había salido, y que no volvería hasta la noche. Como quiera que no éramos muy amigos después del altercado que tuvimos, parecíame prudente irlo á buscar y lo encontré...

—¿Dónde?

—En la calle Vivienne, que tenía costumbre de seguir, al irse de la Bolsa. Serían las tres de la tarde.

—¿Y es en la calle dónde le habéis pagado? Esto es inadmisibile.

—¿Por qué? Entre gentes de Bolsa, se cambian á cada instante valores importantes de mano á mano, ya en una escalera de la Bolsa, ya en las calles vecinas. Cincuenta mil francos no abultan mucho.

—¿Y nos diréis también, preguntó el juez de instrucción, que el señor Vidal llevaba en el bolsillo vuestros pagarés?

—Sí, señor; los llevaba, puesto que me había mandado aviso urgente.

—No es creíble.

—Permitidme haceros observar, señor, que mi acreedor, cuando yo le había firmado los pagarés, me había advertido que habría de pagar el mismo día que terminaba el plazo; que de no ser así, daría conocimiento, que estábamos ya al día siguiente de haber concluido éste y no había oído hablar de mí; por lo tanto, es de suponer que fuera prevenido para llevar á cabo su amenaza.

Viendo el juez que á todo seguía Savari contes-

tandó sin titubear y con la mayor sangre fría, fué haciéndole algunas otras preguntas, que fueron haciendo perder al juez el dominio sobre sí mismo. Por último le dijo:

—¿Cómo os habéis procurado esa suma de cincuenta mil francos que pretendéis haber reembolsado?

El detenido, que hasta este momento había contestado sin vacilar, no contestó.

—¿No me habéis oído? preguntó el señor Gourbet; ¿tenéis necesidad de preparar la contestación!

—¡Oh! señor, dijo Alberto Savari sonriendo; si me hubiese sido preciso preparar esta respuesta, hubiera tenido, eso lo podéis comprender, tiempo desde el principio del interrogatorio; la pregunta que me dirigís tiene una gran importancia y debía ciertamente esperarla. Mi vacilación es hija solamente del temor que experimento de que mi respuesta no os satisfaga.

—¿Ah! ¿Dejará que desear?

—Sí, señor; á vos que sois un hombre práctico cuya existencia es regular, y que no podéis admitir ciertas maneras de procurarse dinero.

—Veamos esas maneras.

Después de haber tan hábilmente preparado al juez de instrucción para lo que tenía que oír, Savari tomó la palabra:

—Estaba azorado y muy preocupado, dijo, por mi deuda al señor Vidal, viendo que podía traerme malas consecuencias; en vista de ello, vendí varias alhajas que hasta entonces habían podido salvarse

de diferentes naufragios y pedí prestados á un amigo veinticinco luses y treinta á otro. De este modo pude reunir unos tres mil quinientos francos, con los que partí á Spa, donde hay instalados dos juegos: *la ruleta* y *la treinta y cuarenta*. Arreiqué mil francos en esta ciudad, y gracias á una nueva *combinación* que meditaba hacía tiempo, gané unos diez mil francos en dos días.

El juez de instrucción dió señales de completa incredulidad; pero Savari no pareció apercibirse del efecto producido por su relato y continuó:

—De Spa, pasé á Alemania, me detuve en Baden, Hamburgo, Wiesbaden, y jugué en todas estas poblaciones tan felizmente como en la primera. Abreviando, señor, después de una ausencia de algunos días, volví á Paris el día 15 de octubre con una suma de cincuenta y cinco mil francos, que me ha servido para reembolsar íntegramente á mi acreedor. He aquí mi historia; en el fondo, es de las más sencillas; pero desgraciadamente para mí, como todas las cosas verdaderamente sencillas, parece á primera vista muy complicada.

—Muy complicada en efecto, señor, replicó el juez. Este relato no tiene ningún valor á mis ojos, y no os servirá de nada para vuestra justificación; los hechos que acabáis de relatar no pueden ser probados.

—Dispensad, se puede establecer fácilmente que he salido de Paris en los primeros días de octubre, que me he detenido en Spa, en un hotel situado cerca de los salones de la *Conversation, Hôtel d'Orange*, según creo; mi nombre, apellido y señas

deben hallarse allí inscriptos. En Baden, ocupé una habitación del *Hôtel Victoria*; en Hamburgo, en el *de Hôtel Belle-Vue*; en fin, si se desea, probaré fácilmente que estaba de vuelta en París el 15 de octubre.

—¿Y cómo establecéis que habéis ganado cincuenta mil francos?

—Esto es más difícil, convengo en ello. Sin embargo, muchas personas me han visto jugar y ganar.

—Alemanes, ¿no es eso?... belgas, extranjeros desconocidos, ¿dónde los encontraréis?

—¡Dios mío, señor! exclamó Savari con cierta vivacidad, cuando estaba sentado en Alemania delante de las mesas de *treinta y cuarenta* ignoraba que á mi vuelta á Francia sería acusado de asesinato; que para defender mi libertad tendría que justificar la ganancia en el juego. Si hubiese previsto el caso, habríame presentado allí á la autoridad todas las noches.

Sin contestar á esta salida algo sarcástica, en que por primera vez desde el principio de este largo interrogatorio el detenido había abandonado la calma, el señor Gourbet se levantó, y, volviéndose hacia Savari:

—Mi secretario, le dijo, os leerá vuestra declaración y os invitará á que la firméis.

—Muy bien, señor, contestó el detenido, estoy á vuestras órdenes.

Y acercó la silla á la mesa del secretario, pareciendo escuchar con sostenida atención. Durante esta lectura, que duró más de media hora, y que

Savari no interrumpió con ninguna observación, el señor Gourbet, sentado ante la mesa, reflexionó profundamente. No podía, á pesar de sus esfuerzos, atravesar las tinieblas que rodeaban el crimen de la calle de la Paz; éstas, por el contrario, se hacían cada vez más densas. Era sobre Alberto Savari á quien le habían llevado las sospechas; de las personas mezcladas en este asunto, era la única que podía ser razonablemente recriminada, y el presunto delincuente se le escapaba.

—Señor, dijo Savari al secretario cuando hubo terminado la lectura del interrogatorio, las respuestas que he tenido el honor de dar al señor juez de instrucción han sido consignadas por vos con perfecta exactitud. Nada tengo que decir en contra de este proceso verbal, y lo firmo de muy buena gana.

Después se levantó, tomó el sombrero depositado sobre la chimenea, y, volviéndose hacia el señor Gourbet, pareció esperar sus órdenes.

—Señor, dijo el Juez visiblemente turbado antelas maneras del detenido, preveo que será preciso interrogados de nuevo, y en tanto, véome obligado á manteneros arrestado.

Alberto Savari no contestó; contentóse con inclinarse silenciosamente.

—Pero, añadió el señor Gourbet, aliviaré en lo que pueda vuestro arresto, os levantaré la incomunicación.

—¡Oh! dijo el detenido, la incomunicación no me espanta.

—Id con Dios, dijo el juez de instrucción salu-

dando á Savari para indicarle que había terminado la entrevista, y, volviéndose hacia el escribano, dijo :

—Señor Cordier, anunciad á las personas que están fuera que el detenido se retira.

Savari comprendió el buen proceder de que era objeto, dejándole salir del despacho del juez de instrucción como había entrado : como una visita, como á un caballero, y no como un preso; no debía encontrar la escolta de gendarmes más que en el corredor. Inclínose para contestar á esta política, abrió él mismo la puerta y desapareció.

Entonces, Julia Vidal, que había sostenido tan lealmente la palabra dada, avanzó pálida y grave hacia el señor Gourbet. Cuando estuvo á dos pasos de él se detuvo, y, extendiendo el brazo hacia la puerta que había dado paso á Savari, exclamó con energía :

—¡El hombre que acaba de salir por esa puerta, el hombre á quien acabáis de interrogar, es el asesino de mi marido !

VII

Poco después de esto entró un ujier trayendo una tarjeta que presentó al señor Juez.

—¿Está ahí? preguntó.

—Sí, señor.

—Introducidlo.

Un instante después, la puerta se abrió para dar paso á Vibert.

En su carta al marqués de X..., par de Francia, él mismo ha hecho su retrato.

—¿Deseáis hablarme? preguntó el juez de instrucción mientras que el agente de policía le saludaba respetuosamente.

—Sí, señor; vengo á ponerme á vuestras órdenes con motivo del asesinato de la calle de la Paz.

—¿Sois vos el que se ha presentado en casa de la señora ? dijo el juez designando á Julia.

—En efecto, pero no he sido recibido, replicó Vibert, que miraba por encima de sus anteojos azules á la señora Vidal.

—¿Conocéis en todos sus detalles el asunto que nos ocupa ?

—Algo, señora; he entrado de los primeros en la

dando á Savari para indicarle que había terminado la entrevista, y, volviéndose hacia el escribano, dijo :

—Señor Cordier, anunciad á las personas que están fuera que el detenido se retira.

Savari comprendió el buen proceder de que era objeto, dejándole salir del despacho del juez de instrucción como había entrado : como una visita, como á un caballero, y no como un preso; no debía encontrar la escolta de gendarmes más que en el corredor. Inclínose para contestar á esta política, abrió él mismo la puerta y desapareció.

Entonces, Julia Vidal, que había sostenido tan lealmente la palabra dada, avanzó pálida y grave hacia el señor Gourbet. Cuando estuvo á dos pasos de él se detuvo, y, extendiendo el brazo hacia la puerta que había dado paso á Savari, exclamó con energía :

—¡El hombre que acaba de salir por esa puerta, el hombre á quien acabáis de interrogar, es el asesino de mi marido !

VII

Poco después de esto entró un ujier trayendo una tarjeta que presentó al señor Juez.

—¿Está ahí? preguntó.

—Sí, señor.

—Introducidlo.

Un instante después, la puerta se abrió para dar paso á Vibert.

En su carta al marqués de X..., par de Francia, él mismo ha hecho su retrato.

—¿Deseáis hablarme? preguntó el juez de instrucción mientras que el agente de policía le saludaba respetuosamente.

—Sí, señor; vengo á ponerme á vuestras órdenes con motivo del asesinato de la calle de la Paz.

—¿Sois vos el que se ha presentado en casa de la señora ? dijo el juez designando á Julia.

—En efecto, pero no he sido recibido, replicó Vibert, que miraba por encima de sus anteojos azules á la señora Vidal.

—¿Conocéis en todos sus detalles el asunto que nos ocupa ?

—Algo, señora; he entrado de los primeros en la

habitación de la calle de la Paz, algunos instantes después de descubierto el crimen.

—En efecto, lo recuerdo; el comisario de policía de la sección de las Tullerías, ¿no ha hablado de vos en su relato?

—Es posible, señor.

—¿Y mencionó también, me parece, ciertas sospechas que habíais concebido desde el primer momento?

—Sospechas absurdas y que yo deploro, replicó aceleradamente Vibert, interrumpiendo al Juez y arrojando una mirada hacia el lado de la señora Vidal. Además, diré para excusarme que no las he vuelto á emitir. Ahora he ido por otro lado.

—¡Ah! ¿por cuál?

—Sobre la misma persona que el señor juez de instrucción hizo detener ayer.

—¿Queréis hablar de Alberto Savari?

—Sí, señor.

—He aquí el proceso verbal del interrogatorio á que acabo de someterlo; leedlo atentamente:

—¿Y bien, qué pensáis? preguntó el juez, cuando un cuarto de hora después Vibert concluía.

—¿Señor juez, me permitís que hable francamente?

—Sin duda.

—Pienso que de los elementos que resultan de este interrogatorio, es imposible sacar una condena ni aun una comparecencia ante la audiencia.

—Soy de vuestro parecer.

—So pena que se saquen de los que yo pueda añadir, apoyó Vibert.

—¿Traéis algunos? preguntó el juez con interés.

—No, señor; pero buscando los encontraré.

—Si estáis sobre buena pista... hizo observar el señor Gourbert, si el señor Savari es culpable...

—¡Lo es! exclamó de pronto la señora Vidal, que no perdía una palabra de esta conversación, sostenida en voz alta.

—¡Ah! dijo el agente de policía, volviéndose vivamente hacia el lado de Julia, la señora está convencida de la culpabilidad del detenido.

—¡Convencida!

—¡Bravo! exclamó Vibert, que olvidando la presencia del juez de instrucción, dejó desbordar su alegría. ¡Bravo! ¡Savari está perdido; ahora estoy seguro de encontrar pruebas contra él!

El señor Gourbet no pudo impedir el mirar con curiosidad á este extraño agente de policía que participaba de la franqueza y entusiasmo en un oficio en que el disimulo es el todo.

Después de haber hablado de las condiciones del preso, y convencido de que era un hombre listo y de mucho ingenio, el protegido del marqués de X... fué de parecer que se le pusiera en libertad.

—¿Y si espantado por lo que le acaba de suceder, teme ser arrestado de nuevo y huye? interrumpió el señor Gourbet.

—No es probable, señor juez; si hubiese tenido esa intención, hubiera huído; después de consumado el crimen, suponiéndolo autor de él, ha debido contrarrestar todos vuestros esfuerzos con sangre fría y habilidad. Tendrá más confianza en sí, cuando después de haber caído en manos de la justicia sale

de ellas. Además, Savari es uno de esos parisienses de pura sangre á los que París es indispensable, que no saben vivir fuera y que afrontan toda especie de peligros antes que expatriarse: no es solamente en su esfera en donde hemos de notarlos. ¡Cuántos malhechores que estarían perfectamente seguros en el extranjero, y aun en provincias mismo, arriesgan su libertad, y algunas veces su cabeza, para venir á respirar este aire de París tan necesario á sus pulmones! Continúo suponiendo á Savari culpable y hago el razonamiento que ha debido hacerse: *He cometido un crimen que puede enviarme al cadalso; ¿qué conducta debo observar? ¿Huiré? Esto es confesarse culpable. Si me llaman á declarar, lo que es posible, mi asunto está bien claro; si no, vegetaré por el extranjero, sin medios de subsistencia; prefiero correr el riesgo de ser arrestado.* Esto ha hecho.

—¡Sea! dijo el juez de instrucción, el detenido está en libertad, lo admito por un instante, así como de que vos estáis encargado de vigilarlo; ¿cuáles son vuestros proyectos, vuestro plan?

—¿Mi plan? ¡Oh, señor, pide estar hecho con cabeza reposada!

El juez de instrucción, con gran experiencia, comprendió que se hallaba frente á uno de esos agentes de policía, amantes de su arte, que pueden prestar á la sociedad servicios inapreciables cuando se les sabe emplear hábilmente.

—¿De modo que vos respondéis del éxito? preguntó el juez volviéndose al protegido del marqués de X...

—Sí, Savari es culpable, contestó sin vacilación

Vibert, respondo de traer pruebas de su culpabilidad. Pero hay que establecer ciertas condiciones.

—Veamos, dijo el juez, que empezaba á familiarizarse con las maneras originales de su interlocutor.

—Desde luego, está bien entendido que se pone en libertad al preso.

—Es posible que acceda á ponerlo en libertad. Reflexionaré...

—Nada, nada; notas emanadas del juzgado y enviadas á los diferentes periódicos judiciales, anunciarán esta libertad, con el pesar de haber detenido á Savari por una acusación de la que ha resultado completamente inocente después de un solo interrogatorio. Esto le impedirá dudar de ningún lazo; se creará enteramente libre y no tendrá en cuenta sus palabras, y mis pesquisas obtendrán mejores resultados.

—Apruebo vuestra idea, dijo el señor Gourbet. ¿Y después?

—¿Después? ¡Ah! señor, contestó Vibert, he aquí el punto más difícil: deseo tener enteramente carta blanca en este asunto, no ser sometido á ningún interrogatorio durante algún tiempo, no ser contrariado por ninguna orden que venga del juzgado ó la prefectura, y poder disponer de fondos que me serán necesarios, tanto para no perder de vista el acusado, cuanto que me será preciso tomar ciertos hábitos de lujo y disipación.

—Haré presente vuestras peticiones y espero os serán atendidas.

—Entonces, señor, dijo Vibert, no tengo más

que retirarme á esperar vuestra decisión; si me es favorable, trazaré el plan poniéndome inmediatamente en campaña.

Dijo esto con el tono tan convincente como el de un general al despedirse del ministro de la guerra para salir á operaciones. Después, volviéndose hacia Julia, que había asistido en silencio á esta entrevista, y á los ojos de la cual Vibert por la seguridad de sus promesas había tomado proporciones gigantescas, le dijo:

—Señora, tendré quizá necesidad de tener alguna entrevista con vos; ¿querréis dar las órdenes oportunas para que se me reciba?

—Ciertamente, dijo la señora Vidal; se os introducirá cerca de mí todas las veces que os presentéis.

Vibert saludó y desapareció, mientras que Julia se despedía del juez de instrucción.

VIII

Las diversas peticiones de Vibert fueron sin duda acordadas, porque se leyó al día siguiente esta nota en la *Gazette des Tribunaux*:

El señor Alberto S..., que anunciamos ayer estaba comprometido en el asesinato de la calle de la Paz, y contra el cual había sido lanzada una orden de arresto, ha sido puesto en libertad inmediatamente después de un interrogatorio que no ha dejado subsistir ningún cargo contra él. La justicia no duerme, y no tardará en ser cogido el verdadero criminal; la extradición es siempre fácil de obtener cuando se trata de un asesino. Nuestros lectores pueden estar persuadidos de que los tendremos al corriente de todas las noticias que se obtengan.

Se creyó la sinceridad de esta nota, y los periódicos de la oposición, no olvidemos que era la víspera de la revolución de febrero, no dejaron de aprovechar tan linda ocasión para hacer un poco de moral al gobierno, compadeciéndose de la suerte de Savari, y le presentaron como una triste víctima de un nuevo error judicial. El *Nacional* aprovechó esta

misma circunstancia para largar un artículo que produjo viva sensación.

Helo aquí :

« De modo que un ciudadano está tranquilamente en su casa descansando de las fatigas del día, y pensando en los negocios del siguiente; de pronto llaman brutalmente á la puerta, se invade el domicilio, se fuerza su escritorio, se leen sus papeles más secretos, se penetra en su vida más íntima. Un señor de justicia asiste á estas escenas y preside esta ejecución, y si el ciudadano cuya morada ha sido violada pregunta los motivos de tantos rigores, se le contesta que no le importa, que luego se le explicará si tiene derecho á ello. Si se resiste, si la sangre se le sube á la cabeza y proclama su inocencia, el que representa á la ley hace que lo sujeten, y le ponen unas esposas y lo meten en un coche diciendo al automedonte : *¡A la Consergerie!* y bien pronto depositan en odioso calabozo al preso loco de rabia y de dolor. ¡Allí permanece incomunicado sin interrogarle, durante cuarenta y ocho horas... Por fin vienen á buscarlo : gendarmes lo escoltan, y atraviesa los sombríos corredores, sube las escaleras y se encuentra frente de un magistrado instructor.

»—Señor, se le dice, estáis acusado de haber asesinado al señor X...

»—¡Al señor X..., yo! ¿Cuándo le he asesinado?

»—Hace ocho días.

»—¿Dónde?

»—Calle Dauphine, en París.

»—Pero hace ocho días, señor, estaba en Marsella con mi familia; todo el mundo lo puede atestiguar;

acababa de llegar cuando he sido arrestado por orden vuestra.

»—¿Pero entonces, cómo? ¿Habría una coartada? ¿Podríais probarlo? ¡Por qué no lo dijisteis en seguida!

»—¿Antes? ¿A quién? ¿Se me ha interrogado? Me han encarcelado, he ahí todo.

»—Señor, si decís la verdad, no tardaremos en ponerlos en libertad.

»—No haréis más que lo que es debido; ¿pero quién me indemnizará?

»—¿Cómo?

»—Sí, quién me indemnizará de las torturas que acabo de experimentar.

»—Señor, se os creía culpable, había pruebas contra vos, se ha obrado como se debía obrar.

»—No, señor; en vez de haber lanzado contra mí una orden de arresto, debía haberseme enviado una citación.

»—¿Y si vos, sintiéndoois culpable, receláis y huís?

»—Entonces se me hubiera detenido, y era de justicia. Se olvida demasiado en Francia que un detenido no es un culpable. »

...
 Todos estos artículos hacían la dicha de Vibert.

—Savari, se decía, no podrá jamás imaginarse que inspira todavía sospechas y que se le vigila. Saldrá de su reserva, cometerá alguna imprudente falta y lo pescaré.

Entonces el novel agente de policía sonreía pasaba la lengua sobre los labios y se frotaba las manos.

—¿El señor, dijo, no deseará probablemente servido más que de la señora?

—A ser posible...

—Es que hay personas que esperan en el gabinete; desde la muerte del señor, los abogados y notarios no salen de aquí...

—Esperaré en el comedor.

—No, todo el mundo os vería salir; venid, seguidme.

Atravesó un pequeño corredor, abrió una puerta y dijo :

—Voy á prevenir á la señora vuestra visita.

Vibert, á quien nuestros lectores ya han reconocido, sin duda, cuando se halló solo, miró á su alrededor. Encontrábase en un elegante tocador. Era uno de esos cuartos que sirven para todo, tan frecuentes en las casas de los solteros; pero sin duda Mauricio Vidal, después de su matrimonio, lo había compartido con su mujer, y presentaba, por lo tanto, el más extraño y lindo contraste. Vibert, en medio de la habitación, estaba admirando las mil lindezas que contemplaba.

La puerta del gabinete se abrió; era Marieta que venía á buscarle para introducirle cerca de la señora Vidal.

—Señor, le dijo Julia, siento haberos tenido tan largo tiempo esperando; pero deseaba estar enteramente libre para recibirlos. Ahora ya estamos solos.

—¿Habéis leído los periódicos de ayer tarde, señora? preguntó Vibert, sin otro preámbulo y después de haberse sentado.

—Sí, he sabido por ellos que Alberto Savari está en libertad.

—En efecto, el señor juez de instrucción se ha decidido á escucharme.

—¿Qué esperáis ahora?

—Mucho, si me ayudáis.

—¿Yo?

—Sí, vos, señora.

—Pues bien, señor, dijo enérgicamente Julia, mi deber, mi solo objeto en la vida, ¿no es llenar las últimas voluntades de mi marido? ¿vengarle? Se me ha dicho que me fie de vos, y os pertenezco en cuerpo y alma.

—Entonces, señora, triunfaremos, exclamó alegremente Vibert; triunfaremos, añadió tomando las manos de Julia entre las suyas y estrechándolas con fuerza.

Ella le dejó hacer, sin manifestar ningún asombro, ninguna repulsión. Vibert no era para ella ni un hombre, ni un agente de policía; era un cómplice, un vengador. Sentáronse uno en frente de otro, y Vibert repuso:

—¿Después de tres días de reflexiones, persistís en creer á Alberto Savari asesino de vuestro marido?

—Persisto. ¿Y vos?

—Yo, también; diría más: mis dudas se han convertido casi en seguridades; pero son puramente morales, y vos no lo ignoráis, son preciso pruebas materiales.

—¿Habéis encontrado el medio de procuráros-las?

—Sí, pero tengo necesidad de vuestro concurso.

—Os es concedido.

—Pensad que será preciso desplegar una gran energía.

—Tengo mucha.

—Una gran paciencia.

—La tendré.

—Deberéis vencer legítimas repugnancias.

—Las venceré si es preciso.

—En fin, el plan que he concebido os parecerá insensato, horrible; lo rechazaréis en seguida.

—¿Qué importa, si le adopto?

—Escuchad, pues.

—Eseucho.

Y para no perder ni una palabra de lo que iba á decir Vibert, fué á sentarse á su lado sobre el sofá que ocupaba. Se hubiera dicho que eran dos amantes en el momento de cambiar tiernas confidencias.

—Es preciso que desde luego sepáis, señora, dijo Vibert, que no he perdido de vista ni un instante á Alberto Savari desde que ha salido de la prisión. Avisado de la hora en que iba á ser puesto en libertad, me encaminé á la puerta de la Conserjería. Apenas hubo salido, tomó un carruaje, al que seguí, y desde hace tres días no ha hecho nada que no me sea conocido. Mientras estoy aquí, uno de mis hombres de más confianza se ha estacionado en un rincón de su calle y vigila la casa; como veis, no puede escapársenos. En tanto que me he ocupado de estos cuidados, heme iniciado también en la vida pasada de Alberta Savari, y recogido por mi cuenta los docu-

mentos que tiene imperfectos, dándolos al juez de instrucción. Resulta, y perdonadme, señora, la crueldad de ciertos detalles que me veo obligado á daros; resulta, digo,—continuó Vibert,—que Savari no ha tenido jamás, durante su existencia de joven, ninguna afeción seria, que jamás ha amado á ninguna mujer.

—¿Qué nos importa? observó Julia.

—Mucho, señora, replicó el agente de policía; vais á convenceros de ello si queréis escucharme.

—Continuad, señor.

—Savari, he dicho, no ha tenido ninguna afeción seria; como muchos jóvenes de la época, su imaginación ha hablado, pero sin interesar al corazón. No sé si me hago comprender bien de la señora.

—Perfectamente,—dijo Julia asombrada de las expresiones, relativamente escogidas de este singular agente de Policía, porque ella ignoraba ciertos detalles de la vida de Vibert, en los cuales por su carta al marqués de X... hemos sido iniciados.

—Una sola mujer, de la que se ha hablado en la instrucción, continuó Vibert, ha marcado algo más que las otras la existencia de Alberto Savari; es una antigua prostituta, una tal Pelagia d'Ermont, perfectamente conocida de la policía. Esta Pelagia, después de haber gozado de una gran celebridad, hace tiempo que está enteramente transformada; pero no ha querido renunciar al lujo á que sus amantes la habían acostumbrado, y, para sostenerlo,

ha recurrido á una industria muy extendida entre las mujeres de su clase : ofrece *the*.

—¿Qué entendéis por eso? dijo Julia interrumpiendo á Vibert.

—¡Ah! es justo, señora; no podéis estar familiarizada con todas estas costumbres parisienses. Una mujer que ofrece *the* convoca en su casa, una ó dos veces por semana, algunas de sus amigas, que tiene buen cuidado de escoger entre las más jóvenes y bonitas. Hechas estas invitaciones, dirige otras á los hombres que conoce: *Encontraréis á Cora, dice á uno; estará Olimpia, la bella Olimpia; venid, pues, os esperamos; invítad á vuestros amigos*. De este modo, acuden los amigos, y los amigos de los amigos. Se habla, se ríe; después, alguna de estas damas, propone una pequeña timba. ¡Oh, juego bien inocente! La primera puesta no podrá pasar de cinco francos. *Venid á sentaros á mi lado, dice Olimpia á un joven cuya conquista ha hecho; venid, yo os daré la suerte, ganaréis toda la noche*. El joven se sienta y sus amigos le imitan; sacan un luis del bolsillo y lo pierden, sacan otro, que sigue al primero. A las dos de la mañana, la primera puesta, que no podía pasar de cinco francos, es de cincuenta ó ciento; los billetes de banco han sucedido á los luises. A las cinco no se ven sobre las mesas ni luises ni billetes; cada uno dice que pierde, y sin embargo, todo el dinero ha desaparecido. Luego se juega bajo palabra; á las once de la mañana, quebrantados y fatigados, abandonan el juego; ha habido pérdidas de cinco y diez mil francos. En cuanto á la dueña de la casa, ha ido á acostarse á cosa de las cinco de la mañana, des-

pués de haber tenido cuidado de llenar los bolsillos de luises y billetes, que sirven para indemnizarse del *the* ofrecido.

—Comprendo, dijo Julia que había escuchado atentamente.

—Pero, continuó Vibert, entre los hombres los hay que van á medias con la dueña de la casa, y son una especie de ganchos y encubridores. Esto os explicará suficientemente, señora, la naturaleza de las relaciones que se dice existan entre Savari y Pelagia d'Ermont; lo habéis comprendido: se trata entre ellos de una sencilla cuestión de interés. Tenía, pues, razón, al deciros al principio: Savari no ha tenido jamás ninguna afeción seria, puesto que la única que le hubiese sido posible jamás ha existido.

—Pero? ¿qué deducís de esto? preguntó vivamente Julia, impacientada de no comprender adónde quería venir á parar el agente de policía.

—Deduzco, dijo Vibert, que jamás ha amado, y que debe ser, más que otro cualquiera, susceptible de amar.

—Y bien, ¿quién queréis que le ame?

—Vos, señora.

—¡Yo!

—¡Sí, vos!

—¡Yo! repitió Julia, que creía haber oído mal.

—Es el único medio que tenemos de llegar á la verdad. Savari no os conoce, y no puede desconfiar de vos. Entraréis en su vida, participaréis de su existencia, os iniciaréis en su pasado, y tarde ó temprano lo desenmascararéis. Con un adversario tal, como el nuestro, — continuó Vibert, mirando á Julia

que no se había repuesto del asombro, — los medios ordinarios no podrían emplearse; es preciso una cosa imprevista, extraña, extraordinaria; he buscado y creo haberla encontrado. Vos seréis la Dalila de ese nuevo Sansón, vos le cortaréis los cabellos y se entregará él mismo á los *flisteos*.

—¡Pero este proyecto es insensato! — exclamó Julia.

—Es conveniente.

—Es irrealizable.

—¡Oh! Por eso con vuestro concurso, me encargo de realizarlo.

—Me será necesario un valor sobrehumano.

—Lo tendréis.

—Me haré traición.

—¡Nunca! Si adoptáis mi plan, no tendréis más que un pensamiento: llevarlo á buen fin. ¡Es Savari el que se hará traición, y vuestro marido será vengado!

Y como Julia, pálida, febril y agitada, no contestase, Vibert se levantó, tomó el sombrero y dirigiéndose hacia la puerta, dijo:

—Señora, volveré á veros mañana, á la misma hora; si me anunciáis, como espero, que aceptáis mi plan, tendré el honor de desenvolverlo más completamente.

—Pero... exclamó Julia, como si quisiera retener al agente de policía.

—Hasta mañana, dijo éste retirándose.

es italiana, italiana del Norte, genovesa; puede fiarse de semejantes mujeres; no ha degenerado todavía como muchas de sus compatriotas y todas las nuestras. ¡No son muñecas de salón, son verdaderas mujeres!... Examinad á la vuestra, y comprenderéis lo que os digo. Envolverá á ese Savari, le deshará, no quedará más que un trozo; vuestra idea de compararlos á Dalila y Sansón ha sido muy luminosa.

»Pero, decidme; ¿ha aceptado ella el plan que le habéis propuesto? Vuestras últimas confidencias se detuvieron en lo más interesante. No dejéis de participarme todo lo que ocurra.

»P. D. — El Gobierno de Julio hace bastante mal las cosas, el camino que habéis emprendido puede arrastraros y conducirnos á gastos que os será difícil cubrir, á pesar de vuestra buena intención. Girad sobre mí todo el dinero que necesitéis... precisamente no tengo que hacer economías para nadie... ni para mi sobrino. ¡No soy de su siglo! ¡Imbécil!... ¡Todo eso lo pagará!»

Vibert se apresuró á contestar:

»Señor marqués, llegué anteayer á las diez de la mañana, á casa de la señora Vidal, como [le había anunciado la víspera. Esta vez no tuve que esperar, me recibió enseguida diciéndome:

»—He reflexionado mucho, y si no hay otro medio creo tener que aceptar vuestro plan.

»—Muy bien, señora,—contesté.

»Decidido esto, discutimos todo el proyecto considerándolo desde todos los puntos de vista que se podía.

»En nuestra última entrevista, señor marqués,

En los últimos días de octubre, el marqués de X..., del que ya hemos publicado una carta, escribía á su protegido Vibert:

«Palabra de honor, niño, que lo que me confiáis en vuestra última misiva excita, lo confieso, mi curiosidad. Estaba terriblemente aburrido y habéis venido á sacarme de esta nostalgia algo excesiva. Muy bien; por poco que me distraigáis, erminaré por cederos algo en mi testamento en perjuicio de mi sobrino, ¡un briboncillo que se permite explicar ante mí las ideas liberales!... ¡que ha osado arrojarme á la cara que no era de mi siglo! ¡Vive Dios! he aquí una palabra que podría muy bien costar dos ó tres millones. ¡No es de mi siglo!... ¿por qué? porque digo: el Jardín del Rey en vez del Jardín de plantas...

»He reflexionado mucho el plan que habéis concebido y que me habéis comunicado. ¡Pues bien! dicho entre nosotros, es absurdo, imposible, estúpido...

»¡Ah! si vuestra bella viuda de la calle de la Paz fuese parisiense, os diría: *Bernique, mi buen amigo, es incapaz de llevar á cabo semejante empresa; pero*

es italiana, italiana del Norte, genovesa; puede fiarse de semejantes mujeres; no ha degenerado todavía como muchas de sus compatriotas y todas las nuestras. ¡No son muñecas de salón, son verdaderas mujeres!... Examinad á la vuestra, y comprenderéis lo que os digo. Envolverá á ese Savari, le deshará, no quedará más que un trozo; vuestra idea de compararlos á Dalila y Sansón ha sido muy luminosa.

»Pero, decidme; ¿ha aceptado ella el plan que le habéis propuesto? Vuestras últimas confidencias se detuvieron en lo más interesante. No dejéis de participarme todo lo que ocurra.

»P. D. — El Gobierno de Julio hace bastante mal las cosas, el camino que habéis emprendido puede arrastraros y conducirnos á gastos que os será difícil cubrir, á pesar de vuestra buena intención. Girad sobre mí todo el dinero que necesitéis... precisamente no tengo que hacer economías para nadie... ni para mi sobrino. ¡No soy de su siglo! ¡Imbécil!... ¡Todo eso lo pagará!»

Vibert se apresuró á contestar:

»Señor marqués, llegué anteayer á las diez de la mañana, á casa de la señora Vidal, como [le había anunciado la víspera. Esta vez no tuve que esperar, me recibió enseguida diciéndome:

»—He reflexionado mucho, y si no hay otro medio creo tener que aceptar vuestro plan.

»—Muy bien, señora,—contesté.

»Decidido esto, discutimos todo el proyecto considerándolo desde todos los puntos de vista que se podía.

»En nuestra última entrevista, señor marqués,

En los últimos días de octubre, el marqués de X..., del que ya hemos publicado una carta, escribía á su protegido Vibert:

«Palabra de honor, niño, que lo que me confiáis en vuestra última misiva excita, lo confieso, mi curiosidad. Estaba terriblemente aburrido y habéis venido á sacarme de esta nostalgia algo excesiva. Muy bien; por poco que me distraigáis, erminaré por cederos algo en mi testamento en perjuicio de mi sobrino, ¡un briboncillo que se permite explicar ante mí las ideas liberales!... ¡que ha osado arrojarme á la cara que no era de mi siglo! ¡Vive Dios! he aquí una palabra que podría muy bien costar dos ó tres millones. ¡No es de mi siglo!... ¿por qué? porque digo: el Jardín del Rey en vez del Jardín de plantas...

»He reflexionado mucho el plan que habéis concebido y que me habéis comunicado. ¡Pues bien! dicho entre nosotros, es absurdo, imposible, estúpido...

»¡Ah! si vuestra bella viuda de la calle de la Paz fuese parisiense, os diría: *Bernique, mi buen amigo, es incapaz de llevar á cabo semejante empresa; pero*

tuve el honor de hablaros de una tal Pelagia d'Ermont, mujer galante. Os dije también la naturaleza de sus relaciones con Alberto Savari; de ellas pienso sacar gran partido; en casa de esta *señora* es donde han de encontrarse Savari y la señora Vidal por primera vez. He aquí mi proyecto:

»Ayer, á las dos de la tarde, llamé en el número 10 de la calle Blanche, casa de Pelagia. Si me hubiérais encontrado en la escalera no me habierais conocido; he aquí mi equipo, en dos palabras: gabán, corbata y chaleco negros, pantalón gris, guantes perla, gasa en el sombrero, gran cadena de oro en el chaleco y un brillante en el alfiler de la corbata, otro en la mano derecha que dejé desenguantada. Ya veis, señor marqués, que estaba admirablemente. Inútil creo deciros que mis piedras preciosas son imitaciones sin igual.

»—¿La señora está visible?—pregunté.

»—No sé, señor. ¿Si el señor quiere darme su nombre?—dijome una especie de doncella.

»Desde luego, con acento difícil de comprender, toda vez que trataba de hacerme pasar por un extranjero y como si me costara trabajo la pronunciación francesa, contesté con acentuación italiana muy marcada:

»—Mi nombre es desconocido á vuestra señora; vengo recomendado por varios de sus amigos; he llegado de Nápoles, y si queréis hacerle pasar mi tarjeta...

»Di una de las tarjetas que había tenido buen cuidado de mandarme hacer la víspera, y la doncella, después de haberme hecho penetrar en un elegante

salón, fué á prevenir á su ama. La señora d'Ermont no tardó en aparecer; es rubia, algo gruesa; puede decirse que es una linda mujer todavía; sus rasgos son finos y debe haber sido muy hermosa; vestía un peinador de seda azul que permitía adivinar sus acentuadas formas.

»—Señor conde,—me dijo, leyendo la tarjeta que le había hecho pasar y que aún tenía en la mano,—celebro conoceros; hacedme, pues, la merced de sentaros. Decís que estáis recomendado por...

»—Por varios de vuestros amigos, señora; el marqués de Santa Vicchini entre otros.

»—¡Ah! hace ya cinco ó seis años que no le veo; ¿sigue bien?

»—Perfectamente, señora.

»—¿Venís de Nápoles, conde?

»—Directamente, señora.

»Para no cansaros tanto, señor marqués: después de las pueriles banalidades que se hablan en estos casos, entramos en materia, y díjele no conocer París; y agradarme la sociedad de las mujeres; preguntóme si era casado, á lo que contesté que no y que ni aún una querida tenía; fingíme enamorado de ella, lo que no le pareció mal. Díjela que había venido con una parienta mía y le pedí venia para presentársela. Esto pareció confundirla, y en efecto, era chocante. Ser un hombre de mundo y arriesgar semejante presentación...

»Por último, admitió, pero diciéndome que previniera á mi parienta que su reunión era íntima, que ni se bailaba ni se tocaba el piano, sino sencillamente se hablaba, y que algunas veces, cuando, la

conversación languidecía, solía jugarse algo, pero muy poco.

»Después me he despedido. He aquí, señor marqués, el relato exacto de mi primera entrevista con la Pelagia d'Ermont. Creo haber representado bien el papel.

»Esta noche el primer encuentro de Savari y la Vidal. ¡Si ésta se hace traición será menos fuerte de lo que creo! ¡Tiemblo ante este pensamiento!»

Vibert había representado su papel de una manera notable; hombre extranjero, rico, no sabiendo qué hacer de su fortuna, pichón dispuesto á dejarse desplumar y dejándose enredar en las redes de Pelagia d'Ermont.

A las diez, cinco ó seis de las amigas más íntimas de Pelagia estaban reunidas en su salón esperando la hora de pensar en lo serio, es decir, en dirigirse á las mesas de juego. Aquellas jóvenes hablaban de cosas indiferentes, quejándose á Pelagia de que se jugaba con mucha frecuencia y que podría alguna vez hacerse alguna banca rota, á lo que la señora d'Ermont arguyó que no había peligro, demostrándolo con la lectura de la siguiente caria impresa.

El barón Arturo de Fontelle, tiene el honor de prevenir á sus amigas, queridas y proveedoras, que es mayor de edad, el 10 del corriente. Sus amigos pueden, pues, impunemente ganarle el dinero jugando, sus proveedores darle crédito, sus queridas arruinarle.
— *El barón es el solo responsable de sus actos.*

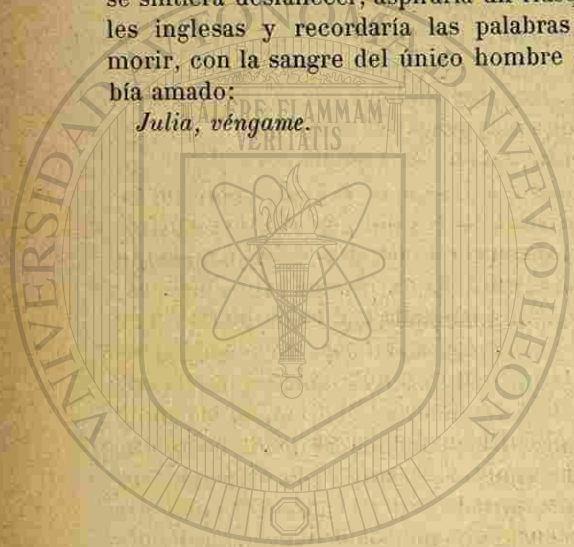
—Esperando que se le forme un consejo judicial,

lo que no ha de tardar,—hizo observar una de las jóvenes, llamada Armanda, mientras que hacía pasar de mano en mano aquella extraña esquela.

Entre once y doce de la noche, los salones de Pelagia estaban concurridísimos; Savari llegó de los últimos; las mujeres que antes lo habían tratado lo acogieron con gran entusiasmo; los hombres se mostraron algo más fríos. La entrada de Vibert y de la señora Vidal, no fué muy notada; hacía una hora ya que las mesas de juego estaban funcionando, *los burlotes* sucedían á *los burlotes*, y cada uno defendía el dinero del mejor modo posible. Esto lo había previsto Vibert cuando llegó, lo más tarde posible á casa de Pelagia. No confiaba aún en las fuerzas de Julia y había querido allanar ante ella los primeros obstáculos; temía que esta honrada joven, al encontrarse de pronto en presencia de aquellas mujeres, más ó menos libertinas, no pudiese ocultar su repugnancia; su lenguaje y su maneras debían herir su delicadeza; era capaz de huir de aquel salón y renunciar á sus deseos. Pero ya hemos dicho que las mujeres que juegan son, más que mujeres, jugadores; su conversación se reduce á estas palabras, que pertenecen á todas las clases de la sociedad, desgraciadamente: *Juego; el rey es bueno; tanto á la sota...* etc. Además, Julia no había sido presentada en el mundo por su marido; así que ignoraba lo que en él sucedía. Podía tener repugnancias instintivas, pero detalles que hubieran chocado á una parisiense, á ella le escapaban. En una palabra: proseguiría la venganza con todo el ardor de su naturaleza meridional, con el fuego de sus veintidós años, con su temperamento

exaltado. Poco le importaban los sufrimientos del amor propio, los peligros que podría correr su reputación, los disgustos que iba á experimentar. Cuando se sintiera desfallecer, aspiraría un rfasquito de sales inglesas y recordaría las palabras escritas al morir, con la sangre del único hombre á quien había amado:

Julia, véngame.



XI

Atenta y grave, Julia Vidal, sentada sobre un *canapé* en un rincón de la sala, observaba á Alberto Savari, que estaba cerca de ella, en una mesa de juego. Sabemos que le había visto una vez en el despacho del juez de instrucción, y había podido, por lo tanto, familiarizarse con su aspecto y estudiar su fisonomía; pero éste no era el hombre que ella conocía. Obligado á defender su libertad, su vida quizás, ante el juez había sin duda adoptado un rostro de circunstancias; su salvación podía depender de un gesto, de una mirada ó de un cambio de color súbito. En casa de Pelagia no estaba obligado á defenderse; creía que nadie le observaba; todos los jugadores seguían con atenta mirada las cartas que *saltaban* sobre la mesa, y la fisonomía de Alberto cambiaba según aquéllas; Julia, interesada, hacía notables observaciones. Lo que más le llamaba la atención era la profunda tristeza que parecía cubrir el rostro de Savari. Este hombre debía experimentar un gran dolor, ser presa de profundo pesar ó estar torturado por terribles remordimientos. Sus mejillas habían enflaquecido y su rostro tomado un tinte pálido. Aunque parecía interesarse en la partida que á

su vista se jugaba, Savari no tomaba aún parte muy activa; en una de las manos tenía un puñado de lises, y observaba. De pronto sintió que le tocaban en el hombro. Era Vibert, que después de haberlo examinado tan atentamente como Julia, se le había ido acercando poco á poco.

—Perdonad, señor,—dijo el agente de policía con el acento italiano que le hemos visto adoptar,—todas las personas reunidas en este salón están ocupadas en jugar; vos solo no lo hacéis. ¿Haríais el favor de prestarme un servicio?

—¿Cuál?—contestó bastante friamente Savari después de haber mirado á su interlocutor.

—Soy extranjero, italiano, como es fácil notar por mi pronunciai6n, y muy poco al corriente de la partida que se está jugando; quisiera, sin embargo, tomar parte, desde luego por distraerme; tendríais la amabilidad de consagrar un momento á enseñarme la marcha del juego?

—No veo en ello ningún inconveniente, si esto os es agradable,—contestó Savari.

—Os lo agradezco infinito; ¿podré, pues, sentarme cerca de estas señoras y arriesgar algunos billetes de banco sin parecer ridículo?...

—¡Oh! En cuanto á eso, señor, permitidme deciros que jamás se hace el ridículo cuando se arriesga el dinero con las señoras.

—¡Verdaderamente! ¿les gustan los billetes, quizás?—replicó Vibert sonriendo lo más lisamente posible.

—Los adoran,—dijo Savari.

Y fué á tomar de encima de la chimenea una ba-

raja que los jugadores acababan de abandonar, y reuniéndose á Vibert que había permanecido al lado de la mesa:

—Cuando queráis, podemos empezar,—exclamó:

—¿No estaríamos mejor sentados?

—Como gustéis; aquí hay dos sillas.

—¡Es que no estoy solo!

—¡Ah!

—Sí, tengo una señora, una compatriota; y de buena gana aprovecharía esta lección, y si vos lo consentís...

—¿Dónde está esa señora?

—Allí... no conoce á nadie, habla imperfectamente el francés y es muy tímida.

Por primera vez, la mirada de Savari se cruzó con la de Julia; la mujer de Mauricio Vidal sostuvo con valor este primer choque; Vibert, antes que la emoción la venciera, avanzó y apresuróse á hacer la presentación. Después de ésta, Savari se sentó en el canapé, al lado de Julia, y enfrente de Vibert y empezó la lección prometida. Terminada que fué, se oyó una voz en la mesa de juego que decía:

—Hay diez lises de *banca*; ¿nadie los copa?

—Voy á ensayar,—dijo Vibert, levantándose.

—No os lo aconsejo,—repuso Savari.

—¿Por qué? Gracias á vos, señor, conozco ahora el juego.

—No estáis lo suficientemente fuerte para luchar con la persona que tiene las cartas en este momento.

—¡Bah! Es lo que no sabemos;—replicó Vibert que creyó llegado el momento de reunir de lleno á Julia y Savari.

Dejólos y se aproximó á la mesa en la que procuró hacerse sitio, para lo cual tuvo cuidado de sacar con intención, de su bolsillo, una carterita repleta de billetes de banco, al parecer.

El hecho es que había compuesto la carterita repleta con un arte infinito: dos ó tres billetes de banco, fruto de sus economías, envolvían ostensiblemente papeles sin importancia, formando de este modo pequeños fajos sobre los que se veía escrito: cinco mil, diez mil, quince mil francos. Esto produjo sobre los jugadores, y sobre todo, en las jugadoras, un gran efecto; Vibert aprovechó la ocasión para aventurar algunos luses; conocía de larga fecha, de nombre ó vista, parte del personal femenino en medio del cual se encontraba y tenía buenas razones para desconfiar; si jugaba, era con el objeto de no despertar ninguna sospecha y llenar en todos sus detalles el papel de rico extranjero. Además, aquel juego le era tan familiar como á su profesor Savari. Empezó á jugar y como novicio á tener suerte. Ya tenía un montón de luses ante sí, cuando sintió que se apoyaban en el respaldo de su silla; era Savari.

—¿Aprovecháis mis lecciones?—le dijo éste.

—¡Oh, muy poco!

—¡Cómo muy poco! ¡Tenéis cinco ó seis mil francos ante vos!

—Cosa insignificante,—replicó Vibert con el tono desdenoso del millonario.

—Entonces, puesto que ganáis tan poco, no oiréis á la persona que me envía...

—¡Ah! ¡se os envía!... ¿qué se me quiere?

—Desea salir... y se me ha rogado os lo diga.

Vibert se apresuró á levantarse. Se oyó un grito de asombro general.

—¿Qué, partís ganando tanto dinero?—dijo la una.

—El señor teme de perderlo;—arguyó otra.

—¡Tenía más confianza en vos, querido conde!—objetó á su vez Pelagia.

Vibert comprendió que su partida sería mal interpretada y que cometería una imprudencia descontentando tan vivamente á las gentes entre las cuales se hallaba.

—Señoras,—dijo,—tengo la obligación de acompañar á su casa á la persona con quien he venido, y que el ardor del juego ha hecho que me olvidase: estoy de vuelta al instante y dejo el dinero sobre la mesa para que señale mi sitio.

Esta frase allanó todos los obstáculos; Vibert se unió á Julia y salió con ella.

—¿Y bien?—le preguntó al descender la escalera.

—Le he encontrado como me habíais prevenido,—contestó Julia;—¿pero le volveré á ver?

—Sin duda; si no le volvéis á ver, esta primera entrevista sería inútil.

—¿Dónde le encontraré? Desearía no verle en esta casa, en medio de esta sociedad que no es la mía.

—No le veréis aquí.

—¿Entonces qué imagináis?

—Nada todavía, pero veré, fíaos de mí. Vuestras convicciones acerca de Savari ¿no han sido quebrantadas por la conversación que habéis tenido con él?

—No, pero nada ha venido á fortificarlas.

Al hablar así, habían descendido la escalera y llegado á la calle.

—Me veo en la precisión de volver á subir á casa de esa señora d'Ermont,—dijo Vibert.

—Nada más fácil; hacéd venir un carruaje y dad mi dirección al cochero.

—¿No teméis encontraros sola tan tarde? Tengo tiempo de acompañaros.

—¿No, gracias. Quiero llevar hasta el fin la tarea que me he propuesto, debo familiarizarme con todas las dificultades de mi posición.

Pasó un coche vacío, lo detuvieron, y Julia tomó asiento en él.

—¿Tendré el honor, señora,—dijo Vibert al tiempo que cerraba la portezuela,—de ser recibido mañana para que decidamos lo que convenga hacer?

—Estaré todo el día en casa.

Vibert siguió un instante con la vista al carruaje que llevaba á la señora Vidal; alguien que lo hubiera observado en este momento hubiera notado en su mirada alguna cosa extraña. Su pequeña talla se enderezó, sus ojos tomaron otra expresión y dirigióse vivamente hacia la casa que acababa de dejar.

—El primer paso ya está dado,—se decía el agente de seguridad al subir la escalera;—¿pero y el segundo?... Si esta noche misma no encuentro medio de liar una intriga con ese Savari, se nos escapa. ¿Mas qué medio emplear?...

De repente se detuvo exclamando:

—¡Ah! ¡pardiez! lo encontraré; *Eureka*, que diría mi protector el marqués X..., ¿por qué la fortuna que acaba de secundarme me abandonaría?

Llamó á la puerta de Pelagia d'Ermont y fué introducido. Eran próximamente las tres de la mañana. Durante la ausencia de Vibert, el juego había tomado nueva animación. Savari tallaba, y la fortuna le favorecía; tenía tres mil francos de banca. Vibert fué á ocupar un sitio silenciosamente y esperó.

Abreviaremos suprimiendo los detalles que nada interesan al lector, al que le bastará saber que Savari fué desbancado por nuestro agente y que éste ganó cuanto dinero había en las mesas, á fuer de novel jugador.

Después se llegó á lo que se viene á parar siempre en las partidas de este género; después de haber jugado dinero contante, se jugó sobre la palabra. Aquí esperaba Vibert á Savari. Este, indignado por el éxito de su adversario, y conociendo, efecto de una larga experiencia, los peligros de las nuevas partidas que se entablaban, no se arriesgó más que con mucha reserva. Puede que hubiese renunciado á luchar más tiempo contra la mala fortuna, si hubiera seguido perdiendo; pero la casualidad quiso que ganara los primeros quinientos francos jugados sobre su palabra; creyó que la vena le volvía y que iba á tomar la revancha á Vibert; jugó, jugó sin prudencia, la fiebre del juego le volvió á dominar, y empezó á perder de nuevo; los dos años de práctica no le habían servido de nada. Ya no luchaba contra una cosa inmaterial, contra las cartas, contra el juego; luchaba contra Vibert, cuya buena suerte le exasperaba; considerábalo como un enemigo. Se obstinaba en vencer á un enemigo invencible. Una especie de embriaguez, la más peligrosa de todas, la que pro-

cura el juego, se había apoderado de su espíritu.

A las ocho de la mañana, Vibert seguía siendo el afortunado banquero; en fin, cuando ya tenía perdidas Savari cantidades respetables, Vibert declaró que estaba rendido de fatiga, y que el lecho le reclamaba imperiosamente. Esta declaración no tenía nada de insólita. Se había prometido que se dejaría el juego á las ocho, y las ocho, y las nueve ya habían dado hacía rato, estando al caer las diez. El juego cesó, lavantáronse de los asientos, abriéronse las ventanas y el sol penetró en aquel *garito elegante*. Salieron en busca de carruajes y cada uno volvió á su domicilio.

Antes de despedirse de Vibert, Savari le había dicho :

—¿Adónde debo, señor, remitiros lo que me resta de la deuda?

—Si lo tenéis á bien, calle Richelieu, al *Hôtel des Princes*, en que habito provisionalmente, — había contestado sin vacilar el agente de policía que esperaba esta pregunta.

Saludáronse cortesmente y cada cual tomó por su lado.

XII

Vibert descendió á pie por la calle *Blanche*; tenía necesidad de andar, de respirar; la cabeza le parecía pesada, sentía dolores en las articulaciones.

No hemos de confundir á nuestro agente con la masa general de los jugadores felices; no era la dicha de haber ganado y de contar el oro en sus bolsillos, lo que le tenía satisfecho : era el haber llevado á feliz término la primera batalla, el haber entrado bajo muy buenos auspicios en la primera campaña. No se decía : ; con todos estos billetes de banco, cuántos caprichos voy á satisfacer! Exclamaba : mi deudor, Savari, se halla á merced mía, y se encuentra más atado que si se hallase en la Conserjería. Soy más terrible juez de instrucción que el señor Gourbet, porque tengo el tiempo y el espacio ante mí y una mujer á mi lado, de la que dispongo, una mujer más interesada que yo en mis proyectos. Después añadía : Con el dinero que he ganado y que tengo en el bolsillo, puedo hacer la vida de Savari, participar de sus gústos y placeres, seguirle paso á paso, comer en el Café Inglés, si es preciso, yo, el hombre de los figones de veinte sueldos; tomar coches, yo que vacilaba en subir á un ómnibus. En fin,

cura el juego, se había apoderado de su espíritu.

A las ocho de la mañana, Vibert seguía siendo el afortunado banquero; en fin, cuando ya tenía perdidas Savari cantidades respetables, Vibert declaró que estaba rendido de fatiga, y que el lecho le reclamaba imperiosamente. Esta declaración no tenía nada de insólita. Se había prometido que se dejaría el juego á las ocho, y las ocho, y las nueve ya habían dado hacía rato, estando al caer las diez. El juego cesó, lavantáronse de los asientos, abriéronse las ventanas y el sol penetró en aquel *garito elegante*. Salieron en busca de carruajes y cada uno volvió á su domicilio.

Antes de despedirse de Vibert, Savari le había dicho :

—¿Adónde debo, señor, remitiros lo que me resta de la deuda?

—Si lo tenéis á bien, calle Richelieu, al *Hôtel des Princes*, en que habito provisionalmente, — había contestado sin vacilar el agente de policía que esperaba esta pregunta.

Saludáronse cortesmente y cada cual tomó por su lado.

XII

Vibert descendió á pie por la calle *Blanche*; tenía necesidad de andar, de respirar; la cabeza le parecía pesada, sentía dolores en las articulaciones.

No hemos de confundir á nuestro agente con la masa general de los jugadores felices; no era la dicha de haber ganado y de contar el oro en sus bolsillos, lo que le tenía satisfecho : era el haber llevado á feliz término la primera batalla, el haber entrado bajo muy buenos auspicios en la primera campaña. No se decía : ; con todos estos billetes de banco, cuántos caprichos voy á satisfacer! Exclamaba : mi deudor, Savari, se halla á merced mía, y se encuentra más atado que si se hallase en la Conserjería. Soy más terrible juez de instrucción que el señor Gourbet, porque tengo el tiempo y el espacio ante mí y una mujer á mi lado, de la que dispongo, una mujer más interesada que yo en mis proyectos. Después añadía : Con el dinero que he ganado y que tengo en el bolsillo, puedo hacer la vida de Savari, participar de sus gústos y placeres, seguirle paso á paso, comer en el Café Inglés, si es preciso, yo, el hombre de los figones de veinte sueldos; tomar coches, yo que vacilaba en subir á un ómnibus. En fin,

puedo rodearme de todo el lujo apetecible y engañar á algunos acerca de mi personalidad.

Y deteniéndosé de pronto, Vibert exclamó todavía :

—Llegaré al resultado apetecido con mis solos recursos, sin tener que acudir á la bolsa que el marqués de X... ha puesto á mi disposición, y sin que el ministro del interior haya de señalarme para gastos, de los fondos secretos. Fondos secretos, — añadía sonriendo, — tan secretos, que nosotros los empleados de la policía secreta, jamás los hemos visto!... Y hay gentes que suponen vivimos en la opulencia; ¡ cómo se engañan!

Hablando así, consigo mismo, Vibert, después de haber descendido la calle *Blanche*, había ganado los boulevares por la *Chaussée-d'Antin*. Su cabeza le parecía más ligera; sentíase otra vez el hombre de siempre. Al mismo tiempo, como un general prudente que no se duerme sobre los laureles, había meditado un nuevo plan; no se trataba más que de ponerlo en ejecución, de lo que se ocupó inmediatamente. Subió en el primer coche que pasó, haciéndose conducir á la calle de *l'Arbre-Sec*, ante la modesta casa que habitaba. Subido que fué al quinto piso, puso algo en orden su tocado, colocó la mayor parte del dinero en lugar seguro, escribió al marqués de X..., cumpliendo la promesa que le había hecho en su última carta, y volvió á bajar para subir al carruaje y hacerse conducir á la calle de la Paz.

Julia Vidal le esperaba. Participóla cuanto había pasado en casa de Pelagia d'Ermont en la segunda

mitad de la noche, y le comunicó enseguida sus nuevos proyectos, que la joven aprobó.

—Desde el momento en que consentís,— dijo Vibert terminando, — en encontraros lo más frecuentemente posible con Savari, no podéis continuar viviendo en esta casa. Si la idea de seguiros le ocurre, cosa que no ha de tardar, sabría quién sois, y entonces todo estaría perdido.

—Evidentemente.

—¿Estáis decidida, pues, á cambiar de domicilio?

—No : guardo esta habitación; tiene demasiados recuerdos para que consienta abandonarla; pero alquilaré otra en la que me instalaré cuando sea preciso.

—¿Me autorizáis á escoger la nueva casa?

—Sí.

—¿Dónde deseáis vivir?

—Poco me importa; me haréis sencillamente saber las señas de mi nueva habitación.

—Las recibiréis esta noche.

Y dejando á Julia, Vibert se dirigió al mercado del Temple. Compró dos baúles de lance que debían haber pertenecido á algún rico extranjero y que llevaban todavía las etiquetas y marcas de los países que habían atravesado. Los llenó de infinidad de cosas que se encontraban, por decirlo así, bajo la mano en el vasto mercado; ropas hechas, objetos de tocador, etc. El aspecto de estos baúles debía inspirar una confianza sin límites en las gentes del hotel que iba á habitar.

No se trataba más que de encontrar una habitación en el hotel designado á Savari, y al que, según

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTEPERREY, MEXICO

los cálculos de Vibert, no debía tardar en ir aquél.

El *Hôtel des Princes*, en cuyo sitio se ha construido hoy el pasaje *Mirés*, gozaba en 1847 de cierto renombre. Era el *Grand Hotel* de la época. El único aposento que se podía ofrecer á Vibert, rentaba quince francos diarios; pero al conde Rubini no le importaba nada. Desde aquella mañana se había vuelto tan pródigo que no se reconocía á sí mismo; su primer cuidado cuando estuvo solo, fué mirarse á un espejo para ver si era el Vibert que tomaba coches por horas y que vivía en el *Hôtel des Princes*. El espejo le reflejó su fiel imagen; solamente que se encontraba embellecido; el lujo parecía que le iba bien.

Cuando hubo abierto y vaciado los baúles é instalado los objetos en los sitios correspondientes, llenado los armarios con las ropas; cuando hubo, en fin, puesto todo en orden, salió de su aposento dándose aire de gran señor al pasar por delante de las gentes de la casa; dió órdenes en el despacho para que estuvieran sobre aviso por si iban á verle al siguiente día y ganó el boulevard para ponerse en busca de la habitación que había de ocupar Julia Vidal. Hubiera preferido, sin embargo, que permaneciese como él en el *Hôtel des Princes*, y decirle:

—¡He encontrado una habitación para vos al lado de la mía,—á lo cual ella no hubiese hecho, probablemente, observación alguna.

Julia no tenía más que una preocupación: ¡vengarse! Vibert para ella no era un hombre, era un medio. ¡Y todos los medios eran buenos para aquella infeliz esposa, para aquella italiana dominada por la mayor de las pasiones: el odio! Pero si para

ella no era un hombre, en cambio para él, ella era una mujer; y el agente de policía tenía para con ella toda clase de delicadezas; tenía una precaución constante: llegar á su objeto sin que Julia Vidal hubiera sufrido en su dignidad de mujer. Así que se encontró muy perplejo en la elección del departamento que tenía el encargo de buscar; unos le parecían demasiado cerca del *Hôtel des Princes*, otros demasiado separados. Por fin, después de haber buscado largo tiempo, escogió una habitación situada en la calle de Grammont. Declaró alquilarla para una de sus parientes que llevaba el mismo nombre que él; la condesa de Rubini.

Esta habitación tenía una gran ventaja y es que estaba ya amueblada; había pertenecido á un inquilino que súbitamente tuvo que abandonar á París y trataba durante su ausencia de deshacerse del mobiliario, que, sin ser nuevo, podía resistir las legítimas susceptibilidades de una mujer elegante; pero lo que pareció seducir principalmente á Vibert, era que esta habitación tenía dos entradas por escaleras diferentes. El salón tenía su principal comunicación con el comedor y una puerta vidriera sobre un pequeño corredor que conducía á una escalera interior. Vibert, siempre previsora, se las arregló de manera de quedar solo un instante en la habitación que visitaba; aprovechó esta soledad para deslizar en el bolsillo la llave de la pequeña escalera interior, y para hacer un agujero en la vidriera que permitiese ver y oír lo que pasase en el salón. *Puede llegar momento,—pensaba,—en que toda precaución sea buena; por mucho trigo, nunca es mal año.*

Hacia treinta y seis horas que el agente de policía no había gozado de un momento de reposo; acostóse, pero no durmió con el profundo sueño que era de suponer; habituado á pocas comodidades en la calle de *l'Arbre-Sec*, no se hallaba sobre los tres colchones de pluma y jergón de muebles del *Hôtel des Princes*. ¡Quizás también le desvelaba algún recuerdo!

XIII

Al día siguiente, Vibert, después de haber conferenciado con sus diferentes proveedores, se hizo servir el desayuno y esperó á Savari. Las deudas de juego se pagan, de ordinario, durante las primeras-veinticuatro horas, y estaba en su derecho al esperar que su deudor de la víspera no tardaría en aparecer. Tenía tan sólo un temor, y era que Savari se hubiese procurado los catorce mil francos y se los llevara. Esto, que hubiera colmado de alegría á otro cualquier acreedor, á Vibert, le llenaba de inquietud, porque todo su plan reposaba en la probable imposibilidad de que su deudor no pudiera satisfacer la deuda. En cuanto á que se contentara sin pagar y no dar señales de vida, lo cual suele suceder muy á menudo, no le ocurría; Savari, desde su arresto, se encontraba en una posición demasiado falsa para permitirse tales inconveniencias. Era hasta prudente para no llamar sobre sí la atención y despertar el recuerdo del negocio en que se había visto mezclado. Era, pues, evidente para Vibert, que su deudor pagaría ó que, lo cual parecía lo más probable, no pudendio pagar pediría prórroga.

La impatencia de Vibert iba llegando al límite,

cuando un mozo del hotel, á cosa de las tres de la tarde, le anunció que un caballero deseaba ver al conde de Rubini.

—Hacedle entrar,—dijo Vibert.

En cuanto Alberto Savari apareció, el agente de policía apresuróse á salirle al encuentro.

—¡Ah! ¿Cómo estáis, querido amigo?—le dijo recalcando el acento italiano; — entrad y tomad asiento, os lo ruego. ¿Cómo habéis pasado la noche?

—Algo preocupado.

—¡Preocupado!... ¡Vamos!... adivino; os habéis enamorado de alguna de las lindas mujeres que había en casa de la señora d'Ermont; por cierto que las había encantadoras. ¡Qué gracia, qué espíritu, qué alegría! ¡Ah, las parisienes!... nuestras italianas no son nada á su lado.

—Señor...—balbuceó Savari.

—No, no; por cortesía vais á elogiar á mis compatriotas; pero no cambiaréis mi opinión; os sostengo que no valen lo que las vuestras. Ejemplo, en mi parienta á quien os he presentado.

—¿Vuestra parienta?—dijo Savari con asombro, como Vibert lo había previsto.

—Sí, ¿no la recordáis?

—Por el contrario; pero no la creía parienta vuestra.

—¿Por qué?

—Pues... porque la habéis llevado á casa de la señora d'Ermont.

—¿Qué os asombra?—preguntó Vibert con el mayor candidez del mundo aparentemente.

—¿No sabéis en qué sociedad estáis?— preguntó Savari.

—En una sociedad... una sociedad en que se juega á las cartas. Hanme dicho que se juega ahora en París en todos los salones.

—Puede ser; pero no se juega de cierto modo, y hasta las once la mañana, mas que en ciertos salones, y en cierto mundo.

—¿Qué me decís? ¿Mi parienta no estaba, pues, en su esfera, en casa de la señora Pelagia?

—Puesto que me interrogáis, os contesto: no.

—¡Ah! Dios mío! Lo que es ser extranjero y desconocer los usos y costumbres... y yo que creía... Uno de mis amigos me dijo cuando salí de Nápoles: Id de mi parte á casa de la señora d'Ermont, calle Blanche, número 10; es una encantadora mujer; su cara muy agradable; se recibe muy bien y es frecuentada.

—En efecto, se recibe mucho, — hizo observar Savari sonriendo.

—Y yo que nada tengo que hacer, me he apresurado á presentar á mi parienta; felizmente no ha hablado con nadie; todo el mundo jugada y no se ocuparon de ella. ¿Pero sabéis que París no se parece á nuestras ciudades de Italia?... Tengo que completar mi educación.

—Bajo ciertos puntos de vista solamente,— dijo con política Savari.

—¡Ah, si alguno quisiera encargarse! — continuó Vibert.— Tiemblo al pensamiento de un nuevo engaño; esa señora Pelagia d'Ermont, cuando fui á verla por la mañana, me pareció tan bien...

—En vuestra cualidad de extranjero, podíais, en efecto, engañaros. Le señora d'Ermont ha sido casada, ha sido una mujer de mundo... pero hace tiempo... todavía tiene buenas maneras cuando quiere y probablemente con vos ha querido.

—¡Y yo que he llevado á mi parienta con la mejor intención! Es viuda hace seis meses y una tristeza, que hace peligrar su salud, se ha apoderado de ella y por eso la he decidido á venir conmigo á Francia. El viaje le había hecho ya mucho bien y á mi llegada á París procuré proporcionarle alguna distracción; pero por lo visto no he sido muy feliz en el modo de elegir. Debí haber pedido más datos á mi amigo acerca de la señora d'Ermont; creyó que viajaría solo y me iudicó la casa en cuestión donde sólo se reciben solteros.

—¡Oh! Pelagia no es tan exclusivista, — hizo observar Savari, — también recibe casados... pero sin sus mujeres.

—No perdonaré jamás á la señora d'Ermont el no habérmelo advertido.

—Poneos en su lugar; era difícil deciros: *me tomáis por una honrada mujer y no lo soy.*

—Es justo, tenéis razón, es muy justo.

—Además, quizá Pelagia ha creído que esa señora no era vuestra parienta, como vos decís; nosotros, los franceses, cuando viajamos con nuestra querida y llegamos á algún punto, la hacemos pasar por parienta nuestra con el objeto de salvar, en su interés y en el nuestro propio, las apariencias.

—Aquí no hay caso, os lo aseguro, — exclamó Vibert con una vivacidad perfectamente represen-

tada, — mi parienta es mi parienta, una Rubini como yo; estaba casada con un primo suyo que lo era mío también.

—No lo dudo, señor.

—Por consecuencia de su estado de salud, se ha decidido á viajar conmigo; pero no vivimos juntos; yo vivo en este hotel y ella habita en la calle Grammont. Ya veis que...

—Os repito, señor, que no me cabe ninguna duda, — se apresuró a replicar Savari, que la insistencia del conde Rubini empezaba á fatigar. — He venido, — continuó...

Vibert se apresuró á interrumpirle.

—Venís á arreglar cierta pequeña cuenta, vais á decir; no hablemos de esa bagatela.

—Sin embargo...

—Permitidme antes creer que desearéis estar conmigo en buenas relaciones, que me serían preciosas. En cuanto á la pequeña suma que he tenido la desgracia de ganaros, ponedla ahí sobre la mesa y hablemos de otra cosa.

—Es que... — dijo Savari encontrándose mal ante su acreedor que trataba tan ligeramente de aquella deuda.

—¿Qué?... — preguntó negligentemente Vibert.

—Me veo forzado á prolongar algunos días mi deuda; á consecuencia de alguna pérdidas, me encuentro en este momento muy apurado... y...

—¿Qué! ¡verdaderamente!... — dijo el agente de policía con el tono de una persona que se asombra por un apuro de tan poca monta.

—Os ruego, señor conde, — continuó Savari, —

que guardéis el secreto acerca de este apuro en que me veo, y además que me deis un poco de tiempo para satisfacer la deuda.

—Con muchísimo gusto, — replicó Vibert, — os doy, querido amigo, todo el tiempo que queráis tomaros. Ocho, quince días; tendría gracia que me negara á lo que deseáis, yo que necesito un servicio de gran importancia que reclamar á vuestra amabilidad.

—¿ Vos?

—Sí por cierto; ¿ permitís que me explique?

—Os lo ruego.

—Habréis podido juzgar por vos mismo, — repuso Vibert; — no tengo ninguna experiencia del mundo parisiense, y me expongo á cada paso si no voy guiado por un inteligente cicerone; ya que he tenido la suerte de adquirir conocimiento con un hombre como vos, os pido francamente que me ayudéis con vuestros consejos y vuestras luces.

—Estoy enteramente á vuestra disposición, señor, — dijo Savari con viveza.

La proposición que se le había hecho era demasiado halagüena para que no se apresurara á aceptarla; entreveía ya vagamente la posibilidad de no tener que ocuparse de una deuda que desde la víspera, por las razones que hemos explicado, y que había perfectamente adivinado Vibert, le causaba grandes temores.

En efecto, las deudas de juego no pueden ser consideradas como verdaderamente serias sino entre extranjeros, ó por lo menos, entre simples cono-

La intimidad de dos personas no basta para anular sus recíprocas deudas; pero excluye toda especie de rigor, todo procedimiento brutal.

—Os agradezco vuestra amabilidad, — dijo Vibert á Savari cuando éste se hubo puesto á su disposición. — Sin embargo, tened en cuenta que no soy solo; viene conmigo una persona triste, que sufre y que tengo la misión de distraerla. Viniendo solo me acostumbraría á vuestra vida y á vuestros gustos; pues al fin y al cabo, soy joven todavía; pero ahora cambia la situación y no os será tan fácil.

—¿Por qué? — contestó Savari; — en la corta conversación que he podido tener con vuestra señora parenta, me ha parecido una persona muy amable.

—Sin duda, sin duda es muy amable para los italianos; pero acostumbrada á la sociedad de Nápoles, no os parecerá lo mismo á los parisienses.

—Nada de eso; todo lo contrario.

— Tanto mejor; os voy á molestar mucho, os lo advierto.

—Y yo lo celebro.

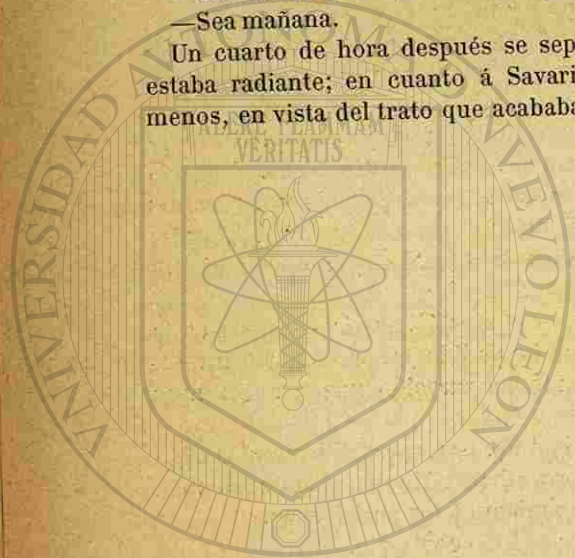
—Tendréis que proporcionarme direcciones de proveedores, después consejos; contamos con quedarnos á pasar el invierno en París y quisiéramos pasarlo lo más agradablemente posible. ¿Qué es preciso hacer? ¿adónde hay que acudir? Todo esto es muy embarazoso, os lo aseguro, y podéis serme de gran utilidad. ¿ Cuándo, pues, os he de presentar á mi parenta en su casa, de una manera más correcta que la primera vez?

—Cuando queráis.

—Entonces mañana; os tomo la palabra.

—Sea mañana.

Un cuarto de hora después se separaron; Vibert estaba radiante; en cuanto á Savari, no lo estaba menos, en vista del trato que acababa de hacer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

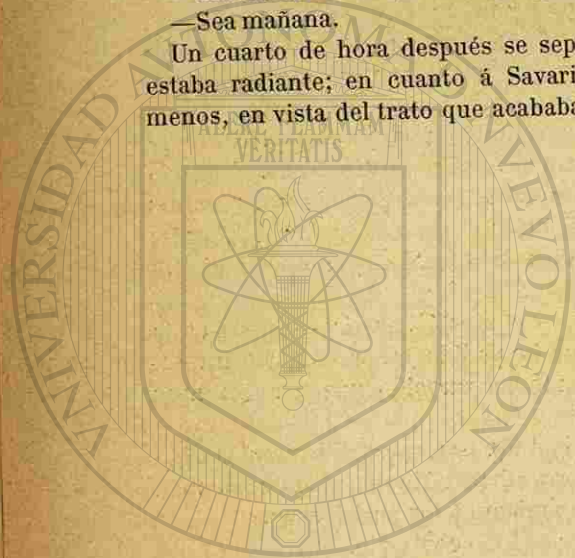
Habían transcurrido tres semanas, durante las cuales Alberto Savari se había convertido en compañero inseparable de Vibert. Levantábase y se dirigía al *Hôtel des Princes*, donde de ordinario almorzaba con el agente de policía que cada vez representaba mejor su papel de rico extranjero. En efecto, Vibert se había identificado de tal modo con el conde Rubini, que hubo momentos que olvidó que estaba representando un papel; no se reconocía por el antiguo Vibert. Desde el punto de vista del modo de tratarse, Vibert no se privaba de nada; se hubiera dicho que siempre había vivido de una renta de veinticinco mil francos. No vacilaba en usar en el almuerzo *champagne frappé*, todas las veces que Alberto Savari le acompañaba, y tampoco temía tener prevenido al famoso Privat, dueño del *Hôtel des Princes*, que le reservase los mejores vinos. Para ser justos, sin embargo, y para rendir homenaje á las cualidades generosas y verdaderamente hospitalarias del conde de Rubini, diremos que no era pródigo más que con su huésped. Cuando no estaba, Vibert reemplazaba los grandes gastos por las antiguas modestas costumbres.

—Cuando queráis.

—Entonces mañana; os tomo la palabra.

—Sea mañana.

Un cuarto de hora después se separaron; Vibert estaba radiante; en cuanto á Savari, no lo estaba menos, en vista del trato que acababa de hacer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

Habían transcurrido tres semanas, durante las cuales Alberto Savari se había convertido en compañero inseparable de Vibert. Levantábase y se dirigía al *Hôtel des Princes*, donde de ordinario almorzaba con el agente de policía que cada vez representaba mejor su papel de rico extranjero. En efecto, Vibert se había identificado de tal modo con el conde Rubini, que hubo momentos que olvidó que estaba representando un papel; no se reconocía por el antiguo Vibert. Desde el punto de vista del modo de tratarse, Vibert no se privaba de nada; se hubiera dicho que siempre había vivido de una renta de veinticinco mil francos. No vacilaba en usar en el almuerzo *champagne frappé*, todas las veces que Alberto Savari le acompañaba, y tampoco temía tener prevenido al famoso Privat, dueño del *Hôtel des Princes*, que le reservase los mejores vinos. Para ser justos, sin embargo, y para rendir homenaje á las cualidades generosas y verdaderamente hospitalarias del conde de Rubini, diremos que no era pródigo más que con su huésped. Cuando no estaba, Vibert reemplazaba los grandes gastos por las antiguas modestas costumbres.

Por la mañana, después del almuerzo y mientras fumaban un cigarro, era cuando Vibert discutía con Savari el empleo del día.

—Veamos, *mío caro*;—decía el conde,—sois tan amable con mi parienta que no puedo por menos que agradeceroslo con toda el alma. Pero ese gran programa que trazamos con vuestro acuerdo no surte sus efectos; apenas conocemos París, á pesar de las seis semanas que llevamos en él; ¿queréis que hagamos un resumen de lo que hemos hecho?

—No veo en ello obstáculo alguno.

—Nos habéis conducido al *Palais Royal*; ya sabéis que ese día nos disteis una prodigiosa idea de firmeza; ¿recordáis?

—Perfectamente.

—La señora Rubini quería embriagaros, capricho de mujer bonita, y yo la secundé con agrado. ¡Bah! imposible que hayáis visto lo que hemos querido, y habéis conservado la sangre fría más imperturbable. No ha habido medio de obtener una sola confianza.

—No la tenía, quizás, que hacer.

—La tiene siempre un joven como vos; ¡ah! sois discreto con vuestros amigos; tomad ejemplo de mí; soy la franqueza personificada, conocéis toda mi vida, os he contado hasta los secretos más recónditos; pero no es de esto de lo que se trata. Después de la comida en cuestión, ¿qué hemos hecho, os lo ruego? Nada, absolutamente, nada. Debíamos visitar todos los monumentos de París, y no hemos visto uno siquiera; no puedo volver á Nápoles y decir: no he visto los monumentos.

—Sería deplorable.

—Ciertamente que sería deplorable. No es bastante no poder ir á un teatro, por causa de nuestro luto; nos quedan los monumentos, veámoslos, pues. Cuando decidáis podéis conducirnos á *Notre-Dame*, al *Louvre*, al *Luxembourg*, á las *Tuileries*, al *Palais de Justice*; ardo en deseos de visitar el *Palais de Justice*.

—¡Phets! No es muy curioso.

—¡Ah! reconozco en eso á los parisienes; están tan mal acostumbrados que no admiran nada, absolutamente nada; apenas si se dignan arrojar una mirada desdeñosa sobre sus curiosidades. Con seguridad que no habéis pedido permiso para visitar vuestras prisiones.

—A fe mía que no, lo confieso; las he visitado sin permiso.

—¿Y cómo?

—Sería demasiado largo de explicar; tengo amigos en la plaza.

—¿Volveréis conmigo?

—No pienso.

—¿No sois curioso para cosas de esas?

—Me basta con haberlas visto una vez.

—Entonces, si me dejan pasar, iré solo.

—Bueno.

—¿Y el *Museo de Artillería*, y los *Gobelins*, etcétera, etc., por qué no los vemos?

—¿Por dónde es preciso empezar?

—Mirad; conozco vuestras principales calles; nos condujisteis una noche á la calle Vivienne, á la *Chaussée-d'Antin*, y á la de *Lafitte*, pero no hemos

visto la de la Paz; decidme francamente, ¿por qué no vamos á dar una vuelta por la de la Paz?

—Porque probablemente no la hemos encontrado en nuestro camino,—replicó sencillamente Savari, mientras Vibert le observaba.

—¿Cuándo la veremos?

—Hoy mismo.

Tales eran los proyectos que formaba sin cesar y que no ejecutaba nunca; una vez representada su comedia, el agente de policía, que encontraba inútil mostrarse en público con la señora Julia Vidal, no recordaba á Savari sus promesas, el que tampoco ponía nada de su parte para refrescar la memoria del presunto conde. Después de almorzar, á cosa de las tres de la tarde, dirigíanse, á la calle de Grammont, á casa de Julia; se hablaba algo al lado de la chimenea, y algunos días, muy raros, Julia salía en coche cerrado. La comida reunía á los dos viajeros y á su cicerone, terminando la velada juntos. Con esta costumbre, Vibert había organizado cerca de Savari una vigilancia lo más completa que imaginarse puede. Sin embargo, si nos es permitido juzgar de la conducta de un agente de policía tan hábil como Vibert, diremos que cometía, desde algún tiempo algún desacierto. ¿Cuál había sido el objeto de rogar á Julia que se uniera á él? Después de haber establecido claramente que Savari, como consecuencia de su vida disipada, no había debido jamás amar á mujer alguna, exclamó: *¡Es preciso os ame!* Y como Julia, estupefacta, no comprendiese su intención, añadió: *Es el único medio que tenemos para llegar á la verdad; Savari no os conoce, no puede desconfiar de vos;*

entraréis en su vida, participaréis de su existencia, os iniciaréis en su pasado, y tarde ó temprano le quitaréis la máscara. Seréis la Dalila de este nuevo Sansón, le cortaréis los cabellos y le libraremos á los Filisteos. En este plan era Julia, pues, la que tenía que representar el papel principal, y no Vibert. Este se había encargado del de confidente para estar al tanto de todo y no aparecer en escena más que raras veces; en una palabra, sólo debía estar mezclado en aquel asunto, *indirectamente*. Pero á pesar de su proyecto, Vibert, dejado llevar sin duda por sus disposiciones artísticas, animado de excesivo celo, había encontrado medio de cortar su papel y reemplazarlo en el primer plan. Se le veía salir de pronto, de entre bastidores, sin haber sido llamado, é introducirse entre dos personajes que no hubieran debido ser juzgados más que por los actores principales: Julia y Savari. ¿Era que Julia le había pedido su concurso? ¿Desconfiaba ella de encontrarse en contacto demasiado inmediato con Savari? ¿Desconfiaba de sus fuerzas y de no poder representar hábilmente su papel, de no poder ocultar su legítima indignación en presencia del hombre de quien sospechaba? Pero Vibert no era indispensable á la señora Vidal; ¿no podía llamar en su ayuda, en caso de que Alberto se hubiese propasado, al estar hablando mano á mano, á Marieta, su doncella, su compatriota, su amiga? Además, que estos peligros debían ser desconocidos de Julia. Para haber aceptado el papel que le proponía Vibert, para haber consentido en prestarse á las exigencias de la situación, y para obedecer escrupulosamente á las voluntades de Mauricio Vidal, era preciso que

tuviese un carácter muy enérgico, un valor á toda prueba. Una mujer tal, debía marchar directamente á su objeto, sin pedir ayuda á nadie y sin llamar en su socorro. En fin, ¿no debía desear que se prolongara lo menos posible la situación cruel en que se hallaba? El desacierto que hemos señalado, no podía, pues, reprocharse más que á Vibert, el hombre hábil por excelencia. Prolongaba indefinidamente por su falta, una falsa situación, y antes de hacerse como hubiera debido, impediría á Savari hacerse conocer de Julia bajo su verdadero aspecto. Sin embargo, el terreno estaba bien preparado, la hora propicia; todos los cálculos de Vibert resultaban exactos. ¿Su plan no reposaba entero sobre el amor que Julia debía necesariamente inspirar á Savari, y este amor podía tardar en nacer? Bastaría para contestar á esta última pregunta, examinar algunos rincones, todavía oscuros, de la existencia de Alberto Savari.

El padre de éste tendría ya unos cuarenta años y ocupaba un modesto empleo en las oficinas de la prefectura del departamento de la Meurthe, cuando cometió la falta de enamorarse de una linda muchacha, que estaba en el despacho, llamada Coralie, que tenía el *Café Stanislas*, en Nancy. Después de haberle hecho, sin resultado alguno, una corte asídua durante muchos meses, decidió casarse, á pesar de los consejos de sus amigos y jefes. Aquel matrimonio no debía ser feliz. Al cabo de dos años, Coralie un día se escapó con un oficial de la guarnición. Savari, padre, no tardó en morir á consecuencia de una larga enfermedad causada por el pesar. En los

últimos momentos, no dirigió ningún reproche á la que tan cruelmente le había abandonado y que se convertía en una especie de mujer galante, viviendo en París con todo el lujo deseado. Se contentó con hacerla rogar que velase sobre su hijo, que había nacido en el primer año de matrimonio, y al que dejaba sin recursos, sin protector. Coralie, debemos decirlo en su honor, llevó á su lado al niño, tomando por su cuenta la educación de éste; pero ¿qué educación puede recibir el hijo de una mujer entretenida, á menos que ésta no fuera muy distinguida y excepcional? Una educación tal tenía que dar sus frutos y así sucedió.

Cuando Alberto Savari cumplió veintitrés años, Coralie murió de repente, dejando un espléndido mobiliario, dos coches, tres caballos, algunas alhajas, veinte y ocho trajes, cinco cachemiras de la India y cincuenta y dos francos en metálico. Se hizo una venta que produjo ciento veinte y cinco mil francos, sobre los que se abalanzaron una nube de acreedores; después de saldadas cuentas, le vinieron á quedar á Alberto Savari unos treinta mil francos. Inútil nos parece decir que no tardó en disiparlos y que tuvo que recurrir al juego por procedimientos más ó menos delicados para continuar viviendo como hasta entonces, gracias á la ternura perjudicial y á la completa inexperiencia de su madre.

Esta existencia nómada, anormal, incomprendible, que sólo se puede llevar en París, constituyó el modo de vivir de la gente joven y la de Savari fué atravesada por muchas aventuras amorosas. Amaba con frecuencia y fué amado algunas veces; pero no

tuvo nunca ni tiempo ni ocasión de mostrarse difícil en la elección de sus amores, ni de seguir una intriga algo complicada ó de mezclarse en ella por cualquier motivo. Gracias á la educación que había recibido en uno de los principales colegios de París, á las maneras distinguidas que aprendió de ciertos amigos de su madre, al cuidado que puso en ocultar su origen, pudo entrar en la sociedad de un modo, hasta si se quiere, decoroso, introduciéndose particularmente en el mundo de las mujeres galantes. Reasumiremos la historia amorosa de Savari, diciendo que había tenido muchos amores.

Vibert había adivinado todo esto, y comprendido que había llegado el momento en que este hombre, todavía joven, fatigado, pero no hastiado, incrédulo para algunas cosas, pero dispuesto á creer otras nuevas, que había siempre vivido como el pájaro sobre las ramas, debía ardientemente desear el fin de todas estas intrigas enervantes, de las que conocía hasta la última palabra, y entrar en una vida más fuerte, detenerse en vez de correr sin cesar, amar en vez de desear, reemplazar, en fin, el capricho que conocía demasiado, por la pasión que le era desconocida. ¿Y qué mujer más apta que Julia Vidal para inspirarle esta pasión? Su belleza no se parecía á la de ninguna de las mujeres que Savari había tratado hasta entonces. Sus miradas abrasaban, sus sonrisas parecían provocarle. Hablaba poco; por monosílabos cuando era absolutamente preciso contestar á alguna pregunta demasiado directa, y entonces se notaba en la voz algo de seco, vibrante, que producía una impresión extraña. Savari no podía tar-

dar mucho tiempo en estar bajo el encanto de esta belleza fatal; se daba cuenta ya de la especie de fascinación que podría ejercer sobre él, del peligro que iba á correr; y este peligro, en vez de evitarlo, en vez de huir de él, parecía complacerse en afrontarlo.

La situación que acabamos de explicar se prolongó algún tiempo todavía, un mes próximamente. Después Savari no tuvo más que un pensamiento: encontrarse sólo con Julia, obtener una entrevista particular sin la importuna presencia de Vibert.

XV

Este, sin embargo, parecía cada vez menos dispuesto á ceder en su vigilancia. Cuantos más esfuerzos hacía Savari para alejarle, más frecuentaba el agente el salón de la señora Vidal. ¿Por qué obraba así? ¿Tomaba, pues, en serio su papel de pariente ó tutor? Un marido sospechoso, un amante celoso, que tiene el mayor interés en estar cerca de la mujer amada, se alejan algunas veces; él, por el contrario, aun cuando su propio interés le aconsejaba el alejamiento, persistía en quedarse, quedarse siempre. ¿Sufría acaso como Savari la influencia magnética de Julia y cerca de ella olvidaba que sólo era un simple agente de policía, delegado por la prefectura para aclarar á la justicia sobre la culpabilidad ó inocencia de un acusado?

Un día Savari resolvió ver á Julia Vidal, sin la presencia de Vibert; dió, como de costumbre, cita á éste; pero en vez de ir á buscarlo al *Hôtel des Princes*, se fué directamente á la calle de Grammont. Marieta previno á la señora que Savari venía solo y solicitaba ser recibido. Julia tuvo un momento de vacilación, después se armó de valor, abrazó á Marieta y reunióse á Alberto Savari. Quizás pensaba también

que ya era hora de terminar con una situación que se hacía intolerable, y había comprendido que Vibert lejos de servirla estorbaba sus proyectos. Cuando entró en el salón iba, como de costumbre, vestida de luto. Siguiendo la moda italiana, cubría los cabellos, cayéndole por la espalda un velo negro. Savari la miró admirado y no osaba hablarla. Este hombre que no había tenido hasta entonces ninguna timidez, temblaba ante Julia y no encontraba frase alguna para seducirla. Ella comprendió la primera lo que de embarazoso tenía este silencio, y le dijo:

—¿Qué habéis hecho del conde?

—Creí encontrarle aquí, —replicó Savari, — y me felicito por encontrarme solo un instante con vos.

—¿Queréis hablarme? —preguntó sencillamente.

—¡Oh, sí! tengo muchas cosas que deciros, — exclamó vivamente Savari.

—Os escucho, señor.

—¿Consideráis que se pueda vivir impunemente cerca de vos durante más de dos meses sin peligro? Por la razón de que un hombre que os ve sin cesar, que os oye, que respire el mismo aire que vos: que en fin...

Iba á continuar; pero levantó los ojos hasta la joven y se detuvo. Había en la sonrisa de Julia una expresión extraña; su frente estaba arrugada, sus mejillas habían palidecido, su mirada era glacial. Con su valor habitual no había vacilado en correr delante del peligro; pero había presumido mucho de sus fuerzas. Á la primera declaración, á las primeras palabras de amor que escapaban de los labios de Savari se sublevaba; todos los pudores de la mu-

jer, todas sus delicadezas, despertaron. ¡Qué! ¡Era á ella á quien se atrevía á hablar del amor! ¡A ella, cuyo marido acababa apenas de morir! ¡Y era el que ella sospechaba que le había matado!... ¡Él!... ¡Ah! ¡Julia no había previsto lo que tenía que sufrir!

Guardaron largo tiempo silencio; él espantado, ella asombrada, fría, muerta. Poco á poco, sin embargo, la fisonomía de Julia fué volviendo á recobrar su primitivo aspecto; pasó la mano por la frente como para rechazar una idea importuna; pareció tomar una resolución enérgica, y volviéndose hacia Savari, á quien miró de frente:

—¿Entonces, me amáis? — dijo.

No esperaba nuestro hombre este género de ataque. Creyó que iba á ordenarle que cambiase de conversación, ó quizás que se retirara; por el contrario, tomaba la frase en donde la había dejado, completaba su pensamiento y venía en su ayuda, le lanzaba una provocación en vez de un adiós. Pero repuesto del primer asombro quiso aprovechar la ocasión que se le ofrecía para hablar de su amor. Si Julia era la mujer de las grandes resoluciones, Savari á su vez sabía ser enérgico. Por un brusco movimiento que la señora Vidal no pudo prever, se apoderó de sus manos y mirándola como ella le había mirado, atrayéndola hacia sí para que oyese mejor, exclamó:

—¡Sí, os amo, os amo como nunca he amado, como me creía incapaz de amar! ¡Sois mi primer, mi único amor! ¡Si supierais cuánta verdad digo, cuán desgraciado soy lejos de vos y que mi felicidad

estriba en estar á vuestro lado! ¡La primera vez que os vi, parecióme no haber visto nunca mujer tan bella; se encuentran en vos todas las perfecciones, todos los encantos, todos los esplendores! ¡Yo, que me creía tan fuerte, tan invulnerable, muerto á todos los asombros y admiraciones, no comprendía el imperio que en mí había de ejercer una belleza como la vuestra; me he propuesto no veros, huir de vos!... ¡Ah! ¡no he podido! ¡Una atracción de la que no me doy cuenta, me conduce siempre aquí; algo inexplicable me ordenaba permanecer á vuestro lado, y he obedecido! ¡Sabía lo que me esperaba; cerca de vos he perdido el reposo, la calma, la voluntad; os amo ardientemente!

El tono de Savari era demasiado vivo; miraba á Julia de una manera demasiado apasionada, y ésta no tuvo valor para combatir con ventaja; se desasíó de las manos que enlazaban las suyas, levantóse y dió dos pasos atrás, apoyándose sobre el mármol de la chimenea:

—¿He alimentado vuestro amor? — preguntó.

—No, jamás, — replicó el joven, — ni con una palabra, ni con una mirada, y es lo que me ha perdido. ¡Ah! ¡si conocierais mi vida, si supierais á qué mujeres me he dedicado hasta hoy, qué rapidez en las relaciones, qué victorias tan fáciles!... ¡Ah! ¡Me preguntáis si habéis alimentado mi amor y os he dicho que no; me retracto; sí, le habéis alimentado, ó mejor dicho, jamás mujer aislada se ha mostrado más coqueta conmigo! ¡No habéis comprendido que vuestro obstinado silencio, vuestra frialdad, eran otras tantas provocaciones! ¡Que-

ría luchar, quería vencer!... ¡Lo quiero todavía!

Savari no era ahora el hombre que hemos visto defenderse con tanta calma y sangre fría, contra una acusación capital, en el despacho del juez de instrucción. La sangre coloreaba sus mejillas, los ojos expresaban cuanto decían sus labios. Por primera vez en su vida quizá, Alberto Savari vivía. La pasión le había metamorfoseado; había hecho de él un hombre frío, dueño de sí mismo, un ser ardiente, irreflexivo, joven y fuerte.

Iba á continuar para abrir su corazón enteramente, cuando se anunció Vibert.

Una sola mirada bastó al agente de policía para abrazar la escena y comprender la situación. Su frente se arrugó, una imperceptible palidez se extendió sobre su rostro; avanzó hacia Julia con la sonrisa en los labios, y la saludó; luego, volviéndose á Savari, dijo afectando buen humor:

—¡Y bien! estáis aquí mientras os esperaba en mi hotel...

Savari repitió lo que había dicho á la señora Vidal, es decir, que creyó encontrarlo en casa de ésta, y su explicación pareció satisfacer á Vibert. Pero cuando éste quiso hablar de cosas indiferentes, del tiempo que hacía, de los rumores que circulaban, Savari, aún bajo el dominio de las emociones que acababa de experimentar, no se sintió con valor para sostener una conversación banal, levantóse, pretextando un negocio urgente que cumplimentar y se despidió.

—No olvidéis que comemos juntos, — exclamó Vibert; — os cito á las siete en el Café Inglés.

Savari que salía, se volvió. Buscaba un nuevo pretexto para negarse á aquella invitación, cuando por casualidad su mirada se posó sobre Julia, apoyada todavía en la chimenea, con un codo sobre el mármol, descansando la cabeza sobre la mano, parecía perdida en un mar de reflexiones; le pareció más bella que nunca y no tuvo fuerzas para privarse el volverla á ver por la noche.

—Está bien, — dijo, — acudiré á la cita.

—¿Por qué?

—Porque me ama y sufre.

—¡Ah! ¿verdaderamente, — exclamó el agente de policía, no menos emocionado que Julia; — os ama y acaba de decíroslo?

—Sí.

—¿Y lo creéis?

—Lo creo.

Nuestro joven cruzó los brazos sobre el pecho, adelantóse hacia Julia, y dijo bruscamente :

—¿Qué os proponéis?

—No tengo el derecho de hacer sufrir así, — contestó ella.

Él la miró fijamente, y replicó en voz baja, con dureza :

—¿Creéis verdaderamente no tener ese derecho sobre un hombre que ha matado á vuestro marido?

—Pero, ¿y si no le ha matado?

—¡Ah! ¡dudáis ahora!

—Sí, dudo, — dijo la joven bajando la cabeza como si se avergonzara de su debilidad. — Cuando él no está, — continuó, — cuando pienso á solas, me parece todavía que es culpable; como otras veces, quiero vengarme; pero cuando está á mi lado, no creo, dudo.

—Es preciso salir de todas esas incertidumbres; esto no puede continuar así.

—No, esta situación no puede durar.

—Es necesario, — añadió Vibert, — que nos dé de una vez todas las pruebas de su inocencia, y entonces habré llenado la misión á mí encomendada, y volveré á las ordinarias ocupaciones, puesto que

XVI

Hacia un instante que había partido y Julia continuaba guardando silencio. Vibert silencioso también se retiró á un extremo del salón y le observaba atentamente. Se hubiera dicho que trataba de adivinar su pensamiento, de leer en su corazón y que sufría por los descubrimientos que este estudio le permitía hacer. Este sufrimiento debió ser demasiado vivo, porque de pronto se levantó, pasó la mano por la frente y avanzando hacia Julia :

—¿Y bien? — le preguntó bruscamente,

—¡Ah! dispensad, señor; no os había visto.

—Ya lo veo, — replicó Vibert con una especie de amargura que no pudo ocultar. — ¡No soy nada aquí, desde que no se tiene necesidad de mis servicios, desde que se trabaja por cuenta propia!

Y se detuvo, añadiendo luego :

—¿Al menos, ha resultado alguna cosa de esta larga entrevista?

—No.

Asombrado por esta contestación, la interrogó con la mirada; cuando de pronto, separándose de la chimenea, la joven viuda avanzó hacia Vibert y le dijo :

—¡Sabéis que lo que estamos haciendo es infame!

nada tendré que hacer aquí. Si por el contrario, es culpable, como creo todavía, mejor dicho, como estoy seguro... ¡será preciso que le dejemos libre!...

Estas últimas palabras, fueron pronunciadas por el agente de policía de una manera singular. Pero las murmuró indudablemente mejor que las pronunció, porque la señora Vidal, en vez de contestarlas, sólo lo hizo á la primera parte de la frase.

—No, basta, — dijo, — decir: es preciso que le dejemos libre; ¿qué medios hemos de adoptar para que confiese?

—Los llevo, — exclamó Vibert sacando del bolsillo un objeto largo y estrecho, envuelto en un papel. — ¿Sabéis, señora, de qué arma se ha servido el asesino de vuestro esposo?

Esta palideció, al tiempo que contestaba:

—De un cuchillo ó de un puñal.

—De un cuchillo, en efecto, de un cuchillo que vos conocéis, porque pertenecía al señor Vidal. Si no le habéis encontrado en vuestra casa, es porque se ha apoderado de él la Justicia, como prueba de convicción.

—¿Y este cuchillo?... — preguntó la señora Vidal, palideciendo más y más, al ver el objeto que tenía en la mano.

—El secretario del *Palais de Justice*, — contestó el agente, — ha autorizado, á petición mía, que me lo confíen. Helo aquí.

La joven se retiró diciendo:

—¿Qué haréis?

—Lo pondré en manos de Savari, y puede ser que

á su vista, se haga traición. ¿No querréis, sin duda, asistir á esta experiencia?

—Al contrario, asistiré, quiero asistir, — repuso con energía; — es mi deber.

—Cuento con intentarlo esta misma noche.

—¿Esta noche? bien; pero, — continuó Julia, — ¿cómo se explicará que este instrumento se encuentra en vuestras manos? Mostrándolo nos vendemos.

—No tanto como creéis. Ya he previsto eso; sé lo que tengo que decir; después, — exclamó de pronto Vibert con vivacidad, — ¿qué importa que él sepa ahora quién sois, quiénes somos? ¿No estáis decidida á salir de esta situación? ¿No os he declarado que esta experiencia es la última? ¿Si sale victorioso, si su inocencia se demuestra, continuaréis recibiendo y haréis de él un amigo?

—No por cierto, — exclamó.

—Si, por el contrario, esta experiencia os convence y os basta, ¿qué importa entonces que nos conozca? ¡Ah! os juro que entonces está perdido.

Nada bastaría para explicar la expresión con que el agente de policía pronunció las anteriores palabras. Había á la vez en su acento, cólera, odio y amargura. Julia se estremeció y por primera vez miró á Vibert.

Se separaron después de haberse citado para aquella noche en el Café Inglés.

XVII

Las aspiraciones de Vibert ciertamente que eran asaz elevadas: en vez de haber entrado en la policía, debía haberse dedicado al teatro y hubiese obtenido un gran éxito. Su situación actual la consideraba como una pieza teatral de que fuese autor, y cuyo lugar para la excena, era el Café Inglés, elegido por él. En efecto, ¿no era en este establecimiento donde Alberto Savari había comido una hora antes del asesinato de Mauricio Vidal? Si es que había cometido el asesinato, ¿no experimentaría emoción alguna al encontrarse en el lugar en que había debido, sin duda, meditar y preparar el crimen? El momento, ¿era propicio también para aquella prueba decisiva? Savari, aquel mismo día había abierto su corazón á Julia. Sus nervios estaban excitados, sus fuerzas vivas se encontraban debilitadas considerablemente; se hallaba en una de esas situaciones físicas y morales en que no se tiene ninguna iniciativa y en que se sufre la influencia de toda impresión.

A las seis y media, Vibert entraba en el Café Inglés, y dirigióse enseguida al gabinete que había mandado preparar. Esperando la llegada de los con-

vidados, hizo algunos preparativos importantes. Por su orden, hizo colocar sobre la mesa flores que acababa de comprar y que había escogido de entre las de mayor perfume. Vibert, por haberlo estudiado, creía en la acción de las flores sobre el sistema nervioso. Puso gran cuidado en la elección de los vinos; en fin, hizo duplicar el número de bujías y procuró iluminar bien el lugar que debía ocupar Savari.

A las siete, la señora Vidal, Savari y Vibert, estaban reunidos y se sentaban á la mesa. La conversación languideció en un principio; nada más natural, dadas las graves preocupaciones de cada uno de los comensales. Bien pronto Vibert, mas dueño de sí, puso manos á la obra, empezando por dirigir la conversación á su gusto. Vibert, para estar á la altura de las circunstancias, había llamado en su socorro recuerdos, estudios religiosos, teorías más ó menos paradójicas emitidas por su protector el marqués de X... en fin, toda la experiencia que tenía. Desarrolló ciertas ideas nuevas que dijo traerlas de Italia, sobre la organización de las cárceles, el sistema celular, el régimen de los presidios. De estas cosas, pasó á los individuos y habló con Savari de varios criminales célebres, franceses y extranjeros, cuyos procesos habían interesado. Manifestó el deseo de asistir á la vista de algún proceso en la audiencia y preguntó si había por entonces algún sumario notable y que interesara.

—No os podéis imaginar,—decía volviéndose hacia sus dos convidados,—cuánto me han interesado siempre estas cosas. He leído la mayor parte de las

causas célebres y todas las memorias que de ello se han escrito.

Después, dirigiéndose á Savari:

—¿Sabéis por qué me habéis sido tan simpático? Es ridículo, extraño, convengo en ello, y os reiréis; pues bien, vuestro nombre me era familiar, gustábame pronunciarlo; no difiere más que por la ortografía del de uno de nuestros más célebres ministros de la policía: *René Savary*, duque de Rovigo, cuyas interesantes memorias he leído últimamente. Soy muy original, qué queréis... las gentes me agradan por cosas pequeñas.

—Eso es muy agradable para mí, que valgo poco.

—Valéis mucho, lo he descubierto después; pero vuestro nombre me sedujo desde un principio.

—Jamás me ha proporcionado mayor servicio,— dijo graciosamente Savari.

Vibert saludó, continuando con su habitual volubilidad:

—¡Ah! la policía, los procesos, los asesinatos, es mi fuerte. En lo demás, no encuentro nada nuevo; desde que os conozco, ¿cuántas veces os he pedido que me llevéis á visitar las prisiones de vuestro *Palais de Justice*? A propósito: ¿sabéis que he ido esta mañana, antes de almorzar, á dar una vuelta por aquel lado?

—¿Por qué lado?

—Por el de la Conserjería, de la *Sainte Chapelle*, *du Palais de Justice*, ¡caramba! Ya no podía esperar más sin satisfacer mi capricho, sin vos, mi querido cicerone.

—¿Y qué habéis visto?

—Todo, absolutamente. He llevado un guía del que estoy muy contento, un hombre de unos cincuenta años, con medalla en el pecho; en fin, que he visto cuanto se podía esperar. ¡Además le debo una famosa adquisición!

—¡Una famosa adquisición! — repitió Savari, que con el permiso de la señora Vidal acababa de encender un cigarro.

—Sí, vais á verla. Siempre en compañía de mi guía he subido las escaleras y descendido á través de los corredores, procurando sacar el mayor partido posible de tan interesante excursión, cuando de pronto he visto una puerta entreabierta y pregunté:

—¿Adónde conduce esta puerta? — A una sala dependiente de la secretaria. — ¡Ah!... ¿Y qué contiene esa sala? — Muchos papeles de todas clases; pruebas de convicción, es decir, los diferentes objetos que figuran en un proceso criminal; el arma de que se ha servido el acusado, el sombrero que ha perdido en la fuga, el pañuelo ensangrentado que se ha encontrado sobre él, algunas veces, los vestidos de la víctima, el reloj robado; en fin, todos los objetos de que los señores jueces pueden tener necesidad. Después de terminada la causa, suelen venderse cuando no hay propietario ó familia de víctimas que los reclamen. — ¿Y cuándo suelen tener lugar las ventas de que habláis? — pregunté con interés. — En épocas fijadas de antemano; precisamente hay ahora una cerca de aquí. ¿Si queréis comprar algo? nada más fácil. — No me hice repetir la proposición, seguí á mi guía y un cuarto de hora

después era poseedor de un objeto muy curioso.

—¿Una alhaja robada? — preguntó Savari, lanzando una bocanada de humo.

— Nada, no os lo podéis figurar.

Y bruscamente, sin otra preparación, tendió á Savari el cuchillo que tenía desde el principio bajo de la mesa y que había descubierto mientras hablaba sin que el otro se apercibiese.

Julia, pálida y temblorosa, con la mitad del cuerpo inclinado sobre la mesa, miraba.

Vibert, al entregar el cuchillo, se había levantado; tenía las manos apoyadas sobre el respaldo de una silla y tras de sus azules anteojos brillaba el fuego de sus miradas; pero observaba friamente, dispuesto á notar cualquier ligero cambio que sobreviniese en la fisonomía de su adversario.

Los mozos, como nada tenían que servir, se habían retirado. Oíase el ruido sordo de los carruajes en el boulevard. ¡Al fin se iba á saber la verdad!...

Si Savari era el asesino, le parecía imposible en las disposiciones que se encontraba, hábilmente preparado, como lo había sido, que no llegara á hacerse traición por un gesto, grito ó temblor á la vista del arma que le recordaría su crimen de la manera más palpable y material.

Savari manifestó desde luego cierta repugnancia al tomar el cuchillo que se le tendía; después de haberle examinado con atención le colocó sobre la mesa diciendo:

—No os aconsejaría que si os atacaran os defendieseis con esta arma, porque está en muy mal estado.

Vibert quedó confundido. Todos sus cálculos y proyectos naufragaban. Hacía tres meses que trabajaba y gastaba de un modo inaudito. ¡Todo perdido! ¡Había para desesperarse!

Haciendo estas reflexiones, le vino la idea de saber qué impresión le habían producido á Julia. Volvióse hacia su lado mientras Savari, sin inquietarse del cuchillo, se levantó para encender un cigarro en uno de los candelabros colocado encima del piano.

Julia no había cambiado de aptitud, solamente que estaba menos pálida que al principio y una especie de triste sonrisa vagaba por sus labios. Se hubiera dicho que érale indiferente el mal resultado obtenido. Esto era demasiado para el irascible Vibert. ¡Qué! Mientras él se desesperaba, su compañera, su cómplice, la que se hallaba aun más interesada que él en el éxito de la prueba intentada, no lo sentía como él. Estaba vencido y en vez de sentirlo, se podía creer, al mirarla, que se regocijaba de su descalabro. Tal injusticia le sublevaba; pero en vez de abatirle, le inspiró el deseo de vengarse.

—La partida aun no se ha perdido, — se dijo, — la prueba que acabo de intentar ha sido incompleta. Es posible que en un momento de furor y de exasperación un asesino se sirva de un arma cualquiera sin mirarla, y que, por lo tanto, no le renueve ningún recuerdo. Voy á completar la prueba.

Se reunió á Savari, habló un instante con él de cosas indiferentes, le tomó el brazo, dió algunas vueltas con él alrededor del salón y le condujo poco á poco delante de la mesa que habían dejado.

—De modo que, — le dijo entonces, sentándose y designando el cuchillo que quedara sobre la mesa, — ¿esta arma de que tanto me felicitaba por haberla hallado, no podría serme de ninguna utilidad?

—Así lo creo; la punta está rota, miradlo vos mismo, — dijo Savari.

—En efecto, — añadió Vibert, pareciendo someter el arma á un escrupuloso examen, — esto se explica fácilmente; al penetrar en el cuerpo de la víctima, habrá tropezado...

—¡Qué! — dijo vivamente Savari, — ¿se ha herido realmente á alguien con este cuchillo?

—Y de golpe mortal, — replicó el agente; — este cuchillo es histórico, según me ha contado el guía de esta mañana. Era propiedad de un joven asesinado en el mes de octubre último, en París, calle de la Paz, núm. 6.

Savari hizo un brusco movimiento. Vibert continuó:

—Ese joven se llamaba... esperad... le tengo en la punta de la lengua... se llamaba...

—Mauricio Vidal, — dijo Savari.

Vibert hizo un gesto de sorpresa.

—¿Conocéis este asunto?

—Me he encontrado mezclado directamente en él; se me acusaba de ser el asesino de Mauricio Vidal.

—¡Vos!

—¡Sí, yo! ¡Así que, cuando de pronto me habéis hablado de este crimen, mi emoción no ha tenido límites. Debo aun estar pálido como un muerto. Tened la bondad de alargarme la botella del agua.

Vibert obedeció: Savari bebió un poco de aquel líquido y repuso:

—Si supierais los disgustos que me ha causado la cuestión esa! ¡Creeréis que he estado arrestado en la cárcel! ¡He comparecido ante el juez de instrucción, he estado incomunicado!

Y añadió volviéndose hacia Julia:

—Excusad mi emoción, señora; comprendo que ante una mujer y después de comer, no es la conversación más á propósito, pero al recordar mis sufrimientos no soy dueño de mí.

Vibert preguntó:

—¿Podríamos saber de qué modo os ha pasado?

Savari tomó la palabra y contó lo que nuestros lectores saben; luego hizo el elogio de las bellas cualidades que adornaban á la víctima, lamentándose que por mezquinas cuestiones de interés no hubiesen estado en toda la armonía que era de desear. Esto dió motivo á que derramara dos lágrimas á su memoria. Al mismo instante, Julia, que había tenido el valor de contenerse hasta entonces, pero que se hallaba rendida por todas las emociones que había pasado durante el día, al oír las últimas palabras de Savari, rompió á llorar con profundos sollozos. El primer movimiento de Vibert, fué correr hacia ella, pero creyó que esta súbita explosión de dolor tendría necesidad de explicaciones, y volviéndose hacia Savari dijo:

—Es culpa nuestra; hemos sido demasiado dramáticos: hace una hora que hablamos de asesinatos y crímenes; yo he tenido la torpeza de dejarme entusiasmar... ella es nerviosa... ¡vive Dios!

Savari no contestó; miraba llorar á Julia sin aproximarse á ella.

—Vamos,—repuso Vibert, ansioso de poner fin á aquella escena,—lo que debemos hacer ahora es retirarnos y no volver á reincidir.

Llamó, pidió un coche y acompañó á la señora Vidal á su casa, mientras Savari se alejaba por otro lado.

En el estado en que se encontraba Julia Vibert no quiso tener con ella ninguna explicación. Dejó á la joven en manos de Marieta y salió.

Haciendo las reflexiones á que daba lugar su nueva situación, se dirigió á pie hacia su antiguo domicilio de la calle de *l'Arbre-sec*, que había tenido buen cuidado de no abandonar.

—¡Toma! ¡El señor Vibert!—dijo el portero reconociéndole,—hace tiempo no os veía...

—He estado en campaña,—dijo el agente de policía;—¿ha venido alguien durante mi ausencia?

—No, señor no han traído más que una carta; aquí está.

Vibert tomó la que se le presentaba: llevaba el sello del comisario de policía del primer distrito, sección de las *Tuileries*, y estaba concebida en estos términos:

Mi querido Vibert:

En el tiempo que estáis empleado en mis oficinas, habéis debido ocuparos algún día, durante mi ausencia, de una persona sujeta á la vigilancia gubernativa llamada Langlade y de una mujer de conducta

dudosa conocida bajo el apodo de SOLEIL-COUCHANT.

En la Prefectura se necesitan noticias que solo vos podéis dar sobre estos dos individuos, y os suplico os paséis, lo más pronto posible, por este despacho, para que hablemos del asunto.

X...

—Iré mañana, por la mañana, antes de volver al *Hôtel des Princes*,—se dijo Vibert, guardando la carta en el bolsillo y subiendo la escalera.



SEGUNDA PARTE

I

Después de pasada la noche que siguió á la comida en el *Café Inglés*, en la habitación de la calle de *l'Arbre-sec*, y después de dar al siguiente día, al comisario de policía de la sección de las *Tuileries*, las noticias reclamadas, sobre *Langlade* y *Soleil-Couchant*, Vibert volvió á su habitación del *Hôtel des Princes*.

Preguntábase si abandonaría la partida, si escribiría al juez de instrucción que decididamente Savari era inocente ó demasiado listo para dirigir las armas contra él; si iría á hacer la última visita á la señora Vidal y expresarla su pesar de no poderla servir mejor, en fin, si dimitiría de las funciones de agente de policía en servicios extraordinarios. Retenido por el amor propio, ó por algún sentimiento de otra naturaleza, decidió seguir por algún tiempo representando el papel de conde de Rubini, solamente que ya no lo hacía con la misma perfección; notábase en él cierta dejadez, olvidábase con frecuencia suma de

que *era italiano*, y parecía asombrarse cuando los camareros del hotel le llamaban: *Señor conde*. Su carácter se había vuelto desigual y brusco, su existencia menos regular; parecía dominado por una idea fija que le arrastraba; á veces, cuando se paseaba á largos pasos en el salón del *Hôtel des Princes*, salíanle de los labios frases entrecortadas, y murmuraba monólogos de este género: *¡Imbécil, has querido dejar tus tranquilas oficinas de la calle de Saint-Honoré... has querido vivir... bien, ya vives!* Acudía á veces á su mente la idea del suicidio, idea que desechaba. Vibert se había mezclado en las cosas del mundo y su corazón no había sido bastante fuerte para resistir. ¡Vibert amaba! Otras veces pasando súbitamente de un orden de ideas á otro, decía: *¿Qué es lo que hago aquí? Soy un empleado del gobierno; después de todo, cobro el sueldo, tengo que llenar una misión y no la cumplo; he hecho la prueba sin obtener éxito; ¿dónde hay que buscarlo?* Entonces, si estaba en su casa salía, y si en la calle, dirigíase á grandes pasos á la de Grammont; pero al llegar frente á cierta puerta reanudaba sus eternos monólogos: *¿A qué subir? ¿qué me espera arriba? él está á su lado; lo sé bien; ¿qué hacer? Es preciso esperar ahora, esperar en silencio y sin mostrarme, Es el solo medio que me queda; es el único puerto de salvación... ¡oh! ¡cuánto sufro!*

Un día, Vibert no se detuvo frente á la puerta de Julia y pasó rápidamente por delante del portero, subió la escalera y no bajó sino una hora después. Sin embargo, no había estado con la señora Vidal; Marieta no le oyó llamar; nadie sospechó su pre-

sencia en la casa; ¿qué hizo durante este tiempo? No había probablemente hecho lo que deseaba; esta expedición le había sin duda inspirado un gran desaliento, un profundo disgusto, el mayor de su vida, porque al siguiente día de su visita á la calle de Grammont, cometió una de esas terribles imprudencias que ocultan casi siempre la inaudita idea de un suicidio.

Llamado una mañana á la prefectura para dar detalles acerca del negocio que le había sido confiado, fué introducido en el despacho del jefe de seguridad. En el momento en que entraba, sorprendió el diálogo siguiente entre éste y uno de sus empleados:

—¿De modo que dais fe á las noticias suministradas por esa mujer?

—Sí, señor; ella tenía interés en decir la verdad.

—¿Según ella, Langlade dormirá esta noche en la calle *Croix-des-Petits-Champs*?

—Es más que probable.

—¿Nada nos impide entonces detenerlo mañana por la mañana?

—No señor; ninguno de mis hombres vacilará en seguirme, pero debo preveniros que su vida correrá gran peligro; ese Langlade tiene una reputación terrible, se ha escapado ya dos ó tres veces de los presidios de Toulon y de Brest; está dotado de una fuerza atlética, y no se acuesta nunca sin tener un par de pistolas cargadas al alcance de su mano; el primer agente que penetre en su habitación, es seguro que lo mata.

—¡Bah! eso si se deja,—dijo de pronto Vibert,

que había estado junto á la puerta hasta entonces.

El jefe y el inspector se volvieron asombrados.

—Quisiera veros,—dijo el inspector.

—Nada más fácil, no tenéis más que seguirme, si se me autoriza á que vaya mañana á la calle *Croix-des-Petits-Champs*.

—¿Quién sois?—preguntó el jefe de seguridad mirando con atención al agente de policía.

—Me llamo Vibert, señor; me habéis hecho llamar á propósito del asesinato de la calle de la Paz.

—¡Ah! ¡muy bien! ¿y qué nos contáis?

—Nada de nuevo, señor; espero siempre y con mucha impaciencia, os lo puedo asegurar.

—Está bien; conocemos vuestro celo y contamos con vos. ¿De modo que os ofrecéis á prender á Langlade?

—Ciertamente.

—Pero,—murmuró el inspector,—ignoráis de qué hombre se trata.

—Os engañáis,—replicó Vibert;—Langlade ya pasó por mis manos cuando era secretario de la comisaría de policía de la calle Saint-Honoré. Vino una mañana, acompañado de su querida, á pedirme un pasaporte para Inglaterra; sus maneras me parecieron sospechosas, le hice seguir y arrestar; se escapó del presidio á donde gracias á mí había vuelto.

—¡Puesto que le conocéis tan bien, me asombra vuestro proyecto; no recordáis, quizá, su estatura gigantesca?

—Sí, la recuerdo; soy un pigmeo al lado de muchas personas, y sobre todo, al suyo; pero también recuerdo la victoria de David sobre Goliath; se trata

de una cosa algo difícil que nadie quiere llevar á cabo; yo me encargo de ella y no pido ni recompensa ni ayuda de ninguna clase; permitidme, señor, añadir, que sería de muy mal gusto rehusar servicios tan desinteresados.

—Lejos de mí tal idea, en seguida os voy á poner en relaciones con las personas que puedan daros cuantos detalles necesitéis; una sola observación deseo haceros: no temáis durante os ocupéis de ese Langlade, descuidar el otro negocio tan importante que os ha sido confiado.

—Señor,—contestó Vibert,—dos horas me bastarán para detener á vuestro coloso. Le sorprenderé durante el sueño; es tanto más fácil cuánto que yo no duermo.

—¡Vamos! —dijo sonriendo el jefe de seguridad.— se me había dicho que erais un singular agente de policía, y así es, en efecto.

Vibert, por toda contestación, se inclinó con gravedad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO GONZÁLEZ"

1625 MONTERREY, MEXICO

—Si te mueves, — exclamó, — eres hombre muerto.

—¡Ira de Dios! — vociferó el presidiario, — ¡es un polizonte!

—¡No te lo he dicho, imbécil! Vamos, ríndete.

—¡Rendirme, jamás! — exclamó Langlade exasperado; — ¡prefiero devorarte, canalla! Tienes mi pistola; pero me quedan muy buenos puños y dientes que cortan como el acero.

—¡Bah! — contestó tranquilamente Vibert, — para servirte de ellos es necesario poderse mover, y si te mueves, eres hombre muerto.

Y con la mano derecha levantó la pistola apuntándole á la frente; á cuatro pasos de él estaba el presidiario medio desnudo y furioso, pero sin atreverse á avanzar; miráronse un instante; uno dispuesto á arrojarle sobre su adversario y el otro á hacerle fuego. Vibert tomó la palabra:

—¡Bien! — dijo con tono burlón: — ¿has renunciado á devorarme; es lástima, yo deseaba una muerte original.

—Es preciso confesar que eres muy atrevido para haber osado introducirte aquí, — exclamó Langlade, volviendo á ser dueño de sí mismo y buscando con la vista algún objeto del que pudiera hacer algún arma.

—¡Tate! — replicó Vibert, — se te cree más terrible de lo que en realidad eres. En fin, no quiero que estés así y voy á proporcionarte todo lo preciso para que te vistas.

Y esto diciendo, le tiró las botas, pantalón, chaqueco y chaqueta para que se fuese vistiendo; todo lo

Al día siguiente, á cosa de las cinco y media de la mañana, Vibert subía con paso resuelto la escalera de la casa en que Langlade había debido pasar la noche en la calle *Croix-des-Petits-Champs*; después de haber buscado inútilmente un cordón de campanilla en la puerta, llamó por medio de un golpe.

—¿Quién va? — dijo una voz desde el interior.

— Un agente de policía que viene á arrestarte, — contestó nuestro hombre.

—¡Bravo! — repuso la voz, — no eres lo que dices; esos bandidos toman más precauciones para ponerse ante mí. ¿Eres Champin?

—Sí, hombre... ¡ abre!

—Me fastidia levantarme ahora; pero en fin, por un amigo puede uno enfriarse; abro y me vuelvo á acostar.

Apenas se hubieron corrido los cerrojos y la llave hubo girado en la cerradura, cuando Vibert, que estaba al lado de la puerta, se precipitó al interior de la habitación dirigiéndose hacia la cama; apoderóse de una pistola de dos cañones que había en la mesa de noche y amartillándola y dirigiéndose á Langlade:

hizo con las consiguientes precauciones para que Langlade no se acercara. Este, sorprendido de la amabilidad de su huésped, se lo hizo así notar, á lo cual contestó Vibert :

—¿Qué te parecería y qué harías si te daba la pistola?

—¡Toma! Te mataría.

—Pues toma, amigo mío, ahí la tienes.

Vibert dejó aquel sitio, se adelantó hacia Langlade, le entregó la pistola y volviéndole la espalda fué á sentarse tranquilamente en la cama, diciendo :

—Espero.

—¡Pero tú no eres agente de la autoridad! — exclamó de pronto el presidiario.

—Ingrato, — contestó Vibert, — ya ves que soy generoso; te trató como á un hijo y te niegas á reconocer mis títulos y cualidades.

—¿Eres un verdadero agente?

—¡Pardiez! ¿Pues qué quieres que sea? ¿Un par de Francia? Soy un agente de seguridad, un verdadero agente; mira en el bolsillo los principales atributos de mi profesión: unas esposas; es lo único que he cogido para venir aquí.

—¿Y crees buenamente que voy á dejarme poner las esposas?

—Elige, — contestó Vibert, — entre matarme ó dejártelas poner, puedes escoger, á mí me es de todo punto indiferente; pero escoge, lo exijo.

—¿No aprecias la vida?

—Nada; mi mayor placer sería abandonarla. ¿Y tú?

—Algo, y en este momento más; soy amado.

—¿Amado? ¿De veras?... ¡Te chanceas!... mira, hace algo de frío y te has olvidado de encender lumbre en la chimenea; vámonos que nos esperan.

—¿Dónde?

—En la Conserjería; en esa casa creo que te encontrarás mejor; en cuanto llegues te interrogarán, y como eres ya conocido te darán una celda.

—¿Te estás burlando de mí, bandido? — exclamó Langlade.

—No grites tanto, que vas á despertar á los vecinos; son sólo las seis de la mañana.

—El pistoletazo que te voy á dar en medio del pecho los despertará mejor.

—Déjame, pues, tranquilo; amenazas siempre y no haces nada, eso es enojoso, — replicó el agente de policía esperando esta vez tumbándose en el lecho del presidiario.

Langlade se dirigió hacia él y le apuntó al pecho; Vibert murmuró un nombre, miró fijamente á Langlade y esperó. Era imposible que este coloso, cuya cólera duplicaba sus fuerzas, no diera razón de aquel hombre pequeño, enfermizo y desarmado. Después de un minuto, el presidiario bajó los ojos, y dejando caer la pistola al suelo y retrocediendo dos pasos, exclamó:

—¡Voto á sanes! ¡no me atrevo á matarte!

—Vamos, — dijo Vibert levantándose, — no puedo contar contigo; ¡es preciso que sufra todavía!

—¿Eres desgraciado? — preguntó Langlade aproximándose.

—¡Como las piedras de una prisión! tan desgraciado, que cambiaría mi destino de agente de policía por tu puesto ya que vas á volver al presidio. ¡ Ah ! ¡ Si tú me hubieras querido hacer el favor que te pedía ! Pero no he venido aquí á contarte mis dolores; esta vez nada nos detiene, partamos.

—Parte si quieres, yo no te mato, pero me quedo.

—Eso no es posible, mi querido Langlade, — replicó Vibert, á quien su buen humor volvía poco á poco. — He jurado llevarte; vamos, vístete; tú eres un buen muchacho, y además, allí no estarás mal. ¿ No tienes por querida á una mujer llamada Estefanía Cornu, y de apodo *Soleil-Couchant*?

—¿Cómo sabes eso?

—Nosotros lo sabemos todo, es nuestro oficio; además, si quieres detalles te los daré, porque nada te puedo negar; *Soleil-Couchant* misma es la que nos ha dicho dónde dormías esta noche.

—¡Es falso!—vociferó Langlade.

—Es verdad, te digo. Si no fuera así no te lo diría; respeto mucho las cuestiones del corazón y miro como una cobardía... decir á un hombre que su querida le hace traición cuando no es cierto; sería menos cruel pegarle una puñalada.

—¡Ah! tienes razón,—dijo el coloso, cuyo rostro había cambiado de expresión;—antes que esta infidelidad, hubiera preferido una puñalada.

—Lo confieso,—replicó Vibert lanzando un profundo suspiro.

De pronto Langlade dirigióse al agente, y poniéndole la pistola al pecho, dijo:

—¿De modo que me juras que *Soleil-Couchant* me engaña?

—Lo juro,—contestó Vibert sin conmoverse.

El presidiario le miró y dijo alejándose:

—No debes mentir, eres demasiado valiente.

Y se dejó caer en una silla con los brazos tendidos á lo largo del cuerpo, oyéndosele murmurar:

—Es por eso por lo que no la he visto hace dos días. ¡Ah! ¡miserable! y la amaba mucho, sin embargo. Lo único que amaba sobre la tierra.

Y volviendo hacia el lado de Vibert su rostro inundado de lágrimas:

—Me rindo,—le dijo,—puedes ponerme las esposas.

—¿Por quién me tomas?—dijo el agente de policía;—¡aprovecharme de tu debilidad... jamás! Cuando estés más calmado veremos.

El coloso, en un rincón, sollozaba como un niño; Vibert se paseaba por la habitación murmurando:

—¡Es muy feliz el poder llorar! yo no puedo, y las lágrimas me sofocan.

Al cabo de un instante marchó hacia Langlade, le dió un golpe en la espalda y le dijo:

—¡Vamos! ven conmigo, que te llevaré á ver á *Soleil-Couchant*.

El presidiario se levantó.

—¿Sabes dónde encontrarla?—dijo.

—¡Caramba! está desde ayer en el depósito. El miedo se ha apoderado de ella: se ha visto comprometida en malos negocios, perdida, encarcelada

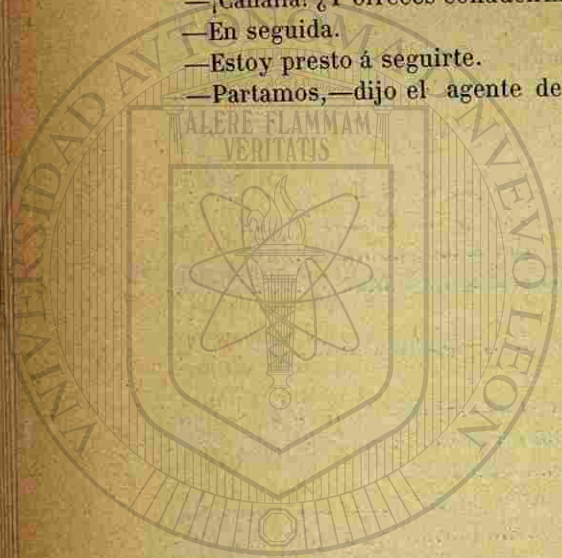
por el resto de su vida, y te ha denunciado con el fin de obtener gracia de la prefectura.

—¡Canalla! ¿Y ofreces conducirme á su lado?

—En seguida.

—Estoy presto á seguirte.

—Partamos,—dijo el agente de policía.



III

Vibert, acompañado de Langlade, descendió la escalera; el presidiario no parecía tener conciencia de lo que hacía, engolfado en sus reflexiones, con la cabeza inclinada sobre el pecho; seguía al agente de policía maquinalmente, como un perro sigue á su dueño. *Soleil-Couchant*, le había hecho traición. ¿qué le importaba lo demás?

El llegar á la calle y aspirar el aire puro hizole volver á sus facultades; levantó la cabeza y dijo á Vibert:

—¿Dónde está el carruaje?

—¿Cuál?

—El que trae á vuestros hombres.

—No he traído hombres.

—¿Has venido solo para prenderme?

—Ya te he dicho que no era preciso un escuadrón de caballería para cogerte, tengo la costumbre de obrar en mis cosas sin ruido ni llamar la atención. Lo encuentro contraproducente. Ahora tomaremos un carruaje, puesto que no es cosa de ir á pie.

Un simón que pasaba fué detenido y ocupado por nuestros hombres: el cochero recibió la orden de

dirigirse al *Palacio de Justicia*, y hacia este sitio llevó el vehículo.

Hacia un buen rato que iban caminando, durante el cual la conversación versó sobre la situación del presidiario Langlade, cuando, efecto de esta misma conversación, decidieron almorzar antes que arribaran á su destino; por lo cual, Vibert, asomándose á la ventanilla, dijo :

—¡Cochero!... conducidnos á la *Halle*, casa *Baratte*.

—¡No! ¡allí no!—exclamó Langlade.

—¿Por qué? ¿Se come mal, acaso?

—Tengo mis razones.

—¿Debes algo?

—No debo nada.

—¿Entonces?

—Allí he comido hace dos ó tres días con ella,—dijo el presidiario suspirando.

Vibert comprendió á Langlade. Un agente de policía y un presidiario son puntos extremos de una línea, y algunas veces puntos de contacto. Vibert acababa de reflexionar que era ventajoso para despejar el asunto Langlade, encontrarse en el gabinete en que éste había comido con *Soleil-Couchant*.

—Mi querido amigo,—dijo á su compañero,—aprecio de ordinario todas las cosas del corazón, pero sin embargo, las hay que se me escapan. Razónamos : ó adoras aún á tu infiel, y debes tener placer en hallarte en el lugar en que os hayáis amado, ó la desprecias, y deben serte indiferentes esos sitios.

—La desprecio,—dijo Langlade.

—Entonces, entremos en casa *Baratte*, precisamente estamos delante.

—Entremos,— exclamó el presidiario que quería hacerse el hombre fuerte.

Descendieron del carruaje, y entrando en la casa, subieron la escalera, penetrando en un gabinete del primer piso.

—Es el mismo, lo reconozco,—dijo el compañero del agente.

—La casualidad sabe lo que hace,—replicó Vibert filosóficamente.

Después pidió un excelente almuerzo, apropiado á las circunstancias, y sentándose en la mesa, frente al presidiario :

—Soy indigno de ser policía,— se dijo,—si este imbécil no me hace todas sus confidencias. ¿No habrá podido cometer algún pequeño crimen, desconocido hasta ahora?

Emperazon el almuerzo con calma y apetito; Vibert veía con gusto que su convidado se iba animando por momentos. Llegó el en que quiso que hablara, y el presidiario no se prestaba á ello. Recordóle que era su prisionero, y como Langladeno quisiese vencerse de ello, y adoptase una escuela algún tanto belicosa, Vibert se vió en la necesidad de apuntarle con la pistola; que ya conocemos, para llamarle al orden.

—Es mi pistola,—exclamó Langlade.

—¡Precisamente! En tu desesperación la habías olvidado, y yo la he recogido; si durante tu ausencia se hiciese á tu casa una visita domiciliaria, el descubrimiento de esta arma te hubiera comprometido;

los tiempos cambian, y esto ha pasado hace una hora; esta mañana en nada apreciaba la vida; ahora tu compañía y este vinillo hacen que la quiera. ¿Qué podríamos tomar ahora? Te propongo un café con una copita de cognac.

—Como quieras,—dijo Langlade;—pero me has hablado de dos motivos que me impedirían dejar este restaurant sin ti. Acabas de decirme el primero; ¿Cuál es el segundo?

—¡Oh! el segundo es aún mejor.

—¡Veamos!

—Te he prometido que antes de hacerte encerrar, te proporcionaré el gusto de que veas á *Soleil-Couchant*; ¿querías ponerme fuera de la posibilidad de cumplir mi promesa?

—Prefiero mi libertad á una mujer.

—*Soleil-Couchant* no es una mujer para ti; es un ídolo.

—La encontraré siempre.

—En diez años, en dos, en seis meses, en quince días, quizá; no te digo que no, pero lo que tú quieres es verla hoy mismo, en seguida, para poderla arrojar á la cara todas las injurias que hace dos horas amasa tu corazón.

—Sí, sí, eso es,—exclamó el presidiario, al tiempo que bebía un vaso lleno de aguardiente.

—Lo ves como tengo razón,—arguyó Vibert retirando la botella de aquel líquido, porque no quería ver á su compañero completamente ebrio.

—La estrangularé.

—Harás mal.

—¿Por qué?

—Porque es un desatino matarla cuando cabe venganza mejor de otro modo.

—Vamos á ver.

—Un día de prisión,—repuso Vibert,—ha espantado á *Soleil-Couchant*; tiene miedo de que la encierren por diez años y por eso te ha denunciado; pues bien, denúnciala. Debe estar complicada en más de un negocio en el que tengan que intervenir los jueces.

Langlade reflexionó un instante y dijo:

—No; quiero matarla y no quiero hacerla sufrir.

—Este es demasiado virtuoso,—se dijo Vibert,—busquemos otro medio.—Y añadió en voz alta:—¡Ves cómo la amas todavía!

—¡Pues bien, sí, la amo, pardiez! ¡Sí, la amo,—exclamó Langlade levantándose.

—Pero no eres celoso.

—¿No lo soy?

—No; si lo fueses, la harías encerrar para que no te engañara durante tu estancia en Brest ó en Toulon.

—¡Pero te digo que la voy á matar!—replicó Langlade aproximándose á Vibert;—no soy celoso,—continuó animándose más y más,—¡yo que he asesinado á un hombre por su causa!

—¡No me cuentes eso,—dijo Vibert,—porque me vería obligado á denunciarte!

Sabía que un enamorado y que un hombre ebrio hablan tanto más, cuanto creen que se rehúsan sus confidencias.

—¡Eh! denúnciame,—exclamó el presidiario en el colmo de la exaltación,—¿qué me importa? Des-

pués que *Soleil-Couchant* me ha denunciado, prefiero subir al cadalso que volver al presidio.

Y se apoderó de la botella del aguardiente, á lo que esta vez Vibert no se opuso. Bebió y luego, aproximándose al agente, dijo en voz baja:

—Sí, lo repito, he asesinado á un hombre por causa de ella. ¡Oh! y hace ya tiempo; era en octubre ó en noviembre último. Vivía entonces ella en la calle *Neuve-Saint-Augustin*; un anochecer subí á su casa y llamé; no contestó; creyendo que había salido, me iba á marchar, cuando de pronto oí que hablaban dentro de la habitación. Entonces bajé un piso y esperé; así transcurrió una hora, terminada la cual, la puerta se abrió dando paso á un hombre que acompañó hasta el descansillo. *¡Hasta bien pronto!*...—dijo y le abrazó. ¿Cómo no subí para matar á los dos?... no lo sé... El hombre bajó y me hice á un lado para dejarle pasar, y luego, le seguí. Tomó la calle *Neuve-Saint-Augustin* y luego la de *la Paz*; de pronto se detuvo delante de una puerta grande y entró... hice lo que él... en seguida, ignoro lo que pasó... yo había perdido la cabeza... no recuerdo más que un grito, un grito terrible lanzado por mi víctima...—Cinco minutos después me reunía á *Soleil-Couchant*, y le decía: ¡He matado á tu amante!

Este relato, mezclado con algunas libaciones había completamente trastornado á Langlade; su pesada cabeza cayó sobre la mesa. Todos los esfuerzos de Vibert para obtener nuevos detalles fueron inútiles. Además, ¿para qué hacían falta? ¿No estaba bien claro lo que acababa de oír?

Mientras que el presidiario dormía la turca, el agente de policia filosofaba, como tenía por costumbre.

Cuando una hora después, el presidiario despertó, Vibert quiso reanudar la conversación en el sitio en que la habían dejado, pero Langlade obstinóse en callar. Sólo tenía una idea fija: volver á ver lo antes posible á *Soleil-Couchant*. El agente comprendió que sería peligroso retardar más tiempo el cumplimiento de su palabra; pagó la cuenta, armó la pistola, subió al carruaje que los había estado esperando, y encaminóse con su compañero á la prefectura.

IV

La carrera de Vibert y su compañero no fué turbada por ningún incidente. Langlade iba todavía bajo los efectos de la chispa que había tomado: Vibert le observaba con la mano en la culata de la pistola, dispuesto á hacer fuego á la menor tentativa de evasión. A algunos pasos de la prefectura, Vibert ordenó al cochero que se detuviera, como Langlade se apresurase á descender:

— Una palabra, te lo ruego, — le dijo cogiéndolo del brazo.

— ¡Aún! contestó el presidiario.

— Se trata sencillamente de entendernos.

— ¡Bueno! — dijo Langlade con aire resignado y quedándose en el rincón.

— Ignoro, — dijo Vibert, — qué opinión tienes de los agentes en general; es probable que no sea muy excelente, y se comprende; pero yo tengo mi pequeño amor propio personal, y deseo que pienses de mí lo menos mal posible. Has deseado ver á *Soleil-Couchant*, te he prometido que la verías, sostendré mi palabra desde luego, porque no tengo ningún interés en negártela, y además, porque un agente de policía que se respeta y respeta su profesión, no

debe engañar á ningún malhechor. Sabe que en poniendo los pies en la prefectura no eres más que un presidiario, un ser peligroso en lucha abierta la sociedad y contra el cual hay que tomar muchas precauciones. No puedes contar conmigo; mi influencia cesa de puertas á dentro. Hace un momento eras para mí un comensal, un compañero y me contabas tus pesares íntimos; ahora soy un empleado simple de la prefectura. Te he arrestado, te llevo á tu destino y en seguida me dedico á mis otros asuntos.

— No me dejarás sin haberme hecho ver á *Soleil-Couchant*, — dijo Langlade que siempre proseguía con la idea fija y que por ello no había apenas prestado atención á lo dicho por Vibert.

— Desde luego, — replicó éste; — pero antes de despedirnos, haz el favor de dejarme las dos manos.

— ¿ Para qué?

— Para ponerte las esposas.

— Pero yo no haré daño á nadie, — dijo el presidiario con voz más dulce que un niño, — es á *Soleil-Couchant* á quien quiero ver.

— Amigo mío, — replicó Vibert, — hace cuatro horas que estamos juntos, y creo haberte probado suficientemente que no tengo miedo de ti; pero á partir de este momento no estaremos solos, vamos á subir las escaleras, atravesar los corredores y entrar en las oficinas donde encontrarás muchas personas que te conocen de vista ó por tu reputación y á quienes inspiras temores muy exagerados. Es, pues, en interés de su reposo por lo que te propongo esta pequeña medida de precaución. Sé condescendiente y déjatelas poner.

—Si tengo las esposas, — hizo observar con voz dulce el presidiario, — no podré matar á *Soleil-Couchant*.

—Desde luego, dijo Vibert, — las esposas no impiden levantar los brazos y dejarlos caer sobre la cabeza de alguien. Con la fuerza que tienes, un movimiento de este género te bastaría para desembarazarte de varias mujeres. Además, como la vida de *Soleil-Couchant*, te tengo ya dicho, me es completamente indiferente, yo me encargo de que se te quiten las esposas cuando estés en su presencia.

—Entonces terminemos; estoy dispuesto, — dijo Langlade tendiendo los brazos á Vibert.

Vibert aprovechó este permiso y dirigiéndose al cochero, le dijo :

—Toma la calle de Jerusalén, entra en la prefectura y detente delante de la escalera principal.

Cinco minutos después que Vibert se hizo anunciar, penetraba con su captura en el despacho del jefe de seguridad.

Avanzó hacia la mesa y dijo :

—Os he hecho una promesa y vengo á cumplirla.

—¿Qué? — preguntó el jefe de seguridad.

—Langlade... helo aquí.

—¿Y sois vos quien lo ha detenido?

—Yo solo, ¿no me lo habíais encargado?

—Está bien; nos habéis prestado un gran servicio. Ahora veré al señor prefecto y prometo hablarle de vos.

—Como gustéis, señor, — dijo Vibert; — pero me niego á toda clase de gratificación por esta campaña que me tiene interesado vivamente y que me

ha distraído de las otras ocupaciones. Tengo solamente que pedir os un favor.

—Concedido de antemano.

El jefe de seguridad se levantó y fué á hablar con Vibert al hueco de una ventana.

—Comprendido, — dijo al poco rato de conversación. — Soy de vuestro parecer; además, que es necesario siempre cumplir las promesas hechas á esta gente. Voy á hacer conducir á Langlade por algunas horas á una de las celdas de la Conserjería y dar las órdenes con respecto á su querida.

—Desearía, — dijo Vibert, — hablar algunos instantes con esa mujer, antes de que se la ponga en presencia de Langlade; tengo un punto importante que esclarecer á propósito de otro negocio y ella puede darme algunas noticias útiles.

—Basta; no tenéis que hacer más que ir al depósito; he aquí un volante para el jefe de los vigilantes.

Vibert saludó y se retiró, mientras que los agentes llamados por el jefe de seguridad, conducían á Langlade á la Conserjería. Este hombre [tan enérgico, brutal y terrible, seguía tranquilamente á los que se apoderaron de él. No tenía más que una pre-ocupación: volver á ver á *Soleil-Couchant* lo antes posible; toda resistencia hubiera retardado el momento que tan ardientemente deseaba.

La noticia de su arresto fué rápidamente extendida por los despachos de seguridad; todos los que se hallaban en la prefectura acudieron á su encuentro para verle pasar; él los miraba de un modo indiferente y tranquilo. ¿Qué le importaban aquellas

gentes? ¡Reservaba toda la cólera para la que le había engañado y denunciado!

Estefanía Cornu, apodada *Soleil-Couchant*, era una verdadera meretriz; tenía todas las bellezas y encantos de ésta, así como algunas imperfecciones. Era una hermosa muchacha, admirablemente formada, de anchas espaldas y delgada cintura. El pecho pronunciado y de forma correcta; manos y pies grandes, pero bien modelados. Tenía en la fisonomía algo de extraño, tierno, frío, lascivo, apasionado y cruel; sus labios muy delgados y algo pálidos cubrían unos dientes de sin par blancura. Sus cabellos eran rojos enteramente. El sobrenombre de *Soleil-Couchant* dado á Estefanía Cornu, estaba perfectamente justificado. Su hermosa cabellera, de un metro, tendida sobre la espalda, tenía los reflejos del sol cuando se pone después de un caluroso día de verano.

V

En el momento en que Vibert entró, *Soleil-Couchant* estaba sentada sobre la cama y jugaba como una niña, con los cabellos, completamente sueltos y tendidos sobre el pecho. Otro cualquiera que nuestro agente de policía, hubiese admirado el cuadro; pero Vibert reservaba sus admiraciones para otras cosas. Cerró la puerta tras de sí mientras que Estefanía Cornu, bruscamente sorprendida, echaba los cabellos atrás y trataba de recogerlos.

— De modo que, hija mía, — dijo Vibert, con tono paternal y sin otro preámbulo. — ¿te ves presa de nuevo?

— Dios mío, sí, — replicó *Soleil-Couchant*, que familiarizada con las costumbres de las prisiones no se asombró ni de la brusca entrada de Vibert ni de las maneras de éste.

— Acabarás por hacerte enviar á alguna casa central — repuso el agente de policía.

— ¡Que me envíen! — replicó la joven, — lo mismo me da.

— ¡Cómo! — exclamó Vibert, — ¿acabas de pasar un año en Saint-Lazare, y la prisión no te espanta?

— ¡ La prisión para mí es el paraíso! ¡ La libertad es el infierno! — replicó *Soleil-Couchant* con tono un poco enfático.

Continuaron la conversación, llevándola Vibert al terreno de las confidencias. *Soleil-Couchant* le contó las penas y sufrimientos que durante cinco años había pasado con Langlade, y le confesó que le odiaba. El agente contó lo que nuestros lectores saben acerca de la detención del coloso, lo cual lo corroboró ante Estefanía, con la presentación de la pistola, que aquélla reconoció.

Luego, abordando Vibert la cuestión de frente, dijo á *Soleil-Couchant*, que escuchaba con la mayor atención:

— Un joven ha sido asesinado este invierno en la calle de la Paz, cerca de la altura de una casa de la calle de *Neuve-Saint-Augustin*, que habitabais entonces con Langlade. ¿Qué detalles podéis darme de este asesinato, todavía impune?

— Pero... ¿cómo se entiende?...

— ¿El que yo me dirija á ti para los detalles? Nada más sencillo. Esta mañana, Langlade, en un momento de embriaguez y exaltación me ha confesado su crimen.

— ¿Entonces?... — dijo *Soleil-Couchant*.

— Esto no basta, — repuso Vibert. — A la justicia le son necesarias más pruebas, más detalles; yo vengo á pedirlos.

— Interrogadme; os contestaré.

— ¿Cuánto tiempo hacía que conocíais á la persona asesinada por Langlade?

— Dos días.

— ¿Dónde la habíais encontrado?

— En el boulevard, á la altura de la calle Vivienne, á las tres de la tarde.

— ¿Venía de la Bolsa, sin duda?

— Así lo creo.

— ¿Y lo apercibisteis en seguida?

— No; pero luego que le vi, me fijé en él; lo encontré guapo; ¿qué queréis? Salía sola tan raramente y estaba de continuo encerrada con Langlade, que todos los hombres me parecían buenos, los pequeños, sobre todo.

— ¿La persona de quien hablamos era, pues, de poca estatura?

— Mediana.

— ¿Qué hicisteis entonces?

— Ensayé el modo de llamar su atención.

— ¿De qué modo?

— Volviendo la cabeza frecuentemente, deteniéndome en todos los escaparates, levantando algo la falda para enseñar el pie, en fin, usando de las mil coqueterías de que disponemos las mujeres.

— ¿Y esas coqueterías produjeron su efecto?

— Sí; al cabo de un instante el desconocido me seguía; entonces dejé el boulevard y tomé la calle Choiseul y llegué á mi casa. Él avanzó, me saludó muy políticamente y me dijo que era muy bonita. Traté de enrojecer y contesté la frase consagrada á estos casos: *Pero, señor, ¿por quién me tomáis?* — *Por una duquesa, señora*, me contestó sonriendo, *y si me permitis hacer vuestro conocimiento.....* — Yo no quise mostrarme demasiado severa, le di mi nombre y autorización para verme al día siguiente á una

hora que sabía era libre. Fué exacto, desgraciadamente, Langlade, á quien creía ocupado este día fuera de París, volvió de improviso. Sabéis el resto puesto que os lo ha confesado.

—¿A qué hora Langlade volvió á encontraros?

—Serían las nueve.

—¿No os dijo al entrar, estas palabras: *He matado á tu amante?*

—Sí.

—¿Qué le contestasteis?

—Nada; aquella noche me hubiera matado como mató al otro; estaba dominado por una exaltación extraordinaria; no le he visto jamás tan terrible.

—¿Sus manos estarían, sin duda, manchadas de sangre?

—No, y me extrañó.

—Nada más sencillo, — dijo Vibert. — La sangre no sale instantáneamente de una herida, y Langlade huyó después de cometido el crimen. Después, ¿le habéis reprochado ese asesinato?

—No, no me he atrevido, — contestó *Soleil-Couchant*. — Ya os he dicho que siempre he temblado ante ese hombre.

—¿Recordaréis la fecha precisa de ese acontecimiento?

—A fines de octubre, ó á principios de noviembre.

—Os pido la fecha precisa.

—No la sé, señor.

—Sin embargo, es una época de vuestra vida.

—Sin duda, pero he vivido siempre sin ocuparme de los días del mes.

—¿No sabréis, por ventura, el nombre del hombre que recibisteis en vuestra casa?

—No pensé en preguntárselo.

—Describidme á ese joven lo mejor que podáis.

—Era de estatura mediana, os lo he dicho ya moreno, con bigotes muy finos.

Estefanía se paró, buscó en sus recuerdos y repuso al cabo de un instante :

—A fe mía que esto es todo; no recuerdo más; hace cerca de tres meses, y sólo le vi una vez.

—¿Creéis que fuese casado? — preguntó el agente de policía.

—Esto podría ser muy bien; no tenía aire muy seguro cuando entró en mi casa; parecía tener miedo de que lo vieran.

—¿Cómo vestía?

—Creo que con un sobretodo gris.

—En efecto; — dijo Vibert, — ¿no tuvo ocasión de sacar algún objeto del bolsillo mientras estuvo en vuestra casa?

—Sí, sacó una cartera y quiso ofrecerme, dijo, un recuerdo, pero me negué á aceptarlo, no soy una mujer interesada.

—¿De qué color era?

—Me parece que rojo; sí, rojo.

—Vamos, — se dijo el agente, — no hay lugar á dudas; son notas incompletas, pero precisas.

—¿Estáis satisfecho de lo que os he dicho? — preguntó tímidamente la joven tratando de aproximarse á Vibert.

—¿Satisfecho yo? — dijo éste bruscamente, — nada de eso. No estaba seguro que Langlade fuese

culpable de ese crimen; por el momento lo es...
¡El deber ante todo! — añadió suspirando.

Levantóse y dijo:

— Nada más tengo que preguntaros por el momento; mi visita ha terminado; adiós.

— ¡Qué! ¿No os veré más?

— Puede ser; no sé nada.

Estefanía le rodeó con los brazos, sin que Vibert pudiera sustraerse á ello, y le dijo:

— ¡Ah! ¡Volved, os lo ruego!

— ¡Demonio de niña! — murmuró el agente de policía mirándola. — Si yo quisiera, sin embargo, sucedería á Langlade, tendría una querida... ¡yo, Vivert... esto valdría quizá más!

Tomó dulcemente los brazos de *Soleil-Couchant*, se deshizo de ellos y le dijo:

— Mi buena amiga, preparaos para recibir á vuestro querido Langlade. Antes de media hora se le conducirá á vuestra presencia.

Esta frase produjo sobre la tierna Estefanía el efecto de una gota de agua helada, y retrocedió exclamando:

— ¿Me juráis que una verja nos separará?

— ¡Te lo juro! Adiós, — dijo abriendo la puerta.

— Adiós, — exclamó ella tristemente.

Cuando hubo quedado sola en la celda, volvió como una niña á jugar con sus cabellos. De este modo se preparaba para ver á su amante.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Dos vigilantes de la Conserjería condujeron á Langlade á la comunicación, en donde no se hallaba en aquel momento ninguna visita. Del modo como había sido convenido entre el agente de policía y el presidiario, se habían quitado á éste las esposas. En la apariencia, Langlade tenía su habitual tranquilidad; durante el trayecto de la celda al locutorio, paseó alrededor de sí miradas de indiferencia y contestó con calma á las preguntas que se le hicieron. Uno de los vigilantes, el más joven, dijo á su compañero, mostrándole el preso:

— Se le calumnia; es un corderillo.

— Será preciso verlo: bajo la ceniza hay fuego, — contestó el otro vigilante, antiguo empleado de los establecimientos penales y acostumbrado á toda clase de fingimientos en los hombres más enérgicos y violentos.

El antiguo guardián no se engañaba; la reacción venía á grandes pasos.

— ¿Por qué puerta entrará? — preguntó de pronto Langlade, que estaba sentado en un rincón sobre uno de los bancos que había en la sala.

Se le mostró una puerta colocada al otro lado de

culpable de ese crimen; por el momento lo es...
¡El deber ante todo! — añadió suspirando.

Levantóse y dijo:

— Nada más tengo que preguntaros por el momento; mi visita ha terminado; adiós.

— ¡Qué! ¿No os veré más?

— Puede ser; no sé nada.

Estefanía le rodeó con los brazos, sin que Vibert pudiera sustraerse á ello, y le dijo:

— ¡Ah! ¡Volved, os lo ruego!

— ¡Demonio de niña! — murmuró el agente de policía mirándola. — Si yo quisiera, sin embargo, sucedería á Langlade, tendría una querida... ¡yo, Vivert... esto valdría quizá más!

Tomó dulcemente los brazos de *Soleil-Couchant*, se deshizo de ellos y le dijo:

— Mi buena amiga, preparaos para recibir á vuestro querido Langlade. Antes de media hora se le conducirá á vuestra presencia.

Esta frase produjo sobre la tierna Estefanía el efecto de una gota de agua helada, y retrocedió exclamando:

— ¿Me juráis que una verja nos separará?

— ¡Te lo juro! Adiós, — dijo abriendo la puerta.

— Adiós, — exclamó ella tristemente.

Cuando hubo quedado sola en la celda, volvió como una niña á jugar con sus cabellos. De este modo se preparaba para ver á su amante.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Dos vigilantes de la Conserjería condujeron á Langlade á la comunicación, en donde no se hallaba en aquel momento ninguna visita. Del modo como había sido convenido entre el agente de policía y el presidiario, se habían quitado á éste las esposas. En la apariencia, Langlade tenía su habitual tranquilidad; durante el trayecto de la celda al locutorio, paseó alrededor de sí miradas de indiferencia y contestó con calma á las preguntas que se le hicieron. Uno de los vigilantes, el más joven, dijo á su compañero, mostrándole el preso:

— Se le calumnia; es un corderillo.

— Será preciso verlo: bajo la ceniza hay fuego, — contestó el otro vigilante, antiguo empleado de los establecimientos penales y acostumbrado á toda clase de fingimientos en los hombres más enérgicos y violentos.

El antiguo guardián no se engañaba; la reacción venía á grandes pasos.

— ¿Por qué puerta entrará? — preguntó de pronto Langlade, que estaba sentado en un rincón sobre uno de los bancos que había en la sala.

Se le mostró una puerta colocada al otro lado de

la verja que dividía en dos el locutorio; el presidiario levantó vivamente la cabeza y sus narices se dilataron; empezaba á sospechar algo y entreveía vagamente un lazo.

—Si entra por ese lado, — repuso con voz insegura, — ¿cómo podrá reunirse á mí?

—No se os reunirá, — dijo el vigilante.

—Podréis aproximaros á la verja y hablar con ella cuanto queráis, — hizo observar col calma el otro vigilante, que veía la tormenta encima.

—¡Entonces se me ha engañado! — exclamó Langlade.

—Se os ha prometido que la veríais y va á venir.

—¡Se me ha engañado, te digo! — repuso con más violencia cada vez. — ¡Debía estar á mi lado, ninguna verja había de separarnos, esto es una infamia! ¡Se ha abusado de mi buena fe; si lo hubiese sabido no me habría entregado, me hubiera defendido! ¡Hubiese matado á ese miserable! ¡Os hubiese matado á todos, por canallas!

Marchó bruscamente hacia el viejo vigilante que con el manajo de llaves en la mano le esperó á pie firme.

—Quiero estar á su lado, — exclamó el preso, — quiero que se la conduzca aquí, á esta parte de la sala, ó bien que se me haga pasar á mi al otro lado.

—Mis órdenes son terminantes. — contestó el vigilante, — lo que pedís es imposible.

—¡Ah! ¡es imposible! — dijo Langlade. — ¡Bien! ¡No me he rendido; no me habéis arrestado; nada se ha hecho, hay que volver á empezar!

Y volviéndose, arrancó de la pared un banco de

madera, hizo lo propio con dos escabeles, cogió tres sillas y una mesita y la lanzó á uno de los rincones del locutorio, se hizo una estaca con una de las patas de la mesa, se parapetó detrás de la barricada que había improvisado y dijo con voz terrible, blandiendo la estaca por encima de la cabeza:

—¡Venid, pues!

—¡Guardia! — gritó el más joven de los vigilantes, lanzándose prudentemente hacia la puerta, mientras que su compañero, uno de esos bravos escogidos entre los agentes de la policía militar, quedó en su sitio y se contentaba con mirar á Langlade, levantando los hombros.

La calma de este hombre acabó de exasperar al presidiario, que franqueó la barricada y marchó derecho hacia su enemigo. Entonces el vigilante comprendió que se exponía á un peligro inútil; con los ojos fijos en su adversario, teniendo en una de las manos el manajo de llaves para parar los golpes de la estaca y atusándose el bigote con la otra, marchó vivamente en retirada, sin lanzar un grito, sin llamar en su socorro. Llegado cerca de la puerta, que estaba abierta desde la huida de su compañero, dió un buen salto atrás en el momento en que Langlade iba á alcanzarle y cerrando la puerta quedó éste sólo.

Durante este tiempo, la guardia que hay en los establecimientos de esta índole, se había puesto sobre las armas y se dirigía hacia la comunicación. Evidentemente era una lucha terrible la que iba á suceder; el presidiario acabaría por sucumbir al número, pero después de haberse defendido con energía; en sus vigorosas manos, toda clase de armas

podían dar la muerte; nada podría impedirle arrojar sobre el primer soldado que apareciera, apoderarse de su fusil, parapetarse detrás de la barricada y tener por algún tiempo al enemigo á distancia. Los soldados, guiados por los dos vigilantes, llegaron ante la puerta del locutorio é iban á abrir.

De pronto se presentó Vibert. En el momento de salir de la Conserjería para volver al *Palais de Justice*, donde quería hablar al señor juez de instrucción, oyó un ruido inusitado, informóse y supo lo que pasaba.

—Me lo esperaba,—se dijo;—ésa es mi falta, tengo la culpa; después de todo, cierto es que Langlade tiene el derecho de quejarse, puesto que no se le ha cumplido estrictamente la palabra prometida, y á mí me toca reparar el mal que he hecho é impedir que se derrame sangre, aun á costa de la mía.

Valeroso y resuelto, como le conocemos, no podía vacilar mucho tiempo; renióse á los soldados y colocándose delante de la puerta que iban á abrir:

—No entréis,—dijo;—yo me encargo de todo.

—¿Que vais á hacer?—preguntó el anciano vigilante que acababa de reconocer á Vibert.

—No lo sé; pero retirad los soldados, os lo ruego; es inútil que se hagan matar por ese malvado; yo le he domado esta mañana, quizá llegue todavía á mi objeto; para llamar la guardia en nuestro auxilio siempre hay tiempo y ya sabéis que vuestros jefes verán con sumo gusto que se haya evitado la violencia.

—Sin duda, nos tienen recomendado que siempre se emplee la templanza, á ser posible; ¡pero si su-

pierais en qué estado de cólera se encuentra ese miserable! ni siquiera os ocurriría lo que queréis.

—Nada cuesta ensayar.

—Arriesgáis vuestra vida.

—Lo prefiero á comprometer la vuestra y la de esos valientes soldados,—contestó Vibert.

—¿Queréis que entre con vos?

—No, no, amigo mío, es inútil.

—En ese caso me quedo aquí, dispuesto á defenderos, si el caso lo requiere.

—Como gustéis.

Vibert abrió la puerta y entró en el locutorio.

Langlade, que había oído el ruido de las voces y los culatazos de los fusiles, esperaba el ataque replegado detrás de la barricada. En cuanto apercibió á Vibert, su cólera se convirtió en rabia. De un salto se lanzó sobre el agente de policía, lo tomó en los brazos y lanzándole como una pelota, lo envió rodando á diez pasos de él. Vibert, cayó sobre las rodillas, se levantó, limpióse el polvo, porque en las circunstancias más graves era un hombre aseado, y sin esperar á que Langlade marchara sobre él, le salió al encuentro con los brazos cruzados, diciendo:

—¡Eres un cobarde!

—¡Y tú un vil!—exclamó el presidiario.

—¿Por qué?—preguntó nuestro hombre sin bajar el tono.

—¡Me prometiste que la vería, y no la veo!

—Está detrás de esa puerta; se espera que estés más calmado para hacerla entrar.

—Pero la veré detrás de esa verja; esto no es lo que me has prometido...

—No te he prometido nada acerca de esto. ¿Te atreves á decir que te había prometido que estaría á tu lado?

—No habíamos hablado de eso, pero...

—Era necesario haber hablado entonces, para establecer tus condiciones; no podía adivinar tus deseos; en cuanto á mis promesas, las he cumplido religiosamente; me has pedido que te quitara las esposas y se te han quitado; soy víctima de mis bondades; si no hubieses tenido el uso de las manos no te hubieras portado tan cobardemente conmigo.

—¿Conducirás á *Soleil-Couchant* aquí? — dijo Langlade algo más calmado. — ¿La veré sin estar separado de ella por esa verja?

—No, la verás y hablarás á través de la reja. Ella lo ha pedido así.

—¡Ah! ¡es ella! ¿Por qué?

—Porque sin duda tiene miedo de encontrarse á tu lado. ¡Esto no debe asombrarte!

—Si tiene miedo, es que se cree culpable.

—Evidentemente; pero esto no es razón para que desee que la maten.

—¡Y si yo prometo no matarla!

—No puedes responder de ti; eres demasiado violento; una palabra, un gesto, bastan para ponerte furioso; hieres á los que no te han hecho nada, y á mayor abundamiento á los que te han hecho beneficio.

—Perdóname, — dijo con voz sorda.

—¡Pardiez! sí, te perdono; pero el director de la Conserjería no puede perdonarte el haber turbado el orden que reina de ordinario aquí, el haber come-

tido actos de violencia amenazando á los vigilantes el haber hecho que la guardia tomase las armas.

—¿Qué puede hacerme?

—Puede, — dijo Vibert con el objeto de atemorizarlo, — no tener en cuenta mi petición y hacer que no veas á *Soleil-Couchant*, ni aun detrás de la reja.

—¡Oh! — exclamó Langlade.

No le había ocurrido este castigo que era el que más le asustaba.

—Escucha, — dijo Langlade tratando de coger una mano del agente, — si obtienes del director, permiso para que la vea, te prometo volver á poner en orden todo esto, dar mis excusas á los vigilantes y estar tan tranquilo como si nada hubiera ocurrido.

—Bueno, pues arregla esto mientras voy á ver al director y haz lo que acabas de prometerme.

Vibert salió y encontróse en la puerta con los vigilantes, asombrados de verle en tan buen estado.

Un cuarto de hora después, *Soleil-Couchant*, conducida por un vigilante, entraba en el locutorio y se sentaba prudentemente lo más lejos posible de la verja que la separaba de su querido Langlade. En cuanto á él, por el contrario, desde el momento en que la vió tenía pegada la cara junto á los barrotes de hierro y contemplaba á su querida. Durante un momento su mirada fué dura y cargada de odio, luego se dulcificó. En realidad, la amaba; no hubiera tenido valor para matarla, una sola mirada de su querida hubiese bastado para detenerle el brazo.

—¿Tienes miedo de mí? — dijo Langlade:

—¡Caramba! — contestó *Soleil-Couchant*, — motivos me has dado para ello desde que te conozco.

— Estaba celoso, violento, — repuso tristemente, — porque te amaba.

— ¡Sí, conozco esa frase! — exclamó con dureza. — Con *vuestro amor* hacéis la existencia de la pobre mujer intolerable.

— ¿De modo que siempre has sido desgraciada conmigo?

— Muy desgraciada; puesto que me lo preguntas, — le dijo; — no me da miedo el confesarlo.

— ¡Oh! no temes nada, — dijo Langlade, — porque estás detrás de esos barrotes.

— En efecto, es la primera vez que te puedo hablar sin temblar.

— Habla, pues, ábreme tu corazón; te escucho.

Así lo hizo la joven, y le enumeró las penas y sufrimientos que le había hecho pasar. Él escuchaba sin interrumpirla; cuando hubo terminado no dijo más que estas palabras:

— Entonces ¿ya no me amas?

— ¡Jamás te he amado! — contestó; — te temía, he ahí todo.

El preso bajó la cabeza y repuso al cabo de un instante de silencio.

— Si me escapara del presidio ¿me admitirías?

— Jamás, — dijo la joven con energía, — no lo esperes. ¡Oh! ha terminado todo entre nosotros. No quiero vivir como he vivido; quiero aprovecharme de lo que me queda de juventud y de belleza, tener caprichos y satisfacerlos. En una palabra, ¡quiero ser libre!

Cada una de estas palabras hirió á Langlade en el corazón. Sin embargo, se contentó con responder:

— Tengo muchas cosas que decirte; pero no sé por dónde empezar.

— No sabes más que pegar, — dijo Estefanía cruelmente.

— ¡Oh! también sé sufrir!

De colorado que estaba habitualmente se tornó en pálido. Eslefanía le miró, tuvo miedo y retrocedió.

— Y, sin embargo, — dijo Langlade, — tú eres la causa de todos mis crímenes; si no te hubiese amado no hubiera ido á presidio y ahora no volvería.

— No había necesidad de amarme, yo no te lo pedía; todo lo contrario.

— Y si en vez de ir á presidio, — repuso, — fuese condenado á muerte, porque he matado al hombre que era tu amante, ¿vendrías á darme el último adiós?

— No.

— ¡Miserable! — exclamó de pronto.

Y agarrando la verja con ambas manos trató de arrancar los barrotes; lanzaba gritos salvajes, tenía los ojos inyectados en sangre y su boca arrojaba espuma.

El primer movimiento de Estefanía fué retroceder al otro lado del locutorio; pero cuando vió que Langlade, á pesar de su fuerza prodigiosa, no pudo ni torcer siquiera uno solo de los barrotes que le separaban, se aproximó á la reja.

— ¡Ah! ¡cómo nos divertimos! — dijo riendo; — ¡si me cogieras me matarías sin piedad! Pero estoy fuera de tu alcance, al abrigo de tus golpes; no puedes nada contra mí. ¡Vamos! no te fatigues así,

coloso de mi corazón, ¡no ves que estás vencido!...

Esto, lejos de exasperar á Langlade, le hizo volver á la razón; un minuto antes, gritos ó sonidos inarticulados hubiesen sólo salido de su garganta de fuego; ahora podía hablar. Cesó de hacer fuerzas en la verja, se cruzó de brazos y, arrojando sobre su querida una mirada terrible, dijo:

— ¡Qué! ¡eres tú la que se atreve á insultarme! ¡tú, que te arrastrarías á mis pies pidiendo gracia si esta reja no nos separara!... ¡Eres la que he amado, la que me ha conducido á donde estoy! ¡Es por tan miserable criatura por la que vuelvo por tercera vez á presidio, y quizá lleve mi cabeza al patíbulo!... ¡Sin embargo, este tirano del que te burlas y á quien odias, hubiera sido un hombre honrado, con buenas palabras y un poco de amor, en vez de ser ladrón y asesino! ¡Sí, un hombre honrado! ¿Qué me era preciso para ser dichoso? ¡Verte, sentirte á mi lado, respirar el aire que tú!... ¡Pero tú querías trajes, dinero, lujo! ¡Mi trabajo no te bastaba; he robado para satisfacer tus caprichos, para impedirte que corrieras á los brazos de otro amante... pero he de matarte: me podrán poner cadenas en los pies y manos, las romperé; podrán enviarme á presidio, me escaparé; me harán subir al cadalso, pero saltaré á tu lado para matarte!

— ¡Loco! — dijo Estefanía. — Hablas de romper los hierros y no puedes levantar uno de los barrotes de esa reja. ¡Ah! me has engañado; ¡te creía fuerte y me equivoqué!

Este último ultraje centuplicó las fuerzas de Langlade, que se asió á uno de los barrotes, y haciendo

un esfuerzo supremo, dió una formidable sacudida de la que resultó el hierro doblado.

Soleil-Couchant lanzó un grito terrible. Un segundo más y Langlade la alcanzaba. Pero las fuerzas humanas tienen sus límites; Langlade había pasado durante aquella mañana por emociones demasiadas crueles; la sangre, lentamente sobrecitada, se le subió al cerebro, osciló y cayó sin sentido.

VII

— Durante esia escena, Vibert se había dirigido hacia el palacio de justicia y había hecho preguntar al señor Gourbet si queria recibirlo. Cordier, el hombrecillo seco que nuestros lectores ya conocen, y que llenaba cerca del señor Gourbet las funciones de secretario, vino á saber lo que deseaba Vibert.

— Quisiera, — dijo el agente de policía, — hablar un instante con el señor juez de instrucción del asesinato de la calle de la Paz.

— ¡ Ah! traéis noticias, — dijo Cordier frotándose las manos.

— Es posible.

— ¿ Buenas?

— Ya lo veréis.

— Esperad algunos minutos entonces, el señor juez de instrucción está concluyendo un asunto importante; en cuanto esté libre le prevendré vuestra visita y creo que os recibirá.

— Esperaré, — dijo el agente de policía.

El hombrecillo se alejó.

Media hora después, Vibert fué introducido en el despacho del juez de instrucción; las primeras palabras que le dirigió el señor Gourbet fueron :

— ¿ Me traéis pruebas, es decididamente Savari?

— No, señor Juez, — dijo Vibert suspirando, — ése no es.

— ¡ Cómo! La señora Vidal y vos ¿ estáis seguros de lo que hacéis?

— Nos engañamos, señor.

La última vez que os vi en mi despacho, pretendíais que vuestra convicción se fortificaba de día en día.

— Era verdad; los tiempos han cambiado.

— Habéis venido á pedir, según creo, autorización para sacar una de las pruebas de convicción; el cuchillo, con el cual la víctima había sido herida, ¿ no debía servir para hacer una experiencia decisiva?

— Sí, señor, y ya se ha hecho, pero ha resultado nula.

— Explicaos, os lo ruego.

— Quiero decir, — repuso Vibert, — que esta experiencia ha roto en un instante, lo confieso, todas mis convicciones; pero luego creí todavía sorprender la culpabilidad de Alberto Savari.

— ¿ No se ha turbado á la vista del cuchillo?

— No; pero esto no indica nada; en medio de una escena violenta, en un momento de cólera, podía haberse apoderado del primer objeto que hubiese á mano, para herir á Mauricio Vidal, luego haber arrojado el arma con horror y huído sin tener tiempo de examinarla, y, por lo tanto, no conociéndola, no había de hacerle impresión alguna.

— ¡ Pero vos sois demasiado hábil para no haber encontrado medio de decir el nombre de la víctima que había sido herida con aquella arma!

— Sí, he hablado de Mauricio Vidal.

—¿Entonces?

—Entonces ha hablado de ese joven, al que había conocido, ha llorado su muerte, y ha tenido el talento de mezclar sus lágrimas con las de la viuda.

—Habéis dicho: *¿Ha tenido el talento?*

—Sí, señor.

—Pues, según vos, ¿Alberto Savari representaba una comedia?

—No, señor juez de instrucción; aludía á otra cosa.

—¿Admitís que esas lágrimas hayan podido ser naturales?

—Sí, señor.

—¿Pensáis entonces que eran efectos del remordimiento?

—También eso podía haberlas hecho correr.

—Cada vez es esto más vago, convenid en ello; estamos hoy lo mismo que hace tres meses.

—Dispensad, señor juez; os traigo el nombre del asesino de Mauricio Vidal.

—¿Qué decís?

—Que ahora conozco al asesino que buscáis.

—¿Cómo se llama?

—Langlade!

—¡Langlade!... ese nombre no me es desconocido; ¿no es el de un presidiario?

—En efecto.

—He tenido que ocuparme de ese hombre; se ha escapado del presidio de Brest, está en París hace tres meses y la policía le busca sin poderlo encontrar.

—Se descubrió su morada ayer, y esta mañana le

he arrestado; en este momento se halla en la Conserjería.

—Os doy mi enhorabuena por ese arresto.

Vibert se inclinó.

—Y,—continuó el señor Gourbet,—¿es ese Langlade quien ha asesinado á Mauricio Vidal? ¿Qué os lo hace suponer?

Vibert contó al juez de instrucción los detalles del arresto del presidiario y le dió conocimiento de las confesiones obtenidas de *Soleil-Couchant*.

—Sí,—dijo el juez de instrucción, cuando Vibert hubo terminado.—Hemos, al fin, encontrado al asesino, gracias á vuestra perspicacia.

—¡Oh! señor,—replicó Vibert,—no hablemos de mi perspicacia; la casualidad ha sido la que nos lo ha proporcionado.

—Sea lo que fuere, debéis estar satisfecho del resultado obtenido.

—No, señor.

—¿Por qué habíais sospechado de Savari y os habéis equivocado?... ¿cuestión de amor propio?

—Si sólo se tratase de mi amor propio, no me preocuparía tanto,—murmuró Vibert, sin que el señor Gourbet lo entendiera;—pero es más grave para mí,—añadió suspirando.

Durante este corto monólogo, el juez de instrucción se volvió hacia el secretario y le dijo:

—Señor Cordier, dadme el proceso verbal del interrogatorio sufrido en el mes de octubre último por el acusado Alberto Savari; debéis tener una copia.

—Sí, señor.

Al cabo de un instante de lectura, el señor Gourbet se volvió hacia Vibert y le dijo:

—Langlade es culpable; no podemos concebir la menor duda acerca de esto, y, sin embargo, ved cómo la justicia puede fácilmente equivocarse; muchos de mis colegas, los más prudentes, hubieran encontrado en este interrogatorio que acabo de leer con sumo cuidado, diez razones para concluir con el envío de Savari á la audiencia. No os citaré más que una: los pagarés suscriptos por Mauricio Vidal, encontrados en casa del acusado. ¿Os explicáis eso?

—Sí, — dijo Vibert, — si Savari los ha pagado, como sostiene.

—Pero se desprende de todo este interrogatorio, — hizo observar el juez de instrucción, — que no puede haberlos pagado. En su vida ha tenido entre las manos cincuenta mil francos.

—¿No podía haberlos ganado en los diferentes juegos de Alemania?

—¿Y vos creéis eso?

—En cuestiones de juego creo todo.

—¿Entonces ya no os inspira ninguna sospecha? — preguntó el señor Gourbet.

—¡Dios mío! señor juez, — replicó Vibert, — tengo la mala costumbre de rendirme á la evidencia. ¿Qué interés, puede tener Langlade al contar que ha asesinado á un hombre?

—¿Pero él nombra á ese hombre?

—Su querida le designa suficientemente.

—¿Ninguno de ellos precisa la fecha del crimen?

—Cada uno la fija próximamente, — replicó Vibert.

El señor Gourbet después de reflexionar un momento dijo:

—Y estas palabras escritas con la sangre de la víctima: *Mi asesino se llam...* ¿cómo explicarlas si Langlade ha cometido el crimen? Mauricio Vidal no podía conocer á ese presidiario.

—Esta objeción es de la más serias, lo confieso, — respondió Vibert; — ya me la he hecho antes de ahora, y creo haberla resuelto. Antes de ir á presidio, Langlade, vivía en París, y era muy conocido de todos los jóvenes de cierto mundo; no se le estrechaba la mano, ni saludaba, ni hablaba, porque esto hubiera resultado ordinario; pero se preguntaba por él, informábase de su nombre, cuando llegaba á algún sitio público acompañado de *Soleil-Couchant*. ¿Cómo no atraer sus miradas? Así es, señor juez, que nada de particular tendría que Mauricio Vidal hubiese conocido á su asesino, y hubiese tratado de designarlo á la justicia.

—Si, — contestó el juez, — vuestra explicación es natural.

—Por lo demás, es fácil reasumir este negocio en dos palabras. ¿Ha habido alguna otra persona asesinada en la calle de la Paz, en el mes de noviembre último? No, vos lo sabrías, señor juez: todo el mundo lo sabría. Pues Langlade es culpable, Savari es inocente, no creo haya otra salida.

—No digo lo contrario, — contestó el señor Gourbet, — pero nos hemos equivocado de tal modo, que no es permitido vacilar todavía.

—No vacilaréis ya, cuando hayáis interrogado á Langlade y su querida; su querida sobre todo, por-

que es posible que Langlade se niegue á contestar á vuestras preguntas.

—¿ Por qué ?

— Porque tiene un carácter muy especial. ¡ Podréis convenceros de ello!... ¡ Ah ! Savari os hubiera dado menos que hacer. Hubiera deseado mucho, que fuera él el culpable por vos, por el señor procurador imperial, por los señores de la audiencia, y por mí, — añadió por lo bajo suspirando.

— Vamos, — dijo el juez de instrucción, que se levantó para indicar á Vibert, que era tiempo de retirarse, — decididamente no queréis consolaros de haberos engañado en vuestras apreciaciones, acerca de Savari.

— Lo confieso, señor, jamás me consolaré; esto será la desgracia de toda mi vida.

Y saludando salió.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PIZARRA"
Apdo. 1625 MONTAÑEY, MEXICO

VIII

¿ Qué se ha hecho de Julia Vidal y Alberto Savari, desde que las exigencias de nuestros relatos nos obligaron á abandonarlos ?

Al siguiente día de la comida en el Café Inglés, Savari había ido á cosa de las tres de la tarde á la calle de Grammont.

La señora está enferma, — le había dicho Marieta, — y no puede recibir al señor.

Después de haber inútilmente insistido para que lo introdujeran al lado de la señora Vidal, Savari se fué hacia el *Hôtels des Princes*; quería, al menos, hablar de Julia, ya que no podía verla. Pero el conde de Rubini, hasta este día tan comunicativo, tan gracioso, se había vuelto desde la vispera, ceremonioso, frío y taciturno. En vez de contestar, cual había sido su costumbre, con largas y detalladas respuestas, á las menores preguntas, no hablaba más que por monosílabos y quedaba enteramente mudo cuando se le preguntaba por la indisposición de su parienta.

Sabemos cuál era la disposición de espíritu en que se encontraba en este momento Vibert y no nos asombrará este brusco cambio en sus maneras; pero Savari, que no estaba iniciado en los sufrimientos de

que es posible que Langlade se niegue á contestar á vuestras preguntas.

—¿ Por qué ?

— Porque tiene un carácter muy especial. ¡ Podréis convenceros de ello!... ¡ Ah ! Savari os hubiera dado menos que hacer. Hubiera deseado mucho, que fuera él el culpable por vos, por el señor procurador imperial, por los señores de la audiencia, y por mí, — añadió por lo bajo suspirando.

— Vamos, — dijo el juez de instrucción, que se levantó para indicar á Vibert, que era tiempo de retirarse, — decididamente no queréis consolaros de haberos engañado en vuestras apreciaciones, acerca de Savari.

— Lo confieso, señor, jamás me consolaré; esto será la desgracia de toda mi vida.

Y saludando salió.

UNIVERSIDAD DE BUNO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ESTEBAN"
Apdo. 1625 MONTAÑEY, MEXICO

VIII

¿ Qué se ha hecho de Julia Vidal y Alberto Savari, desde que las exigencias de nuestros relatos nos obligaron á abandonarlos ?

Al siguiente día de la comida en el Café Inglés, Savari había ido á cosa de las tres de la tarde á la calle de Grammont.

La señora está enferma, — le había dicho Marieta, — y no puede recibir al señor.

Después de haber inútilmente insistido para que lo introdujeran al lado de la señora Vidal, Savari se fué hacia el *Hôtels des Princes*; quería, al menos, hablar de Julia, ya que no podía verla. Pero el conde de Rubini, hasta este día tan comunicativo, tan gracioso, se había vuelto desde la vispera, ceremonioso, frío y taciturno. En vez de contestar, cual había sido su costumbre, con largas y detalladas respuestas, á las menores preguntas, no hablaba más que por monosílabos y quedaba enteramente mudo cuando se le preguntaba por la indisposición de su parienta.

Sabemos cuál era la disposición de espíritu en que se encontraba en este momento Vibert y no nos asombrará este brusco cambio en sus maneras; pero Savari, que no estaba iniciado en los sufrimientos de

su antiguo compañero; se asombraba y aun alarmaba. Buscaba al mismo tiempo las causas que podían motivar la conducta del conde y creyó haberlas encontrado: *El plazo de quince días que me ha dado para pagar la deuda de juego, — se dijo, — ha transcurrido hace tiempo; encuentra, sin duda, que me tomé demasiada prórroga; la frialdad que me muestra, es un reproche indirecto à mi modo de obrar.*

Después que le ocurrió esta idea à Savari, no tuvo más que una preocupación: arreglar cuentas lo antes posible con el conde de Rubini, que podía usar de su influencia para tenerle alejado de la señora Vidal. Sin embargo, no tenía los catorce mil francos, y entre sus amigos, nadie parecía dispuesto à prestárselos. Dos meses antes no hubiese vacilado; hubiera jugado; el juego había sido siempre para él una especie de carrera. Pero ahora sufría las consecuencias de una transformación que poco à poco se había ido introduciendo en su modo de ser.

Desde que amaba à Julia, la vida se le aparecía bajo un nuevo aspecto, era más severo consigo y empezaba à comprender las palabras de honradez y delicadeza, de las que entonces sólo había tenido una vaga idea. Se decía que era muy triste pedir al juego lo que el trabajo podía darle. Es cierto que si en esta disposición de espíritu hubiera descubierto un medio compatible y honrado de ganar catorce mil francos en poco tiempo, no hubiera vacilado emplearlo. Desgraciadamente estos miedos son raros; Savari, después de nuevas vacilaciones y con una gran repugnancia, se vió reducido cierta noche à volver à casa de Pelagia d'Ermont.

—Ella no se hace rogar,—se dijo,—para organizar una partida; quizá en este momento se esté *tallando* en su casa. Tengo veinte y cinco luises, no he jugado hace tiempo y soy desgraciado en amor; heme en excelentes condiciones para lanzarme de lleno.

Razonando de este modo llegó à la casa de Pelagia; ella misma salió à abrir.

—Dichosos los ojos que te ven;—le dijo, tendiéndole la mano é introduciéndole en el salón.—Veo que no haces como los otros, que dejan de venir à verme en la adversidad.

—¿Estás en la adversidad, mi bella amiga, y por qué?

—¡Cómo! ¿No sabes lo que me ha pasado?—preguntó vivamente Pelagia;—¿no lees ningún periódico?

—¡Los periódicos! ¿Qué me hubieran podido decir de ti?

—Que la policía ha sorprendido mi casa la semana pasada.

—¡Ah! ¡bah!

—Es como te lo digo.

—¿Pero à propósito de qué? ¿Hacías moneda falsa?

—Permitía el juego.

—¡Diablo! ¿Y esos señores de la policía llegaron?...

—Precisamente en medio de un magnífico *baccarat*; había sobre la mesa más de diez mil francos en oro y billetes. Se lo llevaron y...

—Eso es una falta de delicadeza.

—¡Si se hubieran contentado con coger el dinero!

—replicó la señora d'Ermont;—en seguida apuntaron á todas las personas que había en casa, consignando sus nombres y cualidades. Se llevaron los muebles...

—¡Ya decía yo!—exclamó Savari, mirando alrededor de sí, —ya decía: he aquí un mobiliario nuevo.

—Es un mobiliario de ocasión, que me vi obligada á comprar ayer.

—¡Cómo!—repuso Savari. —¿Tenían derecho de llevarse tus muebles?

—¡Dios mío! sí, el código es preiso,—contestó Pelagia suspirando.—Mi abogado me ha hecho leer un artículo que me concierne, el 410 del código penal; me le sé de memoria: *Serán confiscados todos los fondos que se encuentren expuestos en el juego, los muebles y los efectos de mobiliario que adornen ó decoren aquellas habitaciones.*

—En verdad, — dijo Savari, tratando de tomar un aire afligido, —la ley no respeta ni las cosas más santas.

—Y aun si fuese eso todo... — repuso la señora d'Ermont.

—¿Hay más todavía?

—Otro párrafo: le sé aún mejor, — dijo lanzando un profundo suspiro: — *Toda persona que haya tenido una casa de juego oculta será castigada con un arresto de dos á seis meses y á una multa de cien á seis mil francos.*

—Tú no tenías casa de juego, — hizo observar Savari.

—Se considera como tal, me ha dicho mi abo-

gado, cuando se juega, como aquí, de un modo regular.

—Eso cuando se trata de hacer una especulación; tú no la hacías.

—Ellos lo han considerado así.

—Han obrado de mala fe.

—Dí mejor que con injusticia, — replicó Pelagia; — ¿no era natural que cada uno de vosotros contribuyera á mis gastos?

—Claro que sí.

—Las bujfas van caras y vosotros gastabais muchas.

—Cinco ó seis francos todas las noches, — se dijo Savari, —y ella se sacaba lo menos tres ó cuatro cientos. — ¡Excelente amiga, cuánto me apiado de tu suerte!

—¡En fin! — repuso la señora d'Ermont; — te digo, Alberto, que he estado ocho días detenida. Si estoy en libertad en este momento es debido á amigos influyentes que han conseguido mi libertad provisional; pero seguramente seré condenada á la pena máxima. He ahí todo, mi querido amigo... ¿qué dices á esto?

—Que es desconsolador.

—¡Es triste! — dijo Pelagia llevando el pañuelo á los ojos.

Savari encontró inútil este enternecimiento y repuso:

—¿Cómo han avisado á la policía para venir á tu casa? Es preciso que alguno te haya denunciado.

—Cierto; pero no sé el nombre del traidor.

—¿No recibías más que á los amigos de costumbre?

—En estos últimos tiempos, exceptuando un extranjero que me fué presentado. Ese italiano con quien te encontré, ¿sabes?

—¿El conde de Rubini?

—Sí, ése.

—Ése no hubiera ni pensado en denunciarte; ha ganado demasiado dinero en tu casa. Esas ideas no pueden venir más que de jugadores que han perdido mucho y que quieren vengarse; además, conozco mucho al conde de Rubini; es muy original, pero muy galante.

—Entonces debo haber sido denunciada por alguna de las señoras.

—Probablemente; tus ganancias habrán excitado los celos de alguna *damisela* y habrá enviado algún anónimo á la prefectura. Esto es todo lo que se puede suponer; á menos, — añadió sonriendo, — que no se haya deslizado algún agente de policía entre nosotros.

Después de haber hablado algún tiempo sobre la suerte de Pelagia d'Ermont, Savari se apresuró á dejarla; desde el momento en que no le podía proporcionar juego, le era inútil.

Los veinticinco luises de Savari continuaban quedando solos; no conocía ninguna otra casa parecida á la de Pelagia; y, además, cuando la policía penetra en una de esas casas, todas las demás del mismo género se mantienen por entonces cerradas herméticamente. Esto es de cajón. En cuento á partir para Bade ó para Hombourg, á fin de probar fortuna, Sa-

vari ni siquiera pensaba en ello. No se sentía con valor para alejarse tanto de Julia; además, que los veinticinco luises no le hubieran bastado para el viaje. Resignóse, pues, á seguir siendo deudor del conde; creyó, sin embargo, deber hablarle de la deuda y excusarse del retraso en el pago. Vibert, negóse á recibirlo. Savari estaba verdaderamente desesperado; no sabía qué hacer; las dos únicas personas con las cuales pasaba la vida hacía dos meses, le faltaban á la vez, sin que supiera por qué motivo se alejaban de él. Julia había escogido para cerrarle la puerta el siguiente día al en que le declaró su amor; sin embargo, le había escuchado en silencio y le había casi animado á hablar; sin la entrada importuna de Vibert, quizá le hubiese contestado.

Como un alma en pena, Savari recorría París en todo sentido, pasando con preferencia por la calle de Grammont. Un día en que, siguiendo su costumbre, levantó los ojos en dirección de los balcones de la casa de la señora Vidal, la apercibió detrás de los visillos. Entonces perdió la cabeza; atravesó la calle corriendo, subió la escalera rápidamente, atropelló á Marieta que quería detenerle, entró en el salón y se encontró con Julia.

Era el día siguiente al del arresto de Langlade y de la visita de Vibert al juez de instrucción.

escucháis, os hacéis la distraída cuando os comunico mi dolor; ¡escuchadme, señora, haced la merced de escucharme! Esto es más serio de lo que os figuráis, os lo aseguro. ¿Qué interés había de tener en engañaros? Os juro que esto es serio, sufro mucho... ¡ Un hombre que sufre tanto merece que se apiaden de él!

Se detuvo, las lágrimas le sofocaban. Julia estaba asombrada. Su marido le había hablado el lenguaje del amor; pero el de la pasión le oía por primera vez.

Savari repuso:

—Si habíais resuelto alejarme de vuestro lado, ¿por qué me habéis recibido? ¿Por qué me hicisteis tan buena acogida? ¿No os apercibíais que poco á poco me enamoraba de vos? ¿No leíais en mis ojos que os amaba?... ¡Ah! ¡una mujer no se engaña en estas cosas! No tiene necesidad de que se arrojen á sus pies, y le digan: ¡Os amo! para sentirse amada... Sabíais que el corazón no me pertenecía; os lo había dado, y tácitamente le habíais aceptado; no os retiréis, le habíais aceptado, os digo, y no tenéis derecho, por capricho, de martirizarlo. ¿Qué mal os he hecho? ¿Qué falta he cometido hacia vos?... Ninguna, me es, pues, permitido deciros: Me habéis hecho sufrir hoy, como lo habéis hecho otras veces.

—¡Os he hecho sufrir! — dijo Julia.

Era sincera y verídica en este momento. Convencida de la culpabilidad de Savari, obedeciendo á las influencias de Vibert, creyendo cumplir un deber sagrado, había consentido en representar una comedia indigna de ella. Poco á poco se había engol-

Desde que apercibió á Savari, la señora Vidal adelantóse para reprocharle sin duda el haber forzado la puerta y penetrado en la casa á pesar de las órdenes dadas por ella; pero él no la dió tiempo de hablar, y apoderándose de sus manos, sin que pudiese impedirlo, obligándola á escucharle, le dijo cuanto puede dictar la pasión más exaltada y más desordenada,

—¡No vivo sino por vos y para vos! — exclamó; — ¡sin vos me mataré! la existencia me es odiosa... Faltándome la vida, soy un ser inútil, vicioso, corrompido, me doy horror á mí mismo. Tened piedad de mí; vos podéis regenerarme; una de vuestras miradas, una sola palabra, una sonrisa, me harán más que el ejemplo de todas las virtudes del mundo. ¡ He pasado una semana sin veros! pero ha sido un siglo, señora, un siglo!... ¡Si supierais todo lo que he sufrido durante ese tiempo! En el momento que os he visto detrás de los visillos, las fuerzas, y el valor me han abandonado; creí tomar un partido violento... ¡Sí, es tan difícil vivir cuando se es desgraciado, tan fácil matarse!... Estoy muy pálido, ¿verdad? ¡Debo daros lástimas! ¡Pero no me

fado en los peligros del lado odioso de esta jugada: apasionada en todos sus actos, había llegado á tomar por lo serio su papel; pero hacía algún tiempo que sus convicciones habían sido quebrantadas. Empezaba á dudar de la culpabilidad de Savari; se decía que no era culpable; la comedia que había representado era odiosa. Tenía razón al acusarla, al reprocharla; puede ser que hiciera propósito de reparación...

Mientras estos pensamientos atravesaban la mente de Julia, Savari, por su parte, reflexionaba. El hombre verdaderamente enamorado, jamás es muy inteligente con la mujer amada; la finura y costumbres no le sirven de nada. Savari, acreditado hasta entonces en materias de galantería, cuando se hallaba frente á Julia, no estaba, ni con mucho, á la altura de su reputación. Sin embargo, hay resplandores en la pasión; de pronto, las nubes que turban la vista se disipan, se ve claro y justo. Se dice: Es preciso herir aquí, y se ve bien durante un instante, hasta que el cielo oscurece de nuevo:

¡Os he hecho sufrir, es verdad! había dicho Julia. Se enternecía, se compadecía; la elocuencia de Savari no había producido impresión en su espíritu, sino en su corazón. Era un paso dado, pequeño, pero era preciso contentarse y aprovecharse de él. Era, sobre todo, muy importante que él avanzara sin que Julia tuviese razón para retroceder; Savari debía, además, tener en cuenta que no era conveniente que se precipitara. Cuanta más calma tuviera, más dueño sería de la situación; después de la ventaja que creía haber obtenido, no usó más que el

lenguaje de la pasión para intimidar á Julia. Se sentó á su lado, y trató de persuadirla que no podía cerrarle la puerta, que debía recibirle de cuando en cuando.

—Tened algunas consideraciones, — le decía, — tratadme como á un enfermo, como á un convaleciente y recobraré la salud.

Era el único lenguaje que debía usar para una mujer como Julia; en otra cualquier circunstancia, ella se hubiera persuadido; solamente que ahora se encontraba en una posición excepcional. No estaba lo bastante convencida de la culpabilidad de Savari para seguir representando el papel que había aceptado; renunciaba á pasar más lejos en su empresa; negaba toda complicidad con Vibert y realizaba la especie de cooperación que había tácitamente contratado con el juez de instrucción y la justicia. Pero al mismo tiempo, no estaba bastante segura de la inocencia de Savari, para firmar el pacto que la proponía. Desde el momento en que sospechaba en él, debía excluirlo de su intimidad. Ninguno de los razonamientos, ninguno de los ruegos de Savari debían satisfacerla. Su corazón debía ser insensible á las más hábiles seducciones; el presente y el porvenir no le pertenecían, en tanto que las tinieblas que envolvían el pasado no se disipasen.

Se armó de valor, y avanzando hacia Savari le dijo:

—Si me amáis, como estáis asegurando, si respetáis vuestro amor, si me respetáis á mí, dejadme y no volváis á verme más.

—¡Oh! — exclamó el joven desesperado, — ¡es todo lo que encontráis para contestarme!

—No puedo, creedlo, contestaros de otro modo.
 —Pero me destrozáis el corazón.
 —¡Hay!—dijo Julia,—no es culpa mía.
 —Al menos, decidme el motivo de tanta frialdad y dureza.
 —¡No, es imposible! ¡Os juro que me es imposible!

—¡Ah! Esto es sufrir demasiado! ¡es mucho sufrimiento!—exclamó Savari, que se dejó caer sobre un sillón y llevó las manos á la frente como para comprimir el dolor.

En este momento Marieta penetró en el salón y adelantándose hacia la señora Vidal le dijo al oído.

—Te llaman.

—¿Quién?

—Un hombre que no conozco, parece asunto de importancia.

Julia se levantó y sin mirar á Savari, que tampoco levantó la cabeza, siguió á Marieta á la antecámara. Allí encontró un ordenanza de las oficinas del palacio de justicia.

—Señora,—le dijo éste;—el señor Gourbet, juez de instrucción me ha encargado que entregue esta carta en vuestra propia mano.

Tomó la carta, y mientras Marieta conducía al ordenanza hasta la puerta, Julia entró en el salón y aproximándose á una ventana, leyó lo que sigue:

SEÑORA:

Es de mi deber el preveniros en seguida que al fin hemos descubierto al asesino de vuestro marido. Es un

tal Langlade, escapado del presidio. Tenemos contra él pruebas terminantes que no permiten dudar un solo instante de su culpabilidad. Además, ha confesado. Todas las sospechas que habíamos concebido contra el señor Alberto Savari, deben desaparecer. La especie de vigilancia á que se hallaba sometido, cesa desde hoy.

Me he asociado de todo corazón á vuestro legítimo dolor, señora, y me felicito de poderos decir que la muerte de vuestro marido será vengada muy pronto.

Recibid, señora, la consideración más distinguida de mi respeto.

GOURBET.

Leyó dos veces esta carta para convencerse de que no se engañaba; después se acercó á la chimenea y la arrojó al fuego, dirigiéndose en seguida hacia Savari: éste había levantado la cabeza y la miraba sin comprender lo que quería. Cuando estuvo cerca de él le dijo:

—Os he hecho sufrir mucho, perdonadme, y no me pidáis jamás explicación de esta conducta. Tengo agravios que reparar para con vos y los repararé.

Apenas había dicho estas palabras rompió á llorar.

Vibert, sentado delante de la chimenea, atizaba el fuego cuando la puerta se abrió. Volvió la cabeza, y lanzando un grito de sorpresa, se levantó precipitadamente, corriendo al encuentro de su visitante y exclamando:

—¡Qué! ¡señor marqués! ¡vos en mi casa!

—¡Sí, yo en vuestra casa! ¿Qué hay de extraño? ¿No os llamáis el conde de Rubini? No hago nada de más; sed menos impresionable y ofrecedme un sillón; ¡tendréis cosas que poderme contar!

El marqués de X... al que sólo conocemos por su correspondencia con Vibert, llevaba muy bien sus sesenta y cinco años. Tenía la figura más inteligente del mundo. En recuerdo de su pasado, enderezaba el cuerpo lo más posible á pesar de su ligera corvadera. Su traje era digno de él. El señor de X... había sido desde 1835 á 1848 el niño mimado de la Cámara de los pares. Se hablaba mucho de él y todo el mundo lo respetaba. Era el solo par de Francia que se había hecho popular. Se imprimían sus discursos y cuanto escribía lo leían con entusiasmo. Hablaba frecuentemente, constituyendo la alegría de sus colegas, que aplaudían su estilo y que lo escuchaban con placer extremo. De pronto se levantaba, y metiendo las manos en los bolsillos del chaleco, abordaba la cuestión de la orden del día.

—Pero, señor X... ¿por qué tomáis la palabra, puesto que no la tenéis?—le hacía notar el presidente.

—Señor presidente,—contestaba el marqués,—permitidme deciros que si la tuviera no me vería obligado á tomarla.

X

Un gran carruaje tirado por dos briosos caballos normandos se detenía una mañana delante de la puerta del *Hôtel des Princes*. Tan pronto como el lacayo saltó á tierra, fué á tomar las órdenes de la persona que se encontraba dentro del coche.

—Tenéis que saber,—dijo esta persona,—por medio de los criados del *Hôtel*, si el conde de Rubini vive aún aquí, y si está en este momento en casa.

El lacayo ejecutó esta orden con prontitud y volvió á contestar que el conde vivía en el *Hôtel* y que no se le había visto salir todavía.

—Entonces abrid la portezuela y ayudadme á bajar.—dijo el propietario del carruaje.—¿Os habéis informado del número de su habitación?—añadió mientras atravesaban el vestíbulo.

—Sí, señor marqués, es el núm. 4 del segundo piso.

—En el segundo, ¡diablo! Es un poco alto para mí; creo que la maldita gota me va á volver. ¡Bien! ¿ya hemos llegado al fin?

—Señor marqués, he aquí la puerta.

—Abre entonces en vez de hacerme esperar, ¡si crees que esto me gusta después de tal ascensión! Bueno, ahora vete, bajaré solo.

Vibert, sentado delante de la chimenea, atizaba el fuego cuando la puerta se abrió. Volvió la cabeza, y lanzando un grito de sorpresa, se levantó precipitadamente, corriendo al encuentro de su visitante y exclamando:

—¡Qué! ¡señor marqués! ¡vos en mi casa!

—¡Sí, yo en vuestra casa! ¿Qué hay de extraño? ¿No os llamáis el conde de Rubini? No hago nada de más; sed menos impresionable y ofrecedme un sillón; ¡tendréis cosas que poderme contar!

El marqués de X... al que sólo conocemos por su correspondencia con Vibert, llevaba muy bien sus sesenta y cinco años. Tenía la figura más inteligente del mundo. En recuerdo de su pasado, enderezaba el cuerpo lo más posible á pesar de su ligera corvadera. Su traje era digno de él. El señor de X... había sido desde 1835 á 1848 el niño mimado de la Cámara de los pares. Se hablaba mucho de él y todo el mundo lo respetaba. Era el solo par de Francia que se había hecho popular. Se imprimían sus discursos y cuanto escribía lo leían con entusiasmo. Hablaba frecuentemente, constituyendo la alegría de sus colegas, que aplaudían su estilo y que lo escuchaban con placer extremo. De pronto se levantaba, y metiendo las manos en los bolsillos del chaleco, abordaba la cuestión de la orden del día.

—Pero, señor X... ¿por qué tomáis la palabra, puesto que no la tenéis?—le hacía notar el presidente.

—Señor presidente,—contestaba el marqués,—permitidme deciros que si la tuviera no me vería obligado á tomarla.

X

Un gran carruaje tirado por dos briosos caballos normandos se detenía una mañana delante de la puerta del *Hôtel des Princes*. Tan pronto como el lacayo saltó á tierra, fué á tomar las órdenes de la persona que se encontraba dentro del coche.

—Tenéis que saber,—dijo esta persona,—por medio de los criados del *Hôtel*, si el conde de Rubini vive aún aquí, y si está en este momento en casa.

El lacayo ejecutó esta orden con prontitud y volvió á contestar que el conde vivía en el *Hôtel* y que no se le había visto salir todavía.

—Entonces abrid la portezuela y ayudadme á bajar.—dijo el propietario del carruaje.—¿Os habéis informado del número de su habitación?—añadió mientras atravesaban el vestíbulo.

—Sí, señor marqués, es el núm. 4 del segundo piso.

—En el segundo, ¡diablo! Es un poco alto para mí; creo que la maldita gota me va á volver. ¡Bien! ¿ya hemos llegado al fin?

—Señor marqués, he aquí la puerta.

—Abre entonces en vez de hacerme esperar, ¡si crees que esto me gusta después de tal ascensión! Bueno, ahora vete, bajaré solo.

—Señor X... permitidme haceros observar que no estáis en lo fuerte, ni en la cuestión. Nos estáis hablando hace una hora de Inglaterra y no se trata de Inglaterra.

—Señor presidente,—replicaba el marqués siemtan tranquilo,—mi amor por los ingleses me trastorna, lo sabéis bien. Si hablo de ellos, es porque se encuentran mezclados en todos los asuntos.

—Pero no en éste.

—Os pido perdón, señor presidente; pero he encontrado un medio de mezclarlos.

A pesar de todas las interrupciones, continuaba discutiendo durante buen rato de la manera más interesante y pintoresca, todas las cuestiones de Inglaterra y desenvolviendo de un modo encantador tesis siempre nuevas.

Cuando el marqués de X... se hubo instalado cómodamente en un sillón, se volvió hacia Vibert y le dijo:

—¿Os imagináis poder suprimir mi folletín cotidiano, sin que yo me interese, sin que venga á reclamar la continuación? Durante un mes, siguiendo nuestro convenio, me habéis enviado todas las mañanas, para mi desayuno, las ocho columnas; me enviabais los menores detalles de ese asunto de la calle de la Paz; me iniciasteis en todos los hechos y gestos de la bella Julia Vidal y de ese amable intrigante llamado Savari. Me anunciasteis para el día siguiente la gran escena del cuchillo-puñal en el Café Inglés. Prometido esto, estando en lo más palpitante, ¡patapún! ni más folletín, ni más relato, ni más nada. La continuación en el próximo número, era una cuestión...

—¡Ah! si supierais, señor marqués,—interrumpió tristemente Vibert.

—¡Pardiez! Sabía algo, pero ahora uo sé nada; ¿qué ha sido de todos vuestros personajes? ¡Yo los aprecio ya! Vuestra Julia no habla mucho; vuestro Savari es un bonito producto de la sociedad corrompida que nos rodea; dadme noticias de todos.

—No sabré dáros las, señor marqués; hace una semana que no he visto á ninguno de los personajes de que me habláis.

—¡Me asombráis!—exclamó el marqués.—¿Y de vuestra misión qué habéis hecho?

—Mi misión consistía en buscar á un culpable, le he buscado y le he encontrado. ¿Creeréis sin duda que se trata de Savari?

—Indudablemente.

—Pues estáis en un error. Savari no es el culpable.

Entonces Vibert contó al marqués de X... cuanto saben nuestros lectores acerca de *Langlade* y *Soleil-Couchant*. Este relato, lejos de interesar al par de Francia, pareció ponerlo de muy mal humor.

—¡Bien! ¡he ahí un bonito resultado!—dijo cuando Vibert hubo cesado de hablar.—El asesino es sencillamente un presidiario. ¿Vamos! ¡un asunto que ofrecía ser tan interesante como original, convirtiéndose en la cosa más vulgar del mundo! ¡Savari y Julia volverán á sus habituales ocupaciones; no habrá más que un malhechor en presidio! ¡Vamos, hombre! ¡quién había de pensar en este resultado!

Después dirigiéndose á Vibert;

—Pero,—continuó,—si todo ha terminado, si

vuestro asesino está ya cogido y vuestro Savari blanco como la nieve, ¿por qué continuáis siendo el conde de Rubini, viviendo en este hotel y gastando trajes que eclipsan á los míos? ¿Es que habéis heredado?

—¡Válgame Dios! señor marqués,—dijo Vibert algo turbado,—estoy terminando de usar los trajes y termino en el hotel una quincena empezada que está pagada ya.

—¡Verdaderamente! mi pequeño protegido, creeréis que voy á dar fe á lo que acabáis de decirme; ¡vos! ¡usar sin utilidad estos ricos vestidos! ¡preferiríais mil veces venderlos á un ropavejero; ¡vos! ¿terminar una quincena en una habitación que debe costaros bastante caro? ¡Vamos! en primer lugar, aquí los departamentos se alquilan por días; además los dueños del hotel pondrían las manos en el fuego á que no os pasan la cuenta sino al veros partir... Mi querido Vibert, tenéis otros motivos para quedaros en esta casa y os lo diré.

— Pero, señor marqués...

—Los tenéis y sentís que os haya comprendido; ¡ con quién estáis al fin!

—¡ Oh! estoy con vos, señor marqués.

— Y tienes razón, hijo mío—dijo el señor de X... aproximándose á Vibert que prestó atención.— Veamos,— continuó en tono casi paternal, — cuéntame tus penas, esto te consolará. ¿ A quién mejor que á mí las dirías? No tienes ningún pariente ni amigo, no tienes ni aún querida; vives recogido, y tienes algún pesar que te hace sufrir bastante.

—¡ Oh, sí! — dijo el agente suspirando.

—¿ Ves cómo lo he adivinado? Vamos á ver, voy á darte un ejemplo de franqueza. No es solamente un sentimiento de curiosidad lo que me ha traído aquí; es el deseo de traer algún consuelo á tus penas; es que por tus cartas he visto agrandar poco á poco el mal que te hace sufrir; he comprendido que tú, tan expansivo otras veces, guardabas ahora silencio; sabes muy bien que te profeso un vivo interés, quiero volver á tu espíritu su bravura y picante originalidad. No te pareces al resto del mundo; bajo el antiguo régimen se hubiera hecho de ti un Louvois, Richelieu ó un Mazarín; en nuestros días, para aprovechar tus cualidades, has entrado en la policía, y has hecho bien; es una profesión como otra cualquiera. Vamos, habla, porque yo jamás terminaría; estoy muy hablador esta mañana.

—¿Qué queréis que os diga, señor marqués? Estoy profundamente agradecido...

—Basta; dejemos este capítulo del reconocimiento. Es preciso confesarme por qué estás aún en este hotel, ó mejor, ya te lo diré yo. Continúas llamándote el conde de Rubini, vistiéndote de *gentleman*, viviendo aquí, porque parece que yéndote á la calle de *l'Arbre-Sec*, volviendo á ser Vibert, pones un abismo más profundo entra ella y tú. ¿No es eso?

—Sí, — contestó simplemente Vibert.

—¿ La amas, pues?

—¡ Ah, si la amo! — exclamó de pronto. — La amo con todo el ardor de un corazón virgen, de una imaginación contenida hasta hoy, de un temperamento que se ignoraba y acaba de revelarse; no tengo usado el corazón y no lo tengo abierto á todos

los vientos; ninguna de las mujeres que he encontrado hasta el día le ha hecho latir; pasaban, y les volvía la cabeza... ¡—Ella! ella se me ha aparecido, y súbita metamorfosis se ha apoderado de mí; mi sangre es más ardiente, mi sistema nervioso está en más tensión. ¡A los treinta y seis años empiezo á vivir y tengo al fin todas las pasiones de un hombre. ¡Pero esas pasiones debo sofocarlas! La que las ha hecho nacer, no puede comprenderlas, no puede cusarlas... ¡ Ah! si supierais lo que se sufre al decir: *He ahí esa mujer que anhelo; está ahí, cerca de mí, la veo y no puedo tocarla.* Es, sin embargo, una mujer como las otras, más bonita y mejor que las demás, pero hecha á su imagen, mujer en toda acepción de la palabra. ¡No es una estatua, un mármol, un ídolo! ¡es una verdadera mujer!... Pero yo no soy un hombre como los demás, estoy construído de tal modo que se me pregunta si he nacido con vida; se me tomaría por una especie de... perfeccionado. ¡Las damas de la antigua Roma, que entraban en el baño delante de sus esclavos, me hubieran tratado del mismo modo!

—No creáis eso, amigo mío, — dijo el marqués, que quería dulcificar la situación, — quizá fuerais bien recibido.

—Pensáis eso, señor marqués; quisiera verlo.

—Yo también.

—No hay suplicio comparable con el mío, — continuó Vibert sin poner mientes á aquella nueva interrupción; — Tántalo mismo era el más feliz de los hombres, comparado conmigo; tenía hambre y sed, como yo. Quería morder los frutos suspendidos

sobre su cabeza, y los frutos se alejaban cuando tendía la mano. Yo quiero morder el amor, y éste se escapa cuando le grito: ¡Acabo de ser vencido por vos!... ¡ Ya veis si sufro!

El marqués escuchaba atentamente; se sentía rejuvenecer cerca de este hombre más fogoso y apasionado que cualquier joven de nuestros días á los veinte años. Él, que vivía en un mundo oficial, frío por temperamento y por cálculo, se sentía feliz con estar al lado de un ser tan ardiente y fuerte. Sus miembros, helados por la edad, entraban en calor poco á poco en aquel departamento del *Hôtel des Princes*; se preguntaba si no iba á ser de pronto cogido por el frío cuando volviera á la Cámara de los pares. Además, Vibert no le era indiferente; algún lejano recuerdo, algún misterioso rasgo de unión había quizá entre el gran señor, el millonario, el par de Francia y el pequeño empleado de la prefectura. El marqués sufría al ver sufrir á su protegido, y por lo tanto quiso tratar de poner remedio á sus dolores.

— Yo no soy, — le dijo, — uno de los que propinan consejos, como por mi edad parezco indicado; no os diré que es preciso vencer vuestras pasiones y defender vuestro corazón de sus latidos; sé bien que esto no os parecería lo mejor. Tampoco os daré la ventaja de las esperanzas, que serían peligrosas y en las cuales jamás he creído. Es difícil, en efecto, que la señora Vidal pueda amaros, no por falta de vuestras imperfecciones, que exageráis, sino á causa de vuestra posición con respecto á ella; no está acostumbrada á ver en vos un hombre; habéis sido

para ella un medio, un agente, una cosa; si no se tratase más que de un vicio de conformación física, se podría esperar. La mujer quiere mejor, mientras nosotros no tenemos más que una preocupación, saber si ella es bonita, ella busca frecuentemente nuestras cualidades morales y se prenda más bien del fondo que de la forma. Nosotros somos siempre más ó menos materialistas; ellas son más espirituales. Una mujer como la en que os habéis fijado no transige con ciertas defectuosidades morales; puede enamorarse de un malhechor si su imaginación es ardiente y desesperada, pero no se enamora de un desgraciado que ocupa una posición inferior á la suya y que ejerce un oficio más ó menos reprobado.

El marqués había olvidado su gota hacia un instante; se levantó, tomó el brazo de Vibert, y obli- gándole á pasearse con él por el salón, continuó en estos términos:

— Ya lo véis, os hablo con franqueza, casi con rudeza, si queréis, como es mi deber el hacerlo así, como tengo derecho á ello; pero puedo daros algún consuelo. ¿Qué es lo que sobre todo hace sufrir en amor? Es el decir; *Esa mujer que deseo ardientemente, pertenece á otro; no puedo hacerme amar, y ella le adora.* Nada parecido existe con la señora Vidal; entregada por completo al recuerdo de su marido, su corazón es insensible á todas las seducciones.

Vibert se detuvo de pronto, dejó caer el brazo sobre el que se apoyaba el marqués y dijo brusca- mente:

—¿Deseáis hacerme hablar, no es así?

—¿Yo? — dijo el señor X... asombrado.

— Me decís, — repuso Vibert, — pongamos el dedo sobre esta llaga nueva y mostrémosla como hemos mostrado las otras.

— Lejos de mí ese pensamiento, amigo mío; ¿á qué llaga aludís?

— A la que me ha hecho sufrir más cruelmente; creí que lo habíais adivinado; dispensadme, señor, me he equivocado.

— Estáis dispensado; pero terminad de abrir vuestro corazón. No debéis confesar á medias; todos los dolores me pertenecen.

— Señor marqués, — exclamó Vibert, — estoy celoso, horriblemente celoso.

— ¿Y de quién?

— De Savari.

— ¿De Savari!... ¿Ella le ama?

— ¡Le amaré!

— ¡Es posible! ¿Qué os impulsa á creerlo?

— Todo, señor, todo. ¡Ah! no conocéis á ese Savari; es buen mozo, guapo, elegante y distinguido; se expresa bien; conozco todas sus cualidades, y un hombre así consigue cuanto quiere.

— Pero ese hombre, ella ha debido odiarlo; ¿no era para ella el asesino de su marido?

— Pero no lo es.

— No se pasa tan pronto del odio al amor.

— Perdonad, señor marqués, y vos lo sabéis mejor que yo; precisamente, del odio se pasa al amor; existe un proverbio del que os hago gracia, que así lo dice. ¡Ah! si Savari le hubiera sido indiferente, tendríais razón. No se enamora una de un hombre, de pronto. ¡Yo no tengo ninguna cualidad, como vos

decís muy bien; él las tiene todas! Pensad que ella tiene faltas cometidas con él; que ha sospechado injustamente de una infamia, y que querrá reparar sus faltas, y no se sabe dónde puede detenerse una mujer puesta en el camino de las reparaciones.

—¡Sea! Consiento,—replicó el señor de X...;—pero amigo mío, ¿olvidáis que la señora Vidal es una honrada mujer, que amaba á su marido y que se conservará mucho tiempo fiel á su recuerdo?

—He ahí el error, señor marqués; la señora Vidal no ha amado á su marido.

—¿Qué me decís?

—Lo que no debéis dudar. ¿No soy observador por oficio y por temperamento? Ella habitaba en Génova, entre su familia, cuando Mauricio Vidal llegó, la vió y la pidió en matrimonio; ella consintió en casarse porque era un partido ventajoso, además iba á vivir á Paris, que es el sueño dorado de todas las extranjeras, y por último, el primer hombre que hace la corte á una joven tiene grandes ventajas en pro. Ella tomó por amor lo que después de todo no era más que un sentimiento de curiosidad, terminado por un honrado lazo, cuando aún el verdadero amor de su marido no había empezado á sentirlo. Mauricio Vidal, hombre sensato, hubiera encontrado peligroso exaltar una imaginación ya demasiado viva; quizá, ni él mismo hubiera pensado jamás en ello; de un carácter un poco seco, de un natural frío, sabía amar con cordura, honestamente, pero debía ignorar los desórdenes de la pasión. No había exigido de su mujer lo que él no podía darle.

—¿Cómo explicáis entonces,—preguntó el mar-

qués,—la violenta desesperación de la señora Vidal, cuando la muerte de su marido y esa exaltación tan notada por vos en su casa?

—No he pretendido, señor marqués, que la señora Vidal estuviese exaltada; he dicho que se había visto obligada á contener aquella exaltación; también ha encontrado, para vengar la muerte de Mauricio Vidal, ardores tanto más vivos cuanto que ellos habían estado largo tiempo sofocados. Hoy deja de buscar á ese asesino que no puede esperar, renuncia á su venganza; pero es preciso que su exaltación se alimente, y Savari está allí.

Después de un instante de silencio, el marqués dijo á Vibert:

—¿Qué pensáis hacer ahora?

—¡Oh! no sé nada,—respondió,—cuento sufrir; ¡es una famosa ocupación!

—¿Tendriais el proyecto de continuar viviendo en esta habitación?

—Sí, en tanto que pueda disponer de un poco de dinero.

—¿Trataréis de ver á la señora Vidal?

—Volverla á ver, ¡oh! ¡sí! hablarla, no; ¿con qué fin? Ya no tiene necesidad de mis servicios.

—No os comprendo; ¿cómo podéis volverla á ver y no hablarla? Os pondréis en su camino, os...

—No,—dijo Vibert interrumpiendo al marqués;—iré á su casa.

—¿Entonces?

—Puedo verla sin que ella se aperciba, sin que lo note, sin que sospeche mi presencia á su lado. El día que alquilé la habitación para ella, me reservé

una llave; sí, tengo mi habitacioncita en la calle de Grammont, como el enamorado de *Esméralda* la tenía en *Notre-Dame*.

—Piensas en todo.

—Pensaba entonces en sorprender las confidencias de Savari. Pienso ahora en...

Y se detuvo.

—Continúa,—dijo afectuosamente el marqués.

—¡Sorprender su amor!—terminó Vibert.—¿No es ese mi destino? ¿Puedo vivir por mi cuenta? ¿No debo vivir de la vida de los demás?

—¡Cómo! ¿Tendrás valor?...

—Sí; escuchad. El departamento de la señora Vidal comunica directamente, por un lado, con la alcoba y un gabinetito; pero en el fondo, á la derecha de la chimenea y frente al sofá en que ella se sienta habitualmente, hay una puerta vidriera que está cerrada por ambos lados con cerrojos. Paso por la portería, y creen que subo á casa de la señora Vidal y nadie se ocupa de mí; en vez de tomar por la escalera principal, tomo por una de servicio; abro una puerta, cuya llave ya os he dicho me he proporcionado, entro en un corredor y me encuentro á la puerta vidriera en cuestión. Entonces me escondo en un rincón, aplico el ojo á una pequeña abertura que con tiempo practiqué, y veo sin ser visto, oigo sin que se me oiga, porque contengo el aliento y comprimo el corazón con ambas manos para impedir que sus latidos me denuncien.

—¡Pero desgraciado, eso es una locura!

—¡A fuerza de sufrir llegaré quizá á agotar mi dolor!

—Renuncia á esos proyectos insensatos,—dijo el marqués.—La misión que se te había confiado, está terminada, gracias á tu inteligencia; el asesino de Mauricio Vidal ha sido habido. Este asunto está terminado, pues; no es ya del dominio de la policía; sólo á la Justicia pertenece mezclarse en él. Vuelve á tus ocupaciones de otras veces; vuelve á la calle de *l'Arbre-Sec* y á tu oficina de la calle *Saint-Honoré*, que no debías haber dejado.

—No podría entrar en mi oficina,—dijo Vibert,—y trabajar; mi pensamiento estaría lejos de allí.

—¿Prefieres dejar París, Francia, viajar, correr mundo? Yo no sé qué hacer de mi fortuna; tanto dinero me estorba. No tengo que aumentar la herencia de mi sobrino; parte, y te señalaré una pensión proporcionada á tus necesidades.

—¡Oh! ¡señor marqués, cuán bueno sois!—dijo Vibert.

—¡Eh! no, yo no soy bueno; te amo, he ahí todo, imbécil. Veamos. ¿Aceptas?

—No, señor marqués; tendré bastante fuerza para sufrir, nunca tendría valor para alejarme de ella.

—¡Vete al diablo entonces!...—exclamó el marqués tomando el sombrero.

—Es un buen consejo: le seguiré;—dijo Vibert, que acompañó respetuosamente á su protector hasta la puerta de la calle.

como una aventurera! ;Tengo un nombre, un nombre honrado! Debo volverle á tomar. Hablaré, es preciso que hable.

No hablaba y continuaba engañando por no confesar que había engañado otras veces.

Ambos continuaban la vida de antes, solamente que Vibert no venía á turbar sus entrevistas. Esta súbita desaparición preocupó un instante á Savari, cuyos motivos preguntó á Julia que se turbó y no contestó. Savari creyó no deber insistir y pensó naturalmente que el conde, en quien había creído notar cierta propensión á los celos, se mantenía frío, por su causa, con su parienta.

Todos los días, á cosa de las dos de la tarde, llegaba á casa de Julia, y no la abandonaba hasta la hora de comer. Sentado cerca de ella en el sofá del salón, hablaba de su juventud, de su entrada en la vida activa, de sus luchas y de sus decepciones. Trataba de hacerla aprender á conocerle, ó mejor aún, á juzgarle, como no se le juzgaba habitualmente.

—Se me reprocha, — le decía, — el vivir al día, hoy, de no tener todavía una posición en el mundo, de no tener grandes rentas, de no ejercer algún destino, de ser inútil para todos, principalmente para mí. Tienen razón, si tuviera que volver á empezar la vida, seguiría otro camino completamente distinto. ¿Pero no se debiera tener en cuenta también los obstáculos sin cuento que he encontrado en mi camino? He entrado en la vida, sin protector, sin familia, sin amigos, con algunos miles de francos por todo patrimonio. Hubiera debido trabajar; ¿pero me habían dado los hábitos del trabajo? No. Apenas si mi ma-

XI

Si natural era, como había hecho observar el marqués de X... que Vibert dejara el *Hôtel des Princes*, también lo hubiera sido, y más aún, que Julia Vidal volviese á su habitación de la calle de la Paz. ¿No estaba alojada en la calle de Grammont con el solo objeto de recibir á Savari y ocultarle su pasado? ¿Por qué tanto misterio ahora? ¿Por qué no volver á tomar su verdadero nombre y volver á una morada aun impregnada de recuerdos queridos de su corazón?

— *Se os había arrestado,* — hubiera podido decir á Savari, — *por ser sospechoso de un crimen; me he metamorfoseado para obtener la prueba de vuestra culpabilidad. Hoy, vuestra inocencia es reconocida y os pido perdón de mis odiosas sospechas; vuelvo á ser Julia Vidal.*

No se atrevía á tener tal lenguaje, tenía miedo de poner á Savari en una posición demasiado falsa y penosa delante de ella. Temía quizás también tener que enrojecer delante de él por todas sus mentiras pasadas. Sin embargo, se decía: *¡Esto no puede durar; es preciso que sepa quién soy; no quiero continuar representando esta eterna comedia y conducirme*

como una aventurera! ;Tengo un nombre, un nombre honrado! Debo volverle á tomar. Hablaré, es preciso que hable.

No hablaba y continuaba engañando por no confesar que había engañado otras veces.

Ambos continuaban la vida de antes, solamente que Vibert no venía á turbar sus entrevistas. Esta súbita desaparición preocupó un instante á Savari, cuyos motivos preguntó á Julia que se turbó y no contestó. Savari creyó no deber insistir y pensó naturalmente que el conde, en quien había creído notar cierta propensión á los celos, se mantenía frío, por su causa, con su parienta.

Todos los días, á cosa de las dos de la tarde, llegaba á casa de Julia, y no la abandonaba hasta la hora de comer. Sentado cerca de ella en el sofá del salón, hablaba de su juventud, de su entrada en la vida activa, de sus luchas y de sus decepciones. Trataba de hacerla aprender á conocerle, ó mejor aún, á juzgarle, como no se le juzgaba habitualmente.

—Se me reprocha, — le decía, — el vivir al día, hoy, de no tener todavía una posición en el mundo, de no tener grandes rentas, de no ejercer algún destino, de ser inútil para todos, principalmente para mí. Tienen razón, si tuviera que volver á empezar la vida, seguiría otro camino completamente distinto. ¿Pero no se debiera tener en cuenta también los obstáculos sin cuento que he encontrado en mi camino? He entrado en la vida, sin protector, sin familia, sin amigos, con algunos miles de francos por todo patrimonio. Hubiera debido trabajar; ¿pero me habían dado los hábitos del trabajo? No. Apenas si mi ma-

XI

Si natural era, como había hecho observar el marqués de X... que Vibert dejara el *Hôtel des Princes*, también lo hubiera sido, y más aún, que Julia Vidal volviese á su habitación de la calle de la Paz. ¿No estaba alojada en la calle de Grammont con el solo objeto de recibir á Savari y ocultarle su pasado? ¿Por qué tanto misterio ahora? ¿Por qué no volver á tomar su verdadero nombre y volver á una morada aun impregnada de recuerdos queridos de su corazón?

— *Se os había arrestado,* — hubiera podido decir á Savari, — *por ser sospechoso de un crimen; me he metamorfoseado para obtener la prueba de vuestra culpabilidad. Hoy, vuestra inocencia es reconocida y os pido perdón de mis odiosas sospechas; vuelvo á ser Julia Vidal.*

No se atrevía á tener tal lenguaje, tenía miedo de poner á Savari en una posición demasiado falsa y penosa delante de ella. Temía quizás también tener que enrojecer delante de él por todas sus mentiras pasadas. Sin embargo, se decía: *¡Esto no puede durar; es preciso que sepa quién soy; no quiero continuar representando esta eterna comedia y conducirme*

dre se ocupaba de mí; no pensaba más que en las fiestas que la reclamaban sin cesar; no la acuso, me amaba á su manera; pero en ciertas posiciones no debiera descuidarse la educación de los niños... ¡Si supierais qué espectáculo tenía ante mi vista, qué existencia tan desodernada presenciaba! ¡Qué irregularidad en nuestro modo de vivir!... Un día se era rico, al siguiente pobre; se daba un baile que llamaba la atención; todos los periódicos daban cuenta de él; todo París quería hacerse invitar. Se bailaba, se cenaba hasta la mañana, que cada uno partía, muy contento, y cuando no había nadie en los salones, mi madre reunía sus alhajas y trajes y los enviaba al monte de piedad para pagar la cuenta del tapicero y demás que no fiaban. ¡Cuántas veces he almorzado como un príncipe y cenado tan sólo una manzana cruda! ¡Qué lindo contraste en medio de tanto desorden! ¡Cómo se entrelazan la fortuna y la miseria!... ¡Y los acreedores! ¡Ah! ¡los acreedores cuando amenazan y echan mano de los tribunales!... ¡En fin, teniendo en cuenta el constante ejemplo que veía, que no podía por menos que hacer mella en mi joven imaginación, no me doy cuenta ni de cómo he podido salir y llegar hasta ahora! Sin consejos, en libertad absoluta, he vivido como siempre vi vivir á mi alrededor; he vivido mal hasta el día en que os he encontrado. Solamente entonces he comprendido lo que se llama honradez, he comprendido el verdadero amor.

—¿Ahora, trabajáis? — le preguntó afectuosamente Julia.

—Todavía no; pero busco.

—¿Cómo vivís? Tengo derecho á interrogaros en esta forma, porque soy vuestra confidente.

—¡Oh! — contestó, — en este momento no tengo necesidad de gran cosa para vivir. Ya no necesito, como antes, llevar los bolsillos llenos de luises; ya no deseo mostrarme en el Bosque de tres á cinco, en Tortoní hacía las seis, en la Opera por la noche. Despierto, y el primer pensamiento es preguntarme: ¿A qué hora la veré hoy? Entonces me visto y desayuno sobriamente; me paseo por los boulevares, cerca de vuestra calle, hasta el momento en que puedo subir aquí. Estoy con vos hasta que me despedís y pienso en vos el tiempo que me queda.

Entonces Julia trató de hablarle como una amiga, como una hermana. Le decía que debía pensar en su porvenir, y combatir un amor del que ella no podía participar.

—Me sois simpático, — le confesaba, — no puedo ocultároslo; creo, en efecto, que no sois enteramente responsable de vuestra vida, y que habéis sido juzgado muy severamente; merecéis otra reputación. Os agradezco que hayáis tenido conmigo la franqueza de mostrarme un pasado que hubiera siempre ignorado sin vuestras confidencias. Os estimo con todas vuestras circunstancias; pero sólo la estimación, la amistad, puede existir entre nosotros; el amor debe suprimirse en nuestro programa, no debe existir en nuestros relaciones. Como vos, estoy sola en el mundo. Estoy lejos de mi familia y amigos; respetad las lágrimas que vierto todavía.

Y prometía todo lo que ella quería, ó mejor dicho, todo lo que creía querer. Le hacía el juramento

de contentarse con lo que ella le ofrecía y de no hablarle jamás de amor, y, un instante después de haber jurado, faltaba al juramento. De este modo transcurría su vida, cuando un accidente fácil de prever vino á modificarla.

Desde la muerte de su marido, Julia Vidal había tomado la costumbre de leer los periódicos; tenía el interés de estar al corriente de todo lo que pudiera decirse con respecto al crimen de la calle de la Paz. Una mañana, el periódico que estaba leyendo, cayó de sus manos, y exclamó:

— ¡Es una infamia!—y llamó á Marieta.

— ¡Lee,—dijo vivamente,—lee lo que los periodistas franceses tienen la osadía, la impudencia de escribir!

Hablando así, designaba un hecho diverso, que se relacionaba con la cuestión del proceso de Langlade, próximo á juzgarse. Se contaba cómo había sido cometido el crimen. *Langlade*, decía el artículo, *vivía hacia algunos años con una mujer llamada de apodo Soleil-Couchant, de la que estaba locamente enamorado. Había encontrado á Mauricio Vidal en casa de ella, le había seguido y matado en un acceso de celos.*

Julia, pálida de indignación, arrancó el periódico de las manos de Marieta, y después de haberlo recorrido, exclamó:

— ¡En nuestro país se vengarían cruelmente del hombre que hubiera osado escribir semejante calumnia! ¡Qué! ¡Dejar oír que mi marido hubiera sido el amante de una mujer como ésa! ¡Que se hubiera encontrado en casa de ella la víspera del día en que

me esperaba!... ¡Quiero dar un mentís bien claro á este artículo! ¡Me hiere en lo que tengo de más querido en el mundo!

Se volvió hacia Marieta y le dijo:

— Vísteme, voy á la administración del periódico.

El redactor al que la señora Vidal se dirigió una hora después, sin nombrarse, le aseguró que estaba muy bien enterado, que tomaba las noticias directamente del palacio de justicia y que tenía la convicción de que no le engañaban.

En seguida, Julia se dirigió al palacio de justicia y pidió ser introducida en el despacho del señor Gourbet.

— Señora,—le dijo éste cuando Julia hubo explicado lo que la llevaba,—la noticia que os desola, con razón, no emana ni de mis colegas, ni de mí; no tenemos la costumbre de dar á los periódicos detalles sobre los procesos que instruimos; antes, por el contrario, deploramos ciertas indiscreciones, frecuentemente peligrosas. En fin, la indiscreción se ha cometido, el golpe se ha dado; no puedo más que sentirlo y deplorarlo como vos sinceramente, y compadeceros.

— ¡Cómo, compadecerme! no hay que compadecerme. Este artículo no me hace experimentar ningún dolor, en el mero hecho de que es mentira. Excita sensiblemente mi indignación.

El señor Gourbet guardó silencio.

— ¡No me contestáis?—dijo la señora Vidal.— ¿Creéis, por ventura, la estupenda historia que cuenta este diario?

— Señora, dijo después de un instante de reflexión

el juez instructor,—si la verdad pudiera estar siempre oculta, si no la hubierais de saber, creedme que á pesar de vuestras instancias, no contestaría á vuestra pregunta. Desgraciadamente el proceso de este Langlade será juzgado dentro de poco tiempo; estaréis directamente mezclada hasta en los menores detalles de este asunto, y os serán revelados; es preciso, pues, confesároslo hoy; el artículo de que os quejáis dice la verdad.

—¿Qué! señor, —exclamó Julia,—¿mi marido iba durante mi ausencia á casa de esa criatura?

—Algunos minutos después de haber salido de su casa fué muerto.

—¿Es imposible!

—Es demasiado verdad.

—¿Tenéis la prueba de lo que decís?

—¡Ay! sí, señora; yo, como sabéis, soy el encargado de la instrucción del sumario.

Durante tres días, Julia se negó á recibir á Savari. Sin embargo, no estaba encerrada en su casa; salía á varios asuntos. Iba á la iglesia de Saint-Roch, donde desde la muerte de su marido, tenía la costumbre de llevar una vela todas las mañanas. Solamente que en vez de quedarse orando, como otras veces, todo el tiempo que ardía la vela, encargó á uno que la llevara todos los días y pagó un mes adelantado, y no tuvo necesidad de volver.

Se fué en seguida con Marieta á la calle de la Paz, hizo poner en los baúles mil objetos que la pertenecían y que no había llevado á la calle de Grammont. Después encargó al portero que vendiera los muebles y alquilara la habitación.

Por fin, fué al cementerio del *Père-Lachaise* á hacer su visita matinal y cotidiana. De ordinario, antes de esta visita, se detenía en casa de una de las primeras floristas de París y la compraba un ramo de violetas de Parma, rodeado de una guirnalda de rosas. Eran las flores preferidas de Mauricio, y había tenido el piadoso pensamiento de depositar todos los días sobre su tumba un ramo parecido á los que él le había dado otras veces. Esta vez se limitó á poner sobre la tumba de su marido la clásica corona de siemprevivas.

Al cabo de tres días, Savari, pálido y descompuesto, fué al fin introducido cerca de Julia.

—¡ Ah! exclamó,—¿por qué me habéis privado de vuestra presencia? ¿Por qué?...

Ella le interrumpió diciéndole:

—No me lo reprochéis. Sería injusto; no tenéis motivos para reprochármelo; os lo juro.

XII

Al atravesar uno de los corredores de la prefectura de policía, en donde tenía obligación de presentarse de cuando en cuando, Vibert se encontró un día con el jefe de seguridad.

—¡Y bien!—le dijo éste, abordándolo,—¿no me contáis nada de nuevo?

—¿Que entendéis por eso?—preguntó Vibert.

—Por poco se nos escapa Langlade.

—¿Ha tratado de escaparse?

—Ha estado á punto de morir.

—Le hubiera valido más, al pobre diablo.

—Por él, quizá; pero por nosotros no. No hubiera faltado quien hubiese dicho que lo habíamos matado ó dejado escapar; se trata de un proceso importante, y el parisiense no se compadece cuando se le suprimen las emociones y los placeres. Felizmente Langlade está ya curado.

—¿Qué ha tenido?

—Una especie de golpe de sangre ó transporte a cerebro, á consecuencia de la entrevista que vos creísteis deberle proporcionar con su querida.

—¿Es por eso por lo que han tardado tanto en juzgarle?

—Evidentemente; nosotros pedimos que se nos desembarace de él lo antes posible. No es un preso cómodo; es necesario vigilarlo mucho.

—¿Y comete todavía actos de violencia?

—No; está ahora muy tranquilo, muy abatido. Pero se nos ha advertido que no nos fiemos de él, y se esté siempre en guardia.

—¿Adónde se le ha trasladado?—preguntó el agente de policía.

—A ningún lado. Está en la Conserjería; preferimos tenerlo á la vista; y ya que estáis aquí debierais ir á verle.

—¡Yo! y ¿por qué?

—Porque ejercéis una especie de influencia sobre él; ya lo habéis probado, y es probable que consigáis que conteste á las preguntas del juez de instrucción.

—¿No contesta? Lo había previsto.

—Ha sido imposible, desde el principio del sumario,—repuso el jefe de seguridad,—arrancarle no ya una confesión, sino que ni una palabra.

—Ha hablado otras veces; esto basta.

—Valdría más que hablara ahora; sería mejor que no persistiera en su mutismo ante el jurado.

—¡Oh!—dijo Vibert,—no os quepa de ello la menor duda; persistirá en él; cuando entra una idea de ese calibre en su cabeza, difícilmente la desecha.

—Creo que vos sacaríais algo en limpio; ¿queréis probarlo?

—No veo en ello obstáculo alguno; digo solamente que es inútil.

—Venid conmigo, voy á conducirlos.

Langlade, cuando Vibert entró en su celda, estaba tendido sobre la cama, de cara á la pared. Poco habituado á recibir visitas, pensó probablemente que un vigilante de la prisión venía cumpliendo con su servicio.

Entonces Vibert marchó directamente hacia su lecho y tocándole en el hombro le dijo:

—¡Hola amigo! ¿Con qué habéis estado enfermo?

Langlade se volvió; su rostro, todavía muy pálido, coloreó; sus ojos, muy debilitados por la enfermedad, brillaron y dijo á Vibert:

—¡Eres tú! me alegro verte; ¿cómo tienes la rodilla?

—¡Oh! no hablemos de esa miseria,—contestó el agente de policía,—hace mucho tiempo que ha pasado. Vamos á ver tu ánimo como está; durante tu enfermedad al menos, has podido olvidar...

—Sí, dijo Langlade tristemente; —pero hoy la quiero más.

—¿Piensas todavía en esa criatura que te ha hecho sufrir tan cruelmente?

—Sí, siempre.

—¿Es que por casualidad la amas aún?

—¡Sí—contestó Langlade sin vacilar.—¿Esto te asombra?—añadió al cabo de un instante.

—Yo,—dijo Vibert,—me asombro de tu estupidez. ¡Vamos! ¡Me asombro de tu persistencia en amar á quien no te ama! ¿Pero, has sido siempre así, amigo? Adoras á *Soleil-Couchant* porque se ha conducido contigo de la manera más odiosa. Si fuera muy afable, muy buena, muy casta; si viniera á hacerte una visita todas las mañanas y á traerte

un ramito de violetas, no tardarías en aborrecerla. Reflexiona, pues; si se amara siempre y se fuera siempre amado, se sería demasiado feliz, la vida se reasumiría en un gran abrazo y en un beso eterno.

—¿La has visto?—preguntó Langlade que esperaba con impaciencia hubiese terminado Vibert con sus aforismos para digirirle esta pregunta.

—No,—contestó el agente de policía,—ni por casualidad.

—¿Dónde está en este momento?

—No sé absolutamente nada.

—He querido,—dijo Langlade,—interrogar á los vigilantes sobre esto y se han negado á contestarme.

—Esto no debe extrañarte; los vigilantes de las cárceles, en general, no son muy comunicativos. Sin ir más allá, tú mismo no abusas mucho de la discusión.

—¡Sí,—dijo Langlade;— se me quiere hacer hablar, y no quiero por eso! ¿Es que acaso traes tú la misma intención?

—Yo no tendría inconveniente, en tu lugar, en contestar á las preguntas del juez de instrucción; es una bella persona y no debe contrariársele.

—Yo me callo.

—Estás en tu derecho, la desventaja es tuya, puesto que te niegas, á hablar con él.

—¿Qué quieres que le diga? Me pregunta tantas cosas de las que no entiendo una palabra, me exige detalles de la manera como he matado al señor de la calle de la Paz; prefiero no hablar de eso y he tomado mi partido callándome, haciéndome el mudo.

—¿Has conferenciado al menos con tu abogado?

—¡Mi defensor! me he negado á bajar á la comunicación cuando ha venido.

—¿Cómo te defenderá, pues?

—¡No tengo necesidad de que me defiendan!— exclamó vivamente Langlade.—Que me dejen tranquilo todos, se me condenará á pesar de todo lo que yo diga y haga.

—¡Sin embargo, hombre!—repuso Vibert.

—Vamos, no vengas ahora con retóricas; tú mismo me has dicho otras veces, que mi asunto era de los más claros.

—He podido engañarme,—hizo observar el agente de policía,—tu causa es detestable, cierto es, dados tus antecedentes, pero un abogado hábil puede hacer ver que no había premeditación por tu parte, que solamente has obedecido á un sentimiento de furor y de celos que te ha hecho perder la razón. Además existen en Francia jurados que no quieren la pena de muerte y que tienen siempre en cuenta las circunstancias atenuantes.

—¡Eh!—exclamó Langlade,—no quiero circunstancias atenuantes; ¡si no puedo vivir más con *Soleil-Couchant*, prefiero morir!

—¡Como quieras; has tomado el partido de no defenderte, sea! Es un suicidio como otro cualquiera; vamos, ¡adiós! ¿Tienes necesidad de alguna cosa? Quieres tabaco?

—No, gracias, no fumo.

—Claro; no tienes vicios.

—Quiero, sin embargo, que me prestes un gran servicio,—dijo Langlade, mientras Vibert se dirigía á la puerta para llamar al vigilante.

—Sé lo que vas á pedirme,—replicó el agente de policía, volviéndose.—¿Quieres noticias de *Soleil-Couchant*? Las pediré.

—¡Ah!

—¡Sea!

—¿Le hablarás de mí?

—Todo el tiempo.

—¿Y si ella te dice algo bueno?

—Vendré á participártelo. ¡Adiós!

—Hasta la vista,—dijo Langlade.

La puerta se cerró.

ese desgraciado? Si es condenado á la pena capital, sufriría más cruelmente mis confianzas; si es condenado al presidio y se escapa, Soleil-Couchant lo matará á disgustos.

Sin embargo, Vibert deseaba cumplir por una parte la promesa hecha á Langlade, de adquirir noticias de *Soleil-Couchant*.

—Está en libertad hace quince días, — le contestó el jefe de seguridad, — pues sólo había sido arrestada por un simple delito, y nos hemos apresurado á concederle la libertad como recompensa á la denuncia que hizo de su amante. En cuanto á la cuestión del asesinato, es evidente que no podía ser cómplice de Langlade; comparecerá en la Sala el día de la vista simplemente como testigo; era inútil tenerla aquí por más tiempo, á costa del Estado.

—¿Sabéis lo que ha sido de ella, después de haberla puesto en libertad? — preguntó Vibert.

—Ciertamente; no la hemos perdido de vista por completo, y si deseáis verla, ahora vive, — dijo el jefe de seguridad consultando un registro, — calle de *Trois-Frères* esquina á la de *Saint-Lazare*.

—¿En una casa amueblada sin duda? — preguntó Vibert.

—Nada de eso; tiene muebles suyos y bonitos; ¡es demasiado linda para no encontrarlos!

En efecto, como aseguraba el jefe de seguridad, *Soleil-Couchant* había encontrado, desde su salida del depósito, la ocasión de que gustaran sus rojos cabellos y que le proporcionaran habitación, muebles comprados á un tapicero y pagados al contado; no se parecían en nada al mobiliario que Langlade

XIII

Vibert, después de haber dejado á Langlade, fué á dar cuenta de su visita al jefe de seguridad.

—Como había previsto, — le dijo, — no he podido decidirle á que hable; es probable que no conteste á las preguntas que le dirija el mismo presidente de la sala.

Vibert hubiera podido añadir:

—Tengo, es verdad, un medio infalible para arrancarlo del obstinado silencio en que se ha encerrado diciéndole: *Soleil-Couchant, á la que acabo de ver, está desolada al ver tu conducta; se ha convencido de que te ama, después de haberse separado de ti. Te ruega la perdones y que te defiendas, en la esperanza de que sólo se te enviará al presidio, de donde te escaparás, como tienes por costumbre, para reunirte á ella.*

Langlade hubiera ciertamente dado fe á estas palabras: pero Vibert no quiso emplear semejante medio. Había tenido tiempo de juzgar á *Soleil-Couchant* y sabía que no era mujer que cambiase de opinión; lejos de desear la libertad de Langlade, hubiera contribuido con toda su alma á una condena de muerte que la libertaría para siempre.

—*Por qué,* — se devía — *querer volver á la vida á*

ese desgraciado? Si es condenado á la pena capital, sufriría más cruelmente mis confianzas; si es condenado al presidio y se escapa, Soleil-Couchant lo matará á disgustos.

Sin embargo, Vibert deseaba cumplir por una parte la promesa hecha á Langlade, de adquirir noticias de *Soleil-Couchant*.

—Está en libertad hace quince días, — le contestó el jefe de seguridad, — pues sólo había sido arrestada por un simple delito, y nos hemos apresurado á concederle la libertad como recompensa á la denuncia que hizo de su amante. En cuanto á la cuestión del asesinato, es evidente que no podía ser cómplice de Langlade; comparecerá en la Sala el día de la vista simplemente como testigo; era inútil tenerla aquí por más tiempo, á costa del Estado.

—¿Sabéis lo que ha sido de ella, después de haberla puesto en libertad? — preguntó Vibert.

—Ciertamente; no la hemos perdido de vista por completo, y si deseáis verla, ahora vive, — dijo el jefe de seguridad consultando un registro, — calle de *Trois-Frères* esquina á la de *Saint-Lazare*.

—¿En una casa amueblada sin duda? — preguntó Vibert.

—Nada de eso; tiene muebles suyos y bonitos; ¡es demasiado linda para no encontrarlos!

En efecto, como aseguraba el jefe de seguridad, *Soleil-Couchant* había encontrado, desde su salida del depósito, la ocasión de que gustaran sus rojos cabellos y que le proporcionaran habitación, muebles comprados á un tapicero y pagados al contado; no se parecían en nada al mobiliario que Langlade

XIII

Vibert, después de haber dejado á Langlade, fué á dar cuenta de su visita al jefe de seguridad.

—Como había previsto, — le dijo, — no he podido decidirle á que hable; es probable que no conteste á las preguntas que le dirija el mismo presidente de la sala.

Vibert hubiera podido añadir:

—Tengo, es verdad, un medio infalible para arrancarlo del obstinado silencio en que se ha encerrado diciéndole: *Soleil-Couchant, á la que acabo de ver, está desolada al ver tu conducta; se ha convencido de que te ama, después de haberse separado de ti. Te ruega la perdones y que te defiendas, en la esperanza de que sólo se te enviará al presidio, de donde te escaparás, como tienes por costumbre, para reunirte á ella.*

Langlade hubiera ciertamente dado fe á estas palabras: pero Vibert no quiso emplear semejante medio. Había tenido tiempo de juzgar á *Soleil-Couchant* y sabía que no era mujer que cambiase de opinión; lejos de desear la libertad de Langlade, hubiera contribuido con toda su alma á una condena de muerte que la libertaría para siempre.

—*Por qué,* — se devía — *querer volver á la vida á*

había un día graciosamente ofrecido á su querida, á expensas de un propietario de los alrededores de París.

Esta largueza, de la que *Soleil-Couchant* disfrutaba de pronto, era debida á la generosidad de un joven inglés recién llegado á la capital de Francia. He aquí lo que había pasado. La puerta de la Conserjería se abrió, y apenas se encontró en la calle *Soleil-Couchant*, arrojó á su alrededor una de esas miradas de asombro y turbación de todo preso que se encuentra en libertad; de pronto fué abordado por un joven de aspecto pintoresco, dado lo casi ridículo de su traje; sólo diremos que iba á la última moda inglesa: grandes y largos zapatos, con pantalón sumamente ceñido y corto.

— ¡Ah! *miss*, — exclamó con un acento británico de lo más pronunciado, — no se me había engañado *moá*; *sois very beautiful!*

Soleil-Couchant miró al insular y se echó á reír.

— ¡Pues bien! ¡si soy *very beautiful*, vos sois ricamente feo!

— *Very well, perfectly*, — dijo el inglés; — pero yo soy el hijo de lord B... y gozo de una renta de cinco mil libras esterlinas.

— ¿Cuánto es eso en moneda francesa? — preguntó Estefanía súbitamente interesada en la conversación.

— Más de cien mil francos de renta.

— ¡Vamos!... Entonces no retiró la palabra: *sois ricamente feo*. ¿Qué puedo hacer por vuestra señoría?

— He oído hablar de *vó*, y de vuestras aventuras

de vuestro proceso y de vuestros cabellos. Estáis muy en moda en este momento en París, y vengo á proponeros que viváis con *mod*.

— ¿Cómo, de improviso, sin prevenirme? ¿No teméis que me ofenda? ¡Vivir con vos, joven!... ¡pero éste era el despertar mío! ¡os presentía antes de conoceros! ¡os amaba antes de oír el metal de vuestra voz encantadora!

— Entonces, nada más fácil que entendernos, — dijo tranquilamente el inglés, sin tomar á pecho el tono chancero de la joven y con el aplomo que da una gran fortuna.

— Nada más fácil, en efecto, — exclamó *Soleil-Couchant*. — Pero desde luego, como sabéis salgo ahora de este establecimiento, — dijo mostrando los muros de la Conserjería.

— ¡Oh! *mod*, *tener* inteligencia para todo. ¿Queréis venir hasta mi coche? Allí podremos hablar más despacio y con más comodidad.

— ¿Es vuestro ese cupé de dos caballos.

— Vuestro, *milady*, si *vó* queréis aceptarlo.

— Acepto siempre, — dijo *Soleil-Couchant*. — Veremos después.

Es fácil prever el desenlace de una conversación empezada en tales términos. El inglés fué tan generoso, que lady *Soleil-Couchant* salió de la prisión sin asilo y desprovista de todo, y aceptando las proposiciones que se le hicieron, ocho días después tenía una habitación elegantemente amueblada, trajes de moda y muchas alhajas.

En París no es raro ver estos cambios rápidos en la vida de una mujer hermosa; la fortuna se com-

place algunas veces en colmarla de favores, esperando que el hospital la reclamará.

Vibert, cumpliendo la palabra dada á Langlade, se presentó en casa de *Soleil-Couchant*. Esta le reconoció en seguida y palideciendo dijo :

—¿Qué he hecho? ¿Venís á prenderme?

—Tranquilizaos, — dijo el agente de policía, — deseaba sencillamente felicitaros por vuestro esplendor.

—Bueno; ¿de modo que no venís á prenderme?

—Vengo como amigo.

—Entonces abrazadme, — dijo la joven echándole los brazos al cuello.

Jamás había estado más linda; el lujo la había hermoseado; estaba en traje de mañana, ó mejor dicho estaba casi desnuda, pues sólo llevaba un peinador y camisa bordada; un par de chinelas protegían su lindo pie; sus cabellos, que á la salida de la prisión había podido confiar á los cuidados de una peinadora hábil, eran todavía más sedosos que otras veces. Un cuerpo admirablemente modelado se dibujaba bajo el peinador, que con suma coquetería levantaba algo para mostrar el nacimiento de una incomparable pierna.

Vibert estuvo á punto de desvanecerse; se repuso y rogó á *Soleil-Couchant* que le dejara en paz haciéndola sentar á algunos pasos de él :

—Entonces, ¿todo esto te pertenece? — le dijo mostrándole el mobiliario que le rodeaba.

—Sí, querido mío; es *mi inglés* el que me lo ha dado; tengo las facturas pagadas.

—¿Eres *potencia de inglés*?

—¡No, tonto! es el inglés el que es potencia mía; ya ves que es justo; me han dominado toda la vida, justo es que domine ya ahora.

—Muy justo, —dijo Vibert, —entiendes perfectamente el libre cambio.

—Ves este lindo latiguillo con puño de coral, —añadió *Soleil-Couchant*; —me le regaló ayer y yo no le he ocultado el uso que voy á hacer de él.

—Tienes intención de... —dijo Vibert, acabando la frase con la ayuda de un gesto.

—Eso es, cuento hacer de cuando en cuando algún ejercicio en sus espaldas; él me ama y ríe como un loco. Dice á sus amigos; *¡Esa linda francesa me adora, sin mi no sabe vivir!*

—No tomabas tan alegremente, —hizo observar Vibert, —las pequeñas correcciones que te administraba Langlade.

—¡Oh! no me hables de ese salvaje, —dijo *Soleil-Couchant*; —no puedo pensar en él sin estremecerme. ¿No se le juzga ya?

—*Excelente corazón de mujer*, —se dijo el agente de policía, —y es por estos encantos por los que comunmente nos pasamos la vida trabajando y sufriendo.

Después de filosofar de este modo, nuestro buen Vibert añadió en alta voz:

—Creo que su proceso se verá dentro de unos quince días.

—Tarde es, —dijo ingenuamente *Soleil-Couchant*; —no estaré verdaderamente tranquila hasta después de su condena. Siempre tengo miedo de que se escape. Esta noche he soñado que cogía á mi inglés por un pie, y dándole vueltas por el aire, le arrojó

por la ventana; esto es extraño y puede decirse que nada supone, pero compromete mi porvenir; tengo muebles y habitación; pero aún no tengo rentas.

—Las tendrás,—dijo Vibert,—no me cabe la menor duda.

—Ni á mí; cosa que con *el coloso* jamás podía haberme imaginado.

—Entonces, ¿no quieres verle?

—¡Verle!... ¡Ah! ¡Dios mío!—dijo palideciendo,—¿se lo habéis prometido acaso?... Esto sería una indignidad; haced de mí cuanto queráis, pero no eso.

—Calmaos, querida amiga. Langlade sería feliz con vuestra visita, pero no os encontramos por ninguna parte.

—¡Oh! gracias, gracias.

—Yo sólo he prometido llevarle noticias vuestras.

—Decidle que estoy á las mil maravillas, que engordo, que vuelven los colores á mi rostro, que me porto como un diablillo, y que tengo por amante el más lindo inglés, que me hace la más feliz de las mujeres... he ahí todo. Si no se alegra, será que nunca me ha amado. ¿Me prometéis repetirle todo esto?

—No,—dijo Vibert, poniéndose serio,—sería demasiado penoso para ese pobre diablo.

—¡Ah! ¡Le tenéis lástima!—dijo *Soleil-Couchant*.

—Se ve que no habéis vivido cinco años con él, como yo; no soy tan buena, lo confieso, no soy tierna hasta ese extremo...

—Ya se vé,—dijo el agente de policía.

—Pero no soy tan mala como parece creéis. Cuando no se me ha hecho daño, no lo hago.

—Eso es lo menos,—dijo el agente.

—¿Queréis serme agradable?—añadió *Soleil-Couchant*.

—¿Veamos?

—No hablemos más de mi *ex coloso*.

—Perfectamente. ¡Adiós!

—¿Qué! ¿os vais?

—No ha de sorprenderme el inglés en vuestra casa,—dijo sonriendo Vibert.

—¡Oh! no me preocupo por tan poco,—dijo ella riendo.—¡Quisiera que se permitiera una observación! ¿Y mi latiguillo, lo olvidáis? está perfectamente entendido... y además gozo de la más completa libertad.

—¿En todas las cosas?...—preguntó Vibert.

—En todas las cosas; creéis que voy á mantenerme fiel ahora á un hombre, estáis equivocado; la hora de los caprichos ha sonado y voy á experimentarlos todos... y si vos fueseis algo menos frío...

—¡Qué!—dijo Vibert,—estáis poseída aún de esas ideas.

—Tanto cuanto vos queráis,—dijo la joven con voz agradable.

—No lo esperéis;—dijo él riendo.

La joven se puso delante de él y dijo:

—¿Decididamente no me encuentras bastante hermosa?

—¡Admirable! por el contrario.

—Entonces no os comprendo.

—Yo me comprendo todavía menos,—replicó el agente.

—¿Estáis enamorado de alguna otra mujer?

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

101 E. (24) 10723

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ANÁLISIS

— ¡Oh! no hablemos de eso,—dijo bruscamente Vibert.

—Esta respuesta es una confesión.

—Tomadlo como queráis.

— ¡Pues bien! si algún día sois desgraciado á causa de esa mujer, venid á verme; un clavo saca otro clavo, el proverbio es cierto.

—Eso depende del clavo que es preciso sacar,— se dijo Vibert.

XIV

Un hombre elegante, de mediana edad, de distinguidas maneras y agradable fisonomía, después de haberse paseado algún tiempo por el boulevard de los Italianos, consultó su reloj por décima vez, entró en el pasaje de la Opera, compró una rosa y un ramo de lilas blancas, atravesó los boulevares, tomó por la calle de Grammont, subió á un tercer piso y penetró en una habitación donde la más encantadora de las mujeres le tendió la mano sonriendo de un modo expresivo.

Algunos instantes después, un hombre de pequeña estatura, se deslizaba tristemente en la misma casa y subía una escalera de servicio, parándose en cada peldaño para ver si alguien subía ó bajaba. Llegado al tercer piso, abrió con cuidado la puerta y la volvió á cerrar sin ruido; avanzó paso á paso sobre la punta de los pies por un pequeño y oscuro corredor y se detuvo delante de otra puerta que dejaba pasar una débil claridad. Entonces buscó un pequeño agujero en la vidriera por el que se puso á mirar con atención.

Un gran fuego de astillas que ardía en la chimenea

y la lámpara colocada sobre la mesa, iluminaban el salón.

Savari ocupaba el sofá que estaba frente á la puerta vidriera; Julia estaba sentada á su lado.

Ella viste siempre de luto; sin embargo, si se consideran atentamente ciertos detalles de su tocado, se observa que el luto es menos severo que otras veces. Los hermosos cabellos negros de la joven están arreglados con coquetería; lleva, artísticamente mezclada con ellos, una rama de lilas en el lado izquierdo de la cabeza. En su pecho luce una rosa. Ciertos ligeros cambios se notan en el físico de la señora Vidal. Su mirada es menos viva, pero más tierna; su rostro respira cierta animación, sus mejillas están menos pálidas. Se ve la sangre circular bajo su cutis.

Debo creerlos ciegamente,—decía Julia continuando una conversación empezada con Savari,—y dar fe á todos vuestros juramentos? ¿Los hombres no tienen por principio que los compromisos con las mujeres no se deben tener en cuenta? ¿No estamos hechas á que nos engañen?... ¡Oh! no me interrumpáis, sé lo que digo, soy testigo de más de una traición. Se casa una joven pura, honesta, confiada; no os pide cuenta de vuestro pasado, pero quiere que el presente le pertenezca, que sea de ella sola; exige una fidelidad igual á la suya, un amor absoluto, como el suyo. En su inocencia, su fe, su honradez, no piensa que se pueda ser de otro modo. ¿Pensaría en engañar á quien ama? Jamás. ¿El pensamiento de ser un instante coqueta con otro, le acudiría? ¡no, es un imposible! Y sin embargo, á pesar

de que se conserva fiel y pura, el hombre en quien reposan sus creencias, á quien se ha entregado por completo, sin restricciones de ningún género, se encuentra por casualidad con una criatura más ó menos seductora, la mira, la sigue y no teme quebrantar la fe jurada á la otra...

—A la otra á quien no ama,—dijo Savari.

—¿Por qué mentía entonces? ¿Por qué decía amarla?

—Porque lo creía así; ciertos hombres viven de una manera tan pacífica y tan tranquila, se complacen en una tan dulce quietud y están, por temperamento y naturaleza, tan al abrigo de las pasiones, que llegan á hacerse ilusiones sobre el estado de su corazón. Porque les lata algo más fuerte y su pensamiento se fija algunas veces con placer en una persona preferida, se imaginan estar enamorados y se entusiasman hasta el límite. ¡Insensatos!—continuó Savari con fuego;—¿tenéis el derecho de hablar así, de profanar un sentimiento que os es desconocido? Pero el amor de mentirigillas que experimentáis, se parece al otro, al verdadero, como el fuego que nos calienta, al sol. ¡No estáis hechos para apreciar cuánto de gentil y sublime tiene el amor; no conoceréis jamás las dichas infinitas, los dolores sin cuento, los goces sobrehumanos, los sufrimientos intolerables que hacen que sobre la tierra se encuentren á la vez el infierno y el cielo!

Una animación extraordinaria se reflejó en el rostro de Savari mientras hablaba de este modo; su frente resplandecía, sus ojos brillaban; tenía en su voz irresistibles seducciones.

Julia no podía menos que admirar todo aquello; no se apercibía que hablando y sin darse él mismo cuenta de ello, Savari se había aproximado á ella y que arrodillado á sus pies tenía una de sus manos entre las suyas. La llama de la chimenea con sus vacilantes resplandores, iluminaba esta escena; la lámpara arrojaba alrededor de sí una luz dudosa. La rosa y el ramo de lilas que Julia llevaba extendían en el aire un enervante perfume.

Al otro lado de la vidriera, en frente del sofá, Vibert siempre silencioso, escuchaba, miraba y sufría. Él también admiraba á Savari; hubiera querido matarlo; pero se veía obligado á reconocer que era verdaderamente guapo y que se expresaba bien. Savari volvió á tomar la palabra.

—¡Sí,—decía,—el hombre que engaña á la mujer á quien ha dicho que ama, es que no la quiere, no la ama; si la amara, todas sus miradas, todos sus pensamientos, serían para ella! Las más bellas criaturas salidas de las manos de Dios podrían ir á su alrededor, enlazarle con sus brazos, impregnarle con su aliento, no le tentarían jamás! El mundo para él, empieza y termina con esa mujer; cerca de ella olvida el pasado, el porvenir y se le hacen llevaderos los sufrimientos del presente, los de su amor propio, las dificultades de la vida y sus desengaños cotidianos. ¡Los mismos remordimientos, olvida al lado del ser á quien ama!... ¡Ah!—continuaba Savari,—no os asombréis de oírme hablar así; mi juventud, tan ligeramente pasada, no me dejó presentir lo que un día podría experimentar; pero la gracia me ha tocado desde que os he visto; comprendo aho-

ra la pasión en lo que tiene de más exaltado, de más inaudito, de más violento y más verdadero... ¡Os amo con todas las fuerzas de mi ser! ¡Os amo hasta perder la razón!... ¡Tened piedad de mí! Me muerdo al veros y no poder estrecharos contra mi corazón. Tengo á vuestro lado la timidez del niño y, sin embargo, mi sangre hierve, mi cabeza arde, mil transportes me agitan. Por favor dejadme esperar, decidid de mi suerte. ¿Es preciso morir, ó esperar?

—¡ Esperar! — dijo Julia.

Y con aquel ardor italiano que ya conocemos en ella, con aquella *furia* contenida tan largo tiempo, le enlazó con los brazos. Sus labios se encontraron...

Al mismo tiempo, al otro lado de la puerta vidriera se oyó un grito.

Julia y Savari no le oyeron.

Al grito sucedió el ruido de una puerta que se cierra violentamente; Vibert huyó; al llegar á la calle no sabía lo que tenía que hacer, atravesó los boulevares, siguió la calle de Taitbout, la de Hous-saye, que estaba entonces á continuación de la calle de Taitbout y la de Trois-Frères. Se detuvo delante de una casa, llamó con mano temblorosa. Eran las once; *Soleil-Couchant* acababa de poner en la puerta al joven inglés, que le atacaba á los nervios.

—¡ Toma! — exclamó al apercibir á Vibert, — ¡vos á esta hora!

—Me has ofrecido tu amor,— contestó con voz breve, — y lo acepto.

—No tengo más que una palabra; sé bienvenido. Entonces, con un bruseo ademán, le acercó hacia

sí, le tomó la cabeza y miró á los ojos; pero de pronto exclamó.

— ¡No! ¡no! ¡no es su mirada, no quiero!
¡Adiós!

— Para este viaje no hacía falta alforjas, — dijo *Soleil-Conchant* viéndole alejar; — es preciso confesar, — añadió suspirando, — que es muy original.

XV

La vista de este gran asunto, designado desde hacía tiempo en el palacio de justicia con el título de EL DRAMA DE LA CALLE DE LA PAZ, llegó al fin, ante la sala de la audiencia del Sena, en la segunda quincena de febrero de 1844.

A pesar de la especie de fiebre política que parecía se notaba hacía algunos días haberse apoderado de los parisienses, á pesar de las preocupaciones causadas por los famosos banquetes patrióticos que se preparaban, una numerosa muchedumbre invadía desde por la mañana los alrededores de la audiencia.

A las nueve y media los privilegiados, á los cuales se habían mezclado algunas mujeres de mundo, obtuvieron el paso á la sala y fueron á colocarse detrás de los bancos reservados á los testigos.

Sobre una mesa se veían como *cuerpos del delito* un largo cuchillo y una carterita encarnada, abierta por la página en que Mauricio Vidal había trazado algunas palabras con su sangre.

Unos diez testigos habían sido citados por el ministerio fiscal; no había testigos de descargo, y Langlade se había negado á nombrar defensor.

sí, le tomó la cabeza y miró á los ojos; pero de pronto exclamó.

— ¡No! ¡no! ¡no es su mirada, no quiero!
¡Adiós!

— Para este viaje no hacía falta alforjas, — dijo *Soleil-Conchant* viéndole alejar; — es preciso confesar, — añadió suspirando, — que es muy original.

XV

La vista de este gran asunto, designado desde hacía tiempo en el palacio de justicia con el título de EL DRAMA DE LA CALLE DE LA PAZ, llegó al fin, ante la sala de la audiencia del Sena, en la segunda quincena de febrero de 1844.

A pesar de la especie de fiebre política que parecía se notaba hacía algunos días haberse apoderado de los parisienses, á pesar de las preocupaciones causadas por los famosos banquetes patrióticos que se preparaban, una numerosa muchedumbre invadía desde por la mañana los alrededores de la audiencia.

A las nueve y media los privilegiados, á los cuales se habían mezclado algunas mujeres de mundo, obtuvieron el paso á la sala y fueron á colocarse detrás de los bancos reservados á los testigos.

Sobre una mesa se veían como *cuerpos del delito* un largo cuchillo y una carterita encarnada, abierta por la página en que Mauricio Vidal había trazado algunas palabras con su sangre.

Unos diez testigos habían sido citados por el ministerio fiscal; no había testigos de descargo, y Langlade se había negado á nombrar defensor.

El tribunal se constituyó á las diez y cuarto; al contrario de lo que el público creía, á juzgar por sus conversaciones, no se puso á Langlade ni esposas, ni camisa de fuerza, por haber considerado el presidente inútil esta medida de precaución; no habían de emplearse más que en el último extremo, para que el acusado, á menos de circunstancias muy excepcionales, conservase ante sus jueces la libertad de movimientos.

Dos gendarmes entraron con Langlade y se sentaron á su lado. Este parecía no tener conciencia de lo que pasaba á su alrededor; estaba muy abatido y evitaba las miradas de los concurrentes.

Se oyó cierto murmullo en el público, murmullo de desagrado, puesto que todos esperaban ver otra especie de hombre, creían presenciar una escena violenta, dada la reputación del acusado; nada de particular tenía la esperanza del público; por el contrario, estaba bien fundada.

Los gendarmes, á quienes se había dado la orden de no perder de vista un solo instante al prisionero, se preguntaban si habrían recibido instrucciones inútiles. Algunos minutos más y su celo iba á ponerse á prueba.

—Acusado, levantaos,— dijo el presidente.

Langlade no se movió.

—Gendarmes,— añadió el presidente,— ayudad á levantar al acusado.

Estos tomaron á Langlade cada uno por un brazo y lo levantaron; éste les miraba con aire asombrado, pero tranquilo, comprendiendo indudablemente lo que se quería de él.

—¿Cuál es vuestro nombre y apellido? — preguntó el Presidente de la Sala.

—Héctor Langlade,— contestó el acusado.

—*Presidente*,— ¿Vuestra edad?

—*Acusado*.— Treinta y seis años.

—¿Habéis nacido en el departamento de Vaucluse?

—Sí; cerca de Avignon.

—Habéis sido condenado dos veces; la primera cinco años y la segunda veinte á trabajos forzados.

—Es posible.

—¿Os habéis escapado dos veces de los presidios de Toulon y de Brest?

—Sí.

—Cuando os arrestaron la última vez,— ¿vivíais en la calle *Croix-Petits-des-Champs*, 22?

—Sí.

—Os va á ser leída el acta de acusación que se dirige contra vos.

El acusado se dejó caer sobre el banco sin que pudieran impedirlo, echó la cabeza atrás y entornó los ojos. El secretario leyó el acta de acusación, que la pasamos por alto, puesto que nuestros lectores conocen la vida de Langlade y están al corriente de los cargos que pesaban sobre él. Terminada que fué la lectura se procedió al llamamiento de los testigos. Al nombre de Estefanía Cornu, llamada *Soleil-Couchant*, Langlade abrió los ojos, palideció, pero su cabeza quedó inmóvil. Los testigos se retiraron á la sala que les estaba destinada; el presidente se dispuso á proceder al interrogatorio del acusado, y le invitó de nuevo á que se levantara.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó Langlade.

—Contestar á las preguntas que voy á dirigiros.

—Es inútil entonces,—dijo Langlade,—pues no quiero contestar.

Un ligero rumor reprimido por algunas palabras del presidente, se oyó en el público; comprendían que el acusado no estaba tan comedido como al principio demostraba.

—Acusado,—dijo el presidente con mucha dulzura.—Os haré observar que empeoráis vuestra causa ante el ánimo de los señores jurados persistiendo en vuestro sistema.

—He confesado mi crimen,—dijo Langlade.—¿Qué más queréis?

—Se quiere saber por vos mismo sin tener necesidad de oír exclusivamente á los testigos, de qué manera se cometió el crimen. Os lo repito: la indulgencia del jurado y de la sala no se puede adquirir más que sometiéndose á las costumbres establecidas.

—Si yo no pido indulgencia á nadie,—dijo Langlade sin levantar la voz.—Enviadme cuanto antes al cadalso; esto es todo lo que deseo.

El abogado nombrado para defenderle se inclinó hacia él y trató de hacerle entrar en razón; pero no consiguió nada.

El presidente, después de haber esperado con paciencia, decidió, puesto que el acusado se negaba á contestar á la sala, y no teniendo ningún medio para haberle hablar, que se pasase al interrogatorio de los testigos.

El primero que de éstos fué llamado; era la señora

viuda Vidal. Un vivo sentimiento de interés se manifestó en el público.

El presidente rogó á la testigo que venciera su legítima emoción y que contestase á las preguntas que desgraciadamente se vería obligado á dirigirle.

Julia Vidal dió los detalles sobre su llegada á París, las dificultades con que tropezó para entrar en su casa y el estado en que halló la habitación. Contestó á otras varias preguntas con más calma de lo que podía esperarse. Cuando este interrogatorio, que el presidente abrevió cuanto pudo, hubo terminado, la señora Vidal preguntó si estaba obligada á permanecer en la audiencia hasta que terminaran los debates. El presidente después de haber consultado á los señores jurados, y al defensor del acusado, autorizó á Julia para que se retirase. La joven saluó con dignidad y salió.

El segundo testigo fué el portero de la casa de la calle de la Paz; su declaración estaba enteramente conforme á la que le había tomado el juez de instrucción; por lo tanto no la reproducimos.

El defensor del acusado rogó á los señores jurados que notasen que el testigo sostenía no haber visto subir á nadie el 19 de octubre á casa de Mauricio Vidal.

—Si Langlade hubiera entrado en la casa,—añadió,—no hubiera podido pasar sin ser notado; su imponente estatura le hubiese hecho traición.

Hubo un debate entre el defensor y el ministerio fiscal acerca de esta pregunta. Langlade, mudo hasta entonces, dió señales de viva impaciencia, exclamando de pronto:

—¿A qué viene todo eso? Ya os digo que soy el que ha dado el golpe; terminemos.

El presidente al acusado:

—Puesto que os negáis á constestarnos, no os vamos á dejar hacer con la sala lo que queráis; vuestro abogado os defenderá como mejor le sea posible; su tarea no es fácil, pero tampoco imposible.

El ministerio fiscal trató de explicar al acusado que sus confesiones no hubieran bastado á la justicia, que debía buscar todas las pruebas propias para esclarecer el asunto. Dijo terminando:

—¡Cuándo el criminal, no confiando en sus fuerzas, se llega á abandonar á sí mismo, la ley, siempre protectora, toma todavía su defensa!

Este argumento oratorio no conmovió á Langlade, que se contentó esta vez con levantar los hombros.

Al testigo anterior, sucedieron varios inquilinos del núm. 6 de la calle de la Paz: de sus diferentes declaraciones resultó que no habían oído ni notado nada de particular durante la noche del 19 de octubre,

El llamado *Jacquet*, portero de la casa en que vivía Estefanía Cornu, calle *Neuve-Saint-Augustin*, declaró haber visto á un joven subir á casa de ésta una noche del mes de octubre último; no podía precisar la fecha; las señas que daba de aquel desconocido se parecían algo con el retrato de Mauricio Vidal.

El defensor hizo, sin embargo, observar que al decir del testigo, aquel individuo tenía estatura casi mediana. Las personas que habían conocido á Mau-

ricio Vidal, recordaban que éste sin ser alto, no era muy pequeño tampoco.

El presidente al testigo:

—¿Qué [os hace suponer que la persona de que habláis subiera á la habitación de la joven Estefanía Cornu?

—Le vi hablar con ella la vispera, al lado de la puerta de entrada.

—¿Entonces, ese sujeto no os preguntó en qué piso vivía vuestra inquilina?

—No, señor; se le habían dado probablemente las señas necesarias.

—¿La joven Estefanía Cornu tenía la costumbre de recibir visitas?

—No, señor; hasta este día no vi ir á su casa más que al señor, — dijo el testigo señalando á Langlade.

—¿Y el acusado, un instante después, os habló?

—Sí, señor presidente; me preguntó si la señorita estaba en casa; tuve miedo de lo que arriba podía suceder si él subía y le dije que había salido.

—A pesar de eso, ¿subió?

—Sí, señor presidente; no me hizo caso.

—¿Y le visteis volver á salir?

—Media hora después, próximamente; marchaba algunos pasos detrás de la otra persona; creí que se conocían.

—¿Os pareció agitado Langlade, cuando pasó por delante de vos?

—Sí, señor; pero esto no me causó inquietud; disputaba á menudo con la señorita, en general, cuando salía ella de casa.

—¿Habéis sido personalmente testigo de alguna de aquellas violencias?

—¡ Oh! muchas, sí, señor; una vez la quiso tirar por la ventana.

A esta declaración varias risas se oyeron entre el público.

El señor presidente :

—Declaro, por última vez, que estoy dispuesto á reprimir rigurosamente todas las demostraciones, sea cualquiera su naturaleza.

La calma se restableció.

El señor presidente, al testigo :

—Entonces, según vos, ¿el acusado era violento en extremo?

—Sí, señor presidente, pero por esto no era mal hombre. Cuando no le dominaba la cólera, venía á pedirme perdón y me deslizaba en la mano siempre una moneda de cuarenta sueldos

Reasumiremos estos debates, en vez de dar, como nos sería fácil, cuenta exacta de ellos. Desde mucho antes nuestros lectores están ya iniciados en los detalles de este proceso y tememos fatigarlos. Pasaremos, pues, por ciertas declaraciones importantes como las del comisario de policía de la sección de las *Tuileries*, del médico forense, de Vibert, que nos son casi conocidas, para ocuparnos del interrogatorio de *Soleil-Couchant*. La llegada de la testigo hizo modificar de un modo notable la actitud del procesado y preparó el singular incidente con que debían terminar éstos debates, de una manera inesperada.

Como es de suponer, dado el carácter de aquella criatura, *Soleil-Couchant* se había puesto el más rico

y elegante de sus trajes. Al ser llamada por su nombre, entró sin vacilación y sonriendo á todos los que la miraban. El acusado, siempre en la misma actitud, no volvió la cabeza; sus entornados ojos no se abrieron; se hubiera podido creer que este nuevo testigo le era tan indiferente como los demás. Sin embargo, un fisonomista atento hubiera notado ciertos indicios significativos; las cejas de Langlade se fruncieron, sus labios habían palidecido, sus dedos tremolosos agarraban la banqueta colocada delante de él.

—¿Conocéis al acusado? — dijo el presidente á *Soleil-Couchant* después de haberle hecho las preguntas generales de la ley.

—¡ Oh! ¡ sí señor, mucho! Demasiado, desgraciadamente! — añadió la joven sonriendo.

—Hacedme gracia de toda especie de comentarios, — repuso el presidente con voz severa. — Vuestro *demasiado, desgraciadamente*, era inútil; con el *mucho* bastaba. Tratad, ante todo, de estar con formalidad; no olvidéis que estáis ante un tribunal, y que antes habéis comparecido ante él por vuestra propia cuenta. Ahora decid cuanto sepáis acerca del desgraciado á quien vuestras coqueterías han llevado á este extremo. Cuando hayáis terminado os haré varias preguntas. Podéis empezar.

Soleil-Couchant, volviéndose tan pronto á un lado como á otro, repitió todo lo que le hemos oído contar á Vibert. Su lenguaje, demasiado vivo, el cinismo de ciertas expresiones, la manera de acumular cargos contra su ex amante, levantaron murmullos de indignación en el público, los que se vió

el presidente obligado á reprimir á pesar de ser partícipe de ella. Sólo Langlade, habituado sin duda á los reproches y desprecios de *Soleil-Couchant*, no hizo ninguna observación, ni se permitió hacer movimiento alguno. Parecía, por el contrario, experimentar un placer al oírla hablar. Se había vuelto poco á poco, y á pesar suyo, hacia el lado de la joven y la contemplaba extasiado. Su mirada no tenía ni odio, ni desprecio, ni cólera. Se hubiera podido leer en ella tristeza, pesar y admiración. Después de haber contestado á todas las preguntas que le dirigió el presidente y de recibir una justa y severa amonestación, Estefanía Cornu volvió á su sitio.

El presidente interrogó á dos testigos más y declaró suspendida la audiencia por un cuarto de hora.

Los gendarmes se retiraron con el acusado, mientras que por todos lados se cruzaban conversaciones particulares. *Soleil-Couchant* trató de trabar conversación con sus vecinos; pero como consecuencia de un sentimiento de pudor, los hombres mismos encontraron pretexto para alejarse. Nadie le hacía caso, cuando de pronto vió á un inglés, al que se reunió. A poco se oyó un campanillazo y un ujier anunció que la sesión iba á continuar.

Entró el acusado; esta vez, al entrar, la primera mirada fué para *Soleil-Couchant*. Apercibió al mismo tiempo al joven con quien parecía hablar más y más familiarmente, y su rostro se arrugó.

El señor presidente:

—El señor fiscal tiene la palabra.

Éste se levantó y empezó en estos términos la acusación:

Señores jurados:

Acabando de sostener ante la sala esta acusación, no puedo menos de expresar mi profundo sentimiento al verme obligado á pedir un veredicto en que las consecuencias serán terribles. ¡Debo acallar mis dolores y recordar que estoy aquí, no solamente para vengar á la sociedad ultrajada por un crimen, por el asesinato de un hombre, sino como un abogado de la vida humana! ¡Mi misión es difícil, lo sé, pero trataré, de estar á la altura de ella! Ante todo, es preciso, señores, que conozcáis á ese hombre que tenéis á la vista sentado en el banco de los acusados y á quien sois los llamados á juzgar.

Después de este exordio, el fiscal hizo la relación de la vida de Langlade desde su nacimiento y demostró, en el estilo más elevado, que había sido siempre dominado por las pasiones más execrables, y que jamás había respetado ni las leyes civiles, ni las morales. Describió con viva indignación y expresiones muy duras para el acusado sus largas relaciones con aquella joven apodada *Soleil-Couchant*, causa principal de sus crímenes y abyección. En fin, entrando de lleno en el asunto, explicó en grupo, diferentes hechos que establecían de una manera irrefutable la culpabilidad de Langlade. Terminó sosteniendo que el acusado no era digno de ningún interés, y que él esperaba del jurado, fiel á su dictamen, prescindiría de sus escrúpulos y castigaría al asesino.

Durante la acusación Langlade demostró por cier-

tos gestos su impaciencia é irritación. Los que notaron esta emoción la atribuyeron al resentimiento que el acusado podía experimentar al verse tan mal tratado por el fiscal; pero hábiles observadores que consultaron, sobre todo, la mirada de Langlade, atribuyeron estas causas á la exasperación de que parecía hallarse poseído.

El defensor tomó la palabra y, como el ministerio fiscal, se remontó á la juventud del acusado; pero teniendo cuidado de demostrar que esta juventud, privada de consejos, triste y desolada, resultaba en favor de su defendido.

—Señor fiscal,—dijo,—es más de tener en cuenta lo que digo, cuanto que esas pasiones execrables están libres de todos los vicios; esos vicios los busco y no los encuentro, el hombre á quien defiendo, no es jugador, borracho, ni libertino. No ha de ser libertino porque una sola pasión le ha dominado en su vida, pasión que ha sentido por una mujer que habéis podido observar está dotada de profunda corrupección y fatal belleza. ¡Si no hubiese encontrado esa mujer, quizá hubiera sido un trabajador, un obrero honrado; y si esa mujer, en vez de ser una miserable, hubiera abrigado buenos sentimientos para el hombre que la amaba, Langlade no estaría aquí! ¿Pero no veis, señores jurados, la persistencia de mi cliente, en no defenderse, los horribles sufrimientos que experimenta, el profundo disgusto que le inspira la vida, el descorazonamiento que se ha apoderado de su alma? ¡El señor fiscal llama á esto remordimiento, y creo que es el amor, el amor desolado, el amor desesperado! Y mi conciencia, se-

ñores, me ordena defender á ese desgraciado, que no quiere ser defendido. Él se ha declarado culpable; pretende solamente morir, y sostengo que el condenarlo sería tomar por la mano á un suicida. ¿No lo creeréis, pero no estáis en la razón?

Estas emocionadoras palabras produjeron un gran efecto en todo el auditorio. En cuanto á Langlade, después de haber escuchado á su defensor, hizo un gesto que parecía decir:

—¡Qué lástima que se dé tan mal rato!

En seguida se volvió hacia *Soleil-Couchant*, que más y más coqueta, lanzaba miradas provocadoras á su joven inglés.

El abogado defensor entró en el fondo del asunto; pasó revista con gran sencillez é incontestable talento á detalles que según él no habían sido esclarecidos. Se obstinó, sobre todo, en probar que Mauricio Vidal no podía conocer á Langlade y tener, por consiguiente, idea de escribir su nombre. Recordó también que la víctima de Langlade, según las versiones de Estefanía Cornu y del portero de la calle *Neuve-Saint-Augustin*, tenía un color encarnado bastante pronunciado, mientras que al decir de todas las personas que habían conocido á Mauricio Vidal, era de una palidez casi proverbial.

—Hay en este asunto,—añadió el orador,—algo de extraño y de misterioso que debe, señores jurados, hacer vacilar vuestras conciencias. Un crimen ha sido cometido; un hombre se reconoce culpable y hay ciertas pruebas contra él, convengo en ello; pero á pesar de esta confesión, á pesar de estas pruebas, yo dudaría, señores, os lo juro; más aún,

no vacilaría en absolver á este hombre. ¡Consentiría en dejar impune á un criminal por no tener que llorar toda la vida á un inocente! No olvidaría, sobre todo, estas palabras de uno de nuestros más grandes oradores: *Cuando Dios no ha dado á los hombres el perfecto esclarecimiento de un crimen, es una prueba de que no quiere hacerlos jueces, y que se reserva la decisión en su tribunal supremo.*

Cuando hubo terminado, circulaba en el público una especie de rumor aprobativo; el defensor hizo, al decir de los periódicos de aquella época, una de las defensas más brillantes.

¡Se volvió de pronto hacia el acusado, le tomó las manos y le conjuró para que dijese que no era culpable! ¡Hubo un momento en que el público pendía de los labios del reo; todos los corazones dejaron de latir por un instante! Langlade era el único que no parecía emocionado ni conmovido por los esfuerzos del defensor para salvarle; sus ojos estaban fijos siempre sobre *Soleil-Couchant*. De pronto, en la media obscuridad que poco á poco invadía la sala, creyó apereibir que el inglés, sentado cerca de su querida, le pasaba un brazo alrededor del talle y que ella misma apoyaba la cabeza sobre el hombro de su novel amante. No pudo entonces soportar tal espectáculo; terribles ideas de venganza atravesaron por su cerebro, y sacudiendo con violencia las manos que su abogado le había tendido, exclamó:

— ¡Bien! ¡no! ¡no soy culpable!

La emoción llegó al como en todos los circunstantes; pero varias palabras del presidente restablecieron la calma, un instante turbada.

— Acudís un poco tarde, — dijo al acusado, — para hablarnos de vuestra inocencia. Después de haberos negado hasta aquí á contestar á nuestras preguntas; se diría que habéis sencillamente querido reservar un efecto; si sois inocente, ¿por qué no lo habéis dicho desde un principio?

— ¡Pardiez! — exclamó Langlade, — porque creía ser culpable.

— ¡Creáis ser culpable! — dijo el presidente asombrado. — ¿Se puede creer haber asesinado á un hombre sin haberlo hecho?

— ¡Sí! ¡he matado á un hombre! pero no ha sido á Mauricio Vidal.

— ¿Cómo se llamaba el hombre á quién habéis matado?

— No lo sé, pero usaba otro nombre.

— ¿Qué os lo hace creer?

— Todo lo que ha dicho ese señor, — dijo Langlade señalando al fiscal; — ha hablado durante una hora de la sangre que corría de la herida de la víctima, del cuchillo con que le habían herido, de un despacho ó gabinete de estudio, de una alcoba, en fin, de una porción de cosas que no pueden ser verdaderas, puesto que fué con mi puño, sí, con este puño, que he herido al individuo al lado de una puerta y no en ningún despacho.

— Rogamos á los señores jurados, — dijo el presidente, — que noten lo inverosímil de este relato.

— ¡Lo inverosímil! — murmuró el acusado. — ¿Qué interés puedo tener en decir que he matado á uno en vez de otro? ¡No he de ser menos condenado!

—Sí; pero esperáis poder retrasar la hora de la condena.

—Si hubiera querido retrasarla, hubiese hablado desde un principio.

Sin fijarse en lo que las expresiones de Langlade tenían de irrespetuosas para la sala, el presidente le preguntó por qué se defendía tan tarde.

—Ese es mi secreto, — dijo Langlade arrojando una mirada de odio sobre *Soleil-Couchant*.

—¿Es en la calle de la Paz donde habéis matado al hombre de que habláis? — preguntó el presidente.

—Sí; no sé el número, pero es en la calle de la Paz.

—¿A qué hora?

—Serían las diez de la noche.

—¿Y eso pasaba en octubre?

—Sí, á fines de octubre.

—¡ Pues bien, acabáis de pronunciar vuestra condena! Ningún otro hombre que Mauricio Vidal ha sido asesinado en la calle de la Paz, en octubre, lo mismo que en septiembre y noviembre pasados.

En este momento un miembro del jurado se levantó y pidió al presidente que le permitiera hacer una observación.

—Hablad, señor, os escuchamos, — dijo el presidente.

El miembro del jurado empezó de este modo;

—Es mi deber llamar la atención de la sala sobre un hecho que acabo de recordar y del que quizá no tiene conocimiento el tribunal : en el mes de octubre último, algunos días antes del asesinato de la

calle de la Paz, uno de mis amigos fué encontrado muerto en esta calle, al lado de una puerta. No había en él trazas de herida alguna que permitiese pensar en un crimen y se ha supuesto que siendo de una naturaleza excepcionalmente sanguínea, había sido herido de una congestión. Debiendo añadir que sobre la sien izquierda se notaba una gran mancha negra; he sido el primero en pensar y decir que la cabeza de mi amigo, cuando cayó, había debido recibir un golpe. Me explico ahora que el puño formidable del acusado, hiriéndole en la sien, haya podido hacerle aquella señal y darle la muerte.

Estas palabras, pronunciadas por un hombre que parecía respetable y á quien su posición de jurado daba en aquel momento una gran importancia, produjeron un profundo efecto en el auditorio. Cada cual hablaba con su vecino. El fiscal hizo pasar una nota al presidente; varios jurados pidieron explicaciones al colega que acababa de tomar la palabra. Langlade, sin perder de vista á *Soleil-Couchant*, hablaba con su defensor.

La audiencia, sin haber sido regularmente suspendida, hallábase interrumpida. Poco á poco la calma se restableció y el fiscal tomó la palabra en estos términos :

Señores :

Ante el incidente que se presenta y de la opinión de un miembro del jurado, sobre la causa que nos ocupa, creemos deber aplazar la vista de este asunto para otra sesión.

El consejo se retiró para deliberar. Un instante después los magistrados ocupaban sus asientos y el presidente pronunciaba estas palabras :

La sala, después de haber deliberado, y teniendo presente la petición del señor fiscal, aplaza la vista de esta causa para otro día. Gendarmes, llevaos al reo.

La sesión se levantó. Cada cual se retiró vivamente emocionado.

XVI

Al siguiente día de esta escena, Vibert, á cosa de las diez de la mañana, se encaminó á la calle de Grammont. Esta vez, en lugar de aplicar todos sus cuidados á no ser notado de las gentes de la casa, pasó por delante de la portería, se hizo reconocer y subió lentamente la escalera principal.

Su frente sudaba á mares, su palidez era extrema, todo él llevaba las más vivas señales de profundo dolor; en dos ó tres meses había envejecido algunos años; pero un sentimiento nuevo parecía en aquellos momentos animar su fisonomía. Su boca, sería de ordinario, parecía sonreír; su mirada era más animada que de costumbre; había en él algo de triste y de satisfecho á la vez; parecía sufrir aún, pero viendo el término de aquellos sufrimientos. Su horizonte, aunque todavía nublado, empezaba á despejarse. Marchaba hacia un abismo quizá, pero este abismo le veía y se dirigía por un camino llano y conocido.

Al llegar al piso en que vivía Julia, Vibert llamó sin vacilar.

— Quisiera ser recibido por vuestra señora, — dijo á Marieta, que le miró asombrada.

El consejo se retiró para deliberar. Un instante después los magistrados ocupaban sus asientos y el presidente pronunciaba estas palabras :

La sala, después de haber deliberado, y teniendo presente la petición del señor fiscal, aplaza la vista de esta causa para otro día. Gendarmes, llevaos al reo.

La sesión se levantó. Cada cual se retiró vivamente emocionado.

XVI

Al siguiente día de esta escena, Vibert, á cosa de las diez de la mañana, se encaminó á la calle de Grammont. Esta vez, en lugar de aplicar todos sus cuidados á no ser notado de las gentes de la casa, pasó por delante de la portería, se hizo reconocer y subió lentamente la escalera principal.

Su frente sudaba á mares, su palidez era extrema, todo él llevaba las más vivas señales de profundo dolor; en dos ó tres meses había envejecido algunos años; pero un sentimiento nuevo parecía en aquellos momentos animar su fisonomía. Su boca, sería de ordinario, parecía sonreír; su mirada era más animada que de costumbre; había en él algo de triste y de satisfecho á la vez; parecía sufrir aún, pero viendo el término de aquellos sufrimientos. Su horizonte, aunque todavía nublado, empezaba á despejarse. Marchaba hacia un abismo quizá, pero este abismo le veía y se dirigía por un camino llano y conocido.

Al llegar al piso en que vivía Julia, Vibert llamó sin vacilar.

— Quisiera ser recibido por vuestra señora, — dijo á Marieta, que le miró asombrada.

—Pasad al salón, voy á prevenir la señora, que está acabando de vestirse.

Solo en el salón, en el que no había puesto los pies hacía bastante tiempo, y que no había hecho que entrever por la puerta vidriera, una especie de temblor se apoderó de todo su cuerpo.

Al poco rato apareció la señora Vidal y sin invitarle á que se sentara le dijo :

—Pensaba no volveros á ver más.

Esta glacial acogida no extrañó al agente de policía ; era demasiado listo para no esperarla. Comprendía que Julia debía odiarle por haberle hecho parecer sospechoso de un crimen al hombre que ahora amaba. Estas sospechas las había concebido al mismo tiempo que Vibert ; había participado de ellas con él ; pero esto era una razón para detestar más vivamente todavía, al cómplice de ayer y del que hoy se avergonzaba.

—Señora,—contestó secamente Vibert á las primeras palabras de Julia ; —he cesado de veros porque mi misión cerca de vos había terminado. La casualidad me había hecho descubrir al asesino de vuestro marido, podía detenerle y entregarlo á los tribunales sin ayuda de nadie, y vuestro concurso, que me era tan necesario y tan precioso cuando se trataba del señor Savari, era ahora inútil.

Cada una de estas palabras señaladas con intención por Vibert, habían profundamente herido á Julia, que contestó con frialdad :

—¡Pues bien! puesto que mi concurso os es inútil, ¿por qué?...

—¿Por qué,—dijo acabando el pensamiento de

Julia,—cometo la temeridad de presentarme en vuestra casa hoy? Es muy sencillo y vais á oírlo si queréis como otras veces permitirme que me sienta un momento.

Julia no contestó, pero comprendiendo la lección tomó asiento para que Vibert la imitara.

—¿Habéis asistido á la *vista* de ayer?—dijo bruscamente Vibert, que se decidía á empezar la lucha.

—Asistí á una parte de ella; pero,—repuso Julia,—el Presidente me autorizó para retirarme después de mi declaración.

—¿Entonces, ignoráis la conclusión?

—La ignoro, y si habéis venido para decírmela, era inútil. Siempre sabré demasiado pronto su desenlace previsto de antemano. Cuando se trataba del descubrimiento del asesino de mi marido, me habéis encontrado siempre valerosa y dispuesta ; hoy, ese miserable ha sido arrestado, va á pagar su crimen y pertenece á la justicia; no puedo por él más que tener odio en el corazón.

—Muy bien, señora; no os diré el desenlace, puesto que pensáis conocerlo. Os pido solamente permiso para hablaros de ciertos incidentes que se han producido en la sesión después de vuestra partida. De modo,—continuó Vibert con más lentitud,—que ha sido perfectamente establecido que vuestro esposo no había puesto jamás los pies en casa de esa joven llamada *Soleil-Couchant*.

—¡Ah!—dijo Julia palideciendo.

Este primer golpe que le daba el agente de policía, era terrible. Si algunas semanas antes hubiera venido á decir á la señora Vidal : *Vuestro marido ha sido*

odiosamente calumniado; os ha sido siempre fiel y jamás se le conoció amante alguna, hubiera experimentado una alegría inmensa. ¡Pero ahora, la traición de su marido era la sola excusa que tenía para justificar otro amor, y esta excusa acababa de faltarle! Durante un momento, todos los pensamientos que tan brevemente hemos expresado, la asaltaron; el remordimiento se apoderó de su alma. Después que se hubo tranquilizado, volvióse á Vibert:

—¿Cómo,—le preguntó,—la policía ha averiguado eso? ¿Qué otro sentimiento que los celos han podido llevar á ese Langlade á asesinar á mi marido?

—¡Es que no es ese hombre el que le ha matado! —contestó Vibert.

—¡No es él! ¿Qué decís? ¿No confesaba su crimen?

—Sí, pero había un error de persona; ha matado á un hombre, y como ignoraba su nombre, creyó haber matado á vuestro marido. Tomad, señora, leed la *Gazette des Tribunaux*, veréis el final de la audiencia al que habéis juzgado conveniente no asistir.

Julia tomó temblando el periódico que le ofrecía Vibert; estaba lejos de adivinar adónde quería conducirla el agente de policía; pero comprendía instintivamente que alguna cosa la amenazaba. Después de haber leído se puso á reflexionar, y el periódico se le escapó de las manos. Vibert lo recogió, lo dobló con cuidado y se lo puso en el bolsillo diciendo:

—De modo que hay que volver á empezar.

Julia levantó vivamente la cabeza.

—¿A empezar, el qué? — preguntó.

—Pero, — dijo tranquilamente Vibert, — el asesino no se ha descubierto é indudablemente existe. Es preciso, pues, volver á empezar nuestras pesquisas.

—Eso es asunto de la policía, — dijo la joven con voz breve; — yo no tengo que mezclarme en ello.

—¡Cómo! os acobardáis en seguida, señora, — dijo el agente.

Julia le miró con altivez, y dejándose dominar por los nervios contestó:

—Os ruego, señor, que hagáis el favor de no hacerme observaciones.

—¡Dios mío, señora! — replicó, — deploro el desconsuelo que parece haberse apoderado de vos, porque es contrario á nuestros intereses.

—¿Qué habláis?

—Esperaba que consentiríais en ayudarme, como antes, en mis pesquisas. Me he equivocado, lo confieso, sobre una falsa pista; volveré á la primera, que seguramente es la buena.

—¡La primera! — dijo Julia palideciendo porque acaba de comprender.

—Sí, señora, la primera. Puesto que Langlade no es el culpable, tengo razón, como otras veces, para sospechar de Savari.

—¿Señor!...

—¿Señora!...

—Vuestras sospechas no alcanzan á la persona que aludís.

—Son como otras veces; — replicó cruelmente Vibert; — ¿en qué ha cambiado la situación?

—¡Él es, — exclamó Julia indignada, — un hom-

bre honrado, al que después de conocido debe apreciarse! No le ofendáis más tiempo con vuestras sospechas.

—¡Señora! — replicó Vibert, exasperado de ver defender á Savari con aquella energía y olvidándose de todo; — desde que he entrado en este salón, tenéis el placer de recordarme que no soy un hombre, sino un simple agente de policía; pues bien, el agente de policía no conoce más que su deber; se le ha dicho que busque á un criminal y lo busca, sin preocuparse del interés que para una mujer tiene ese criminal, ni el amor que por él pueda sentir.

La joven se levantó de su asiento, extendió el brazo y no dijo más que esta palabra:

—¡Salid!

Tan pálido como ella, tan dolorosamente afectado, Vibert bajó los ojos y obedeció.

Cuando hubo llegado á la puerta, la joven se creyó libre de él, y dejándose caer en un sillón exclamó:

—¿Adónde me han conducido? ¿Qué país es este en que vienen á domicilio á asesinar á los hombres y á insultar á las mujeres?

Al decir esto, Julia estaba sublime de indignación. Sus magníficos cabellos negros, que apenas había tenido tiempo de recoger para recibir al agente de policía, acababan de deshacerse y flotaban sobre sus espaldas. ¡Su pecho latía con violencia! La cólera había coloreado sus mejillas y sus labios exhalaban un suspiro.

Vibert, que se había detenido para contemplarla, jamás la había encontrado tan bella. No pudo contener su imaginación, tan vivamente sobreexcitada;

de repente, perdió la calma se lanzó hacia Julia, le tomó la cabeza con ambas manos para impedirle que se defendiera y colocó sus labios sobre los de ella. Era quizá el primer beso que daba á una mujer. Julia se estremeció á aquel odioso contacto, se deshizo del que la sujetaba, por un rápido movimiento y dando un bofetón á Vibert en el rostro, huyó.

De los numerosos documentos que existen y nos han servido para contar esta historia, de la que nos resulta un pequeño drama; los hechos nos precipitan á un desenlace.

Se dirá que este asunto de la calle de la Paz, sigue le misma marcha que los acontecimientos de que París fué teatro desde el 22 de febrero de 1848, arrastrado, por decirlo así, en el movimiento político. En la calle de Grammont los incidentes habían de sucederse unos á otros, como en las *Tuileries* los ministerios se sucedían.

Aquí una escena de una violencia inaudita es reemplazada por otra más dramática todavía; allí, Molé reemplaza á Guizot; Thiers y Odilon Barrot reemplaza á Molé; á una primera concesión sigue otra; á la Reforma sucede la Regencia, á ésta la República.

Esto no nos asombra; lo grande arrastra siempre á lo pequeño, la agitación de las masas se comunica á los individuos, la fiebre que corre en las calles sube á las casas.

Después de la partida de Vibert, Julia se hubo repuesto de su indignación; reflexionó un instante.

tomó una determinación enérgica y se sentó en su mesa escritorio.

No vengáis á verme durante el día, — escribió á Savari; — pero venid esta noche á las siete en punto; tengo que comunicaros grandes proyectos.

La selló y llamó á Marieta.

— Haz llevar esta carta á su destino y ven, que te espero, — le dijo.

Cuando Marieta hubo ejecutado esta orden, la señora Vidal le dijo:

— Mañana nos vamos á Italia; prepara nuestro equipaje; vísteme, que voy á salir.

Un instante después, subía á un carruaje de punto y dirigíase á casa de su notario, con quien arregló diferentes negocios; entró en la iglesia de *Saint-Roch*, donde estuvo largo tiempo orando, y luego se hizo conducir al cementerio del *Père-Lachaise*. Se arrodilló sobre una tumba, sollozó y pareció implorar perdón.

Era el miércoles 23 de febrero, y París estaba sublevado. Regimientos enteros desfilaban por los boulevares; grandes patrullas recorrían las calles; la artillería, precipitadamente trada de Vincennes se hallaba por los alrededores de las puertas de *Saint-Denis* y *Saint-Martin*. Aquí las tropas de línea fraternizaban con el pueblo. Más allá, los guardias nacionales trataban de interponerse entre los municipales y los amotinados. Algunos transeúntes recorrían las calles gritando: ¡ *Viva la Reforma!* Los obreros plantaban una bandera sobre una barricada;

los estudiantes cantaban la *Marsellesa*. Por el lado de *Saint-Merri* lanzaban gritos de muerte; en el cuartel de *Saint-Martin*, en el de las *Arts et Métiers*, en la calle *Bourg-l'Abbé*, se oía el ruido de una viva fusilería.

Ningún accidente pasó á Julia; atravesó sin tropiezo una gran parte de París. Un hombre, á quien no vió, la siguió durante su marcha, velando por ella. Aquel hombre entró en casa de la jóven deslizándose por la escalera de servicio, mientras ella subía por la principal.

Eran cerca de las siete cuando Julia Vidal volvió á entrar en su casa; Marieta, inquieta, corrió á su encuentro y Savari no tardó en llegar.

—¿Qué tenéis?—le dijo.—¿Cuáles son los grandes proyectos de que me habláis en vuestra carta? ¿El motín os espanta y queréis huir de París?

—Precisamente,—contestó Julia.—No quiero estar más tiempo expuesta á los peligros que encuentro aquí; parto mañana.

—Partimos,—dijo Savari.

—¿Me seguís?

—¿Cómo, me lo preguntáis?—exclamó besándole las manos.

Julia le miró fijamente y leyó en sus ojos todo el amor que por ella sentía, y le dijo:

—Sentaos; tengo que hablaros seriamente.

—Os escucho, amiga mía,—dijo Savari, que se sentó en el sofá.

—He cometido,—empezó Julia,—una gran falta, una falta aun más grande de lo que me figuraba. Acabo de llorarla amargamente; pero no quiero ha-

ceros responsable, y no quiero que haya cuestión entre los dos. Me fío en vuestro amor que se encargará, estoy segura, de hacerme olvidar el pasado.

—¡Oh! ¡sí! exclamó Savari,—toda mi existencia os pertenece.

—No lo dudo,—repuso la joven.—¿Qué sería de mí sin vos? He perdido,—añadió tristemente,—el derecho de mi recuerdo.

—No recuerdes; cree y espera. ¡Hablas de partir para Italia, pues bien! tanto mejor; lo deseo. Allí, en ese hermoso país, bajo aquel esplendoroso sol, cerca de ti, apoyado contra tu corazón, me contemplaré y adquiriré las cualidades que me faltan todavía y llegaré á cambiar enteramente mi vida azarosa, mis terrores y mis faltas.

—¡Y yo estaré contenta de ti!—dijo Julia con arrebató, porque poco á poco, Savari la comunicaba su ardor y le hacía olvidar las emociones del día.

—¿Adónde iremos?—repuso.—¿Está en Génova tu familia?

—Sí; seré dichosa con que también quieras á mi madre.

—¿Cómo me presentarás, como un amigo?

—No; para todos los míos serás el hombre cuyo apellido llevaré yo, cuando termine el luto.

—¿Consientes!—exclamó Alberto.

—Sí,—respondió la señora Vidal con sencillez;—puedes casarte con toda seguridad,—añadió sonriendo de una manera encantadora,—mi familia es honrada; no hay nada en mi pasado que pueda reprochárseme.

—¡Ah!—dijo Savari,—¡quisiera poder decir otro tanto!

En este momento el salón de Julia fué vivamente iluminado. Era un grupo de hombres que con grandes antorchas atravesaba la calle de Grammont para ganar los boulevares. Iban seguidos y precedidos por inmensa multitud que cantaba la *Marsellesa*; tambores y clarines acompañaban á las voces. Todos celebraban la victoria que el pueblo había alcanzado aquel día sobre el gobierno; las reformas pedidas, eran acordadas y el ministerio se había cambiado. Abandonábanse las barricadas, las tropas volvían á sus cuarteles, la circulación se restablecía, iluminábanse todas las casas.

Cualquiera que sea la opinión que se tenga, nada electriza tanto como esos cantos, esos ruidos, esas alegrías; todos ellos comunican un ardor extraordinario, hasta á las gentes más tranquilas; dan valor á los tímidos y nervios á las naturalezas más decaídas.

Savari, vivamente impresionado por la conversación que acababa de tener, estaba profundamente sobreexcitado, cuando después de haber arrojado una mirada por la ventana, volvió á sentarse al lado de Julia. Estaba en uno de esos momentos en que los más sabios olvidan toda prudencia, se contentan con obedecer á sus inspiraciones y ven la vida bajo un nuevo aspecto. Lo que un instante antes le hubiera parecido imposible, monstruoso, parecíale entonces natural y sencillo. Desde hacía mucho tiempo, Savari pensaba hacer una importante confidencia á Julia. Un peso enorme la abrumaba, un

pensamiento la torturaba, un vivo dolor le envenenaba sus más grandes alegrías. Parecíale que confiando su secreto á alguno, depositándole en el corazón de un amigo, confesándole y llorándole, sufriría menos. Sí, sobre todo, Julia, en quien tenía una confianza absoluta, quería oírle, y después de haberle oído creía poder absolverlo, él se consideraría salvado. Nunca se decidía á hablar; pero aquella ocasión era la más propicia. Julia acababa de hablarle de su vida, y él debía hablarle de la suya. No podía haber secretos entre ambos; se amaban demasiado. Antes de dejarle llevar su nombre, el honor le ordenaba le dijera lo que podía manchar este nombre. ¿Quién sería indulgente si no lo era Julia? ¿Quién mejor que ella podía secar sus lágrimas, consolarlo y reconfortarlo con dulces palabras?

Los gritos, los cantos, y las exclamaciones subían siempre de la calle. Savari se aproximó á Julia y le dijo:

—Un secreto me atormenta; ¿quieres que te lo confíe?

—Sin duda.

—¡Ah! ¡es un remordimiento!—dijo,—un remordimiento que me destroza el corazón!

—Un remordimiento!—repitió Julia.

—Escucha;—exclamó Alberto con una exaltación extraordinaria;—¿si te dijeran de pronto, que el hombre á quien amas, al que has dado tu vida, cuyo nombre consientes llevar, es culpable de una mala acción, que ha cometido un crimen quizá?...

—¡Ah! exclamó Julia,—¡no creería eso.

—¿Si fuera verdad, sin embargo; si en un mo-

mento de cólera y de locura, se hubiese atrevido á herir á un hombre?...

Julia, densamente pálida, retrocedió.

—¿Y si,—añadió Savari,—por una fatalidad mal-dita, ese hombre hubiese muerto á consecuencia del golpe?...

—¡Calla! ¡calla!—balbuceó Julia.

—No, he empezado y debo terminar. ¡Este secreto me abruma; es preciso que me condenes ó que me absuelvas!

Julia quiso imponerle silencio, pero Savari no lo oyó. Habíase levantado, y agitado, febril, daba grandes paseos por el salón.

—Escucha,—le dijo,—aprende á conocerme... Pacífico y tranquilo de ordinario, tengo momentos en que soy violento, en que no soy dueño de mí... algunas veces, ciertos vinos me hacen perder la cabeza. Había comido en un restaurant de los boulevares; sufría mucho desgraciadamente, y para olvidar me dejé arrastrar por la bebida más que de costumbre. Después de comer estaba citado con un joven con el que habían mediado serias cuestiones de interés. Le encontré sólo en su casa, acababa de entrar é iba á acostarse. Me recibió duramente. Le expliqué mi penosa situación, le rogué no me demandase. Le dije : *Acabaréis de arruinarme, me arrebatáis el poco crédito que me queda en la Bolsa, y que me hace vivir...* Me contestó que le importaba muy poco... ¡Le supliqué, sí, le supliqué, descendí hasta la súplica! Fué insensible á mis ruegos. Entonces, en el colmo de la desesperación, exclamé : *Seréis causa de que cometa una mala acción; antes de*

ser humillado,—proseguí todavía,—me mataré !—¿Vos? —contestó con tono burlón,—vos, mataros! ¡Vamos! ahí tenéis un magnífico cuchillo; os lo ofrezco, plenamente convencido de que no haréis mal uso de él. Maquinalmente cogí el cuchillo, pero la sangre se me subió á la cabeza, los vinos que había bebido me hicieron perder la razón... No supliqué más á mi acreedor, le eché en cara sus rigores y reproché su dureza... ¡Mi dureza !—exclamó.—¡Tomad, he ahí vuestros pagarés, tomadlos; no quiero que haya nada de común entre nosotros! ¡Pero tengo el derecho de decir en todas partes, que sois un ladrón!...—¡Un ladrón! ¡yo!... Me precipité sobre él, y me dió una bofetada en el rostro; entonces, loco de cólera, le herí con el cuchillo que tenía entre las manos... lanzó un grito y cayó; arrojé el cuchillo lejos de mí, y huí espantado... ¡Ah! ¡así es como pasó, lo juro!

Se detuvo, tomó aliento y continuó hablando sin mirar á Julia.

—¡Creí haberle hecho una ligera herida!... ¡Le había matado!... Algunos días después, fuí arrestado... Desde un principio quise confesar todo... ¡Ningún jurado me hubiera condenado! ¡Era un desgraciado, no un criminal! ¡Había dado muerte, pero sin intención de matar!... Pero la serie de circunstancias que coincidían con mi desgracia, hubieran hecho aparentar un asesinato para librarme de una deuda; entonces decidí defenderme, emplear toda mi inteligencia en engañar á los jueces y salvar mi cabeza. ¡Si no lo hubiese conseguido, si hubiese tenido que subir al cadalso, hubiérame dado la muerte por mi

mismo! ¡Se creyó en mi inocencia, se me puso en libertad, y en el momento en que desesperado iba á poner fin á mi vida, la quise con todas mis fuerzas... porque acababa de encontrarte y te amaba! Habla ahora,—añadió adelantándose hacia Julia, pero sin atreverse todavía á mirarla,—habla, ya conoces mi crimen; ¿quieres absolverme?

Con la cabeza apoyada en las manos, la joven no contestó. Este silencio espantaba á Alberto; puso la mano sobre la frente de Julia y trató de levantarle la cabeza. Retrocedió con terror; aquella cabeza estaba lívida. Dos gruesas lágrimas corrían á lo largo de sus mejillas.

—¡Oh!—exclamó Savari,—¿soy más culpable aún de lo que creía! ¿Te niegas á perdonarme?

Julia se levantó lentamente y con entrecortada voz dijo:

—*¡Soy la viuda de Mauricio Vidal!*

XVIII

Savari, pálido, descompuesto, incapaz de coordinar ninguna idea, salió maquinalmente, al cabo de algunos minutos, del salón en que Julia le había dejado solo. Abrió la puerta y descendió la escalera apoyándose en la barandilla, porque sus piernas no podían sostenerlo. Una vez en la calle, tomó el camino que conduce á los boulevares, apoyándose contra la pared, como un hombre ebrio, y tambaleábase á cada paso. Estas terribles palabras: *¡Soy la viuda de Mauricio Vidal!* zumbaban en sus oídos continuamente; las veía escritas ante él con letras de sangre. Cada una de estas letras tenía una altura prodigiosa y parecía impedirle el paso. Una de ellas cambió de pronto de aspecto, y tomando una forma humana que se dirigió hacia él, creyó aperebir distintivamente á Mauricio Vidal, que tendiéndole el brazo, le ordenaba que se alejase.

En la esquina del boulevard y la calle de Grammont se detuvo. Una larga guirnalda de luces corría de casa en casa; una multitud inmensa circulaba por todos lados. Se agitaban banderas, se reía, se cantaba. En todos los rostros estaba pintada la alegría. Él no comprendió lo que pasaba; apoyado contra el es-

mismo! ¡Se creyó en mi inocencia, se me puso en libertad, y en el momento en que desesperado iba á poner fin á mi vida, la quise con todas mis fuerzas... porque acababa de encontrarte y te amaba! Habla ahora,—añadió adelantándose hacia Julia, pero sin atreverse todavía á mirarla,—habla, ya conoces mi crimen; ¿quieres absolverme?

Con la cabeza apoyada en las manos, la joven no contestó. Este silencio espantaba á Alberto; puso la mano sobre la frente de Julia y trató de levantarle la cabeza. Retrocedió con terror; aquella cabeza estaba lívida. Dos gruesas lágrimas corrían á lo largo de sus mejillas.

—¡Oh!—exclamó Savari,—¿soy más culpable aún de lo que creía! ¿Te niegas á perdonarme?

Julia se levantó lentamente y con entrecortada voz dijo:

—*¡Soy la viuda de Mauricio Vidal!*

XVIII

Savari, pálido, descompuesto, incapaz de coordinar ninguna idea, salió maquinalmente, al cabo de algunos minutos, del salón en que Julia le había dejado solo. Abrió la puerta y descendió la escalera apoyándose en la barandilla, porque sus piernas no podían sostenerlo. Una vez en la calle, tomó el camino que conduce á los boulevares, apoyándose contra la pared, como un hombre ebrio, y tambaleábase á cada paso. Estas terribles palabras: *¡Soy la viuda de Mauricio Vidal!* zumbaban en sus oídos continuamente; las veía escritas ante él con letras de sangre. Cada una de estas letras tenía una altura prodigiosa y parecía impedirle el paso. Una de ellas cambió de pronto de aspecto, y tomando una forma humana que se dirigió hacia él, creyó apereibir distintivamente á Mauricio Vidal, que tendiéndole el brazo, le ordenaba que se alejase.

En la esquina del boulevard y la calle de Grammont se detuvo. Una larga guirnalda de luces corría de casa en casa; una multitud inmensa circulaba por todos lados. Se agitaban banderas, se reía, se cantaba. En todos los rostros estaba pintada la alegría. Él no comprendió lo que pasaba; apoyado contra el es-

caparate de una tienda miraba con aire de imbecilidad á la gente que circulaba en todos sentidos por delante de él. Se le empujaba, pisaba y no se apercibía de nada. De pronto, un hombre delgado, pequeño y pálido, le cogió por el brazo y le dijo:

—¡Alberto Savari, en nombre de la ley, te arresto!

Savari, sin hacer ningún movimiento, ni gesto, ni tratar de desasirse de la mano que le sujetaba, clavó los ojos sobre su interlocutor, le reconoció y contestó tristemente:

—No estoy en este momento dispuesto á complaceros.

—No me importa,—dijo el hombrecillo pálido;—os arresto como asesino de Mauricio Vidal.

Nada podía extrañar á Savari, así que sin estremecerse, se limitó á decir:

—¿Quién sois?

—Soy agente de policia y me llamo Vibert.

—¡Ah! ya comprendo,—dijo Savari que recobraba poco á poco el uso de la razón;—no erais el conde Rubini, ni ella vuestra parienta.

—Eso es,—replicó el agente de policia.—¿Me seguiréis sin que me vea obligado á emplear la violencia?

—Un instante,—dijo Savari, siempre impasible;—¿por qué decís que soy el asesino de Mauricio Vidal?

—Porque acabáis de confesarlo.

—¿A quién?

—¡A su viuda, pardiez!

—¡Ah!—exclamó;—¡ya me ha denunciado!

Nada puede expresar el acento con que pronunció

estas palabras; no era un reproche lo que hacía oír; era el grito de un corazón herido. Un agente de policia ordinario hubiérase enternecido; un rival desdichado no podía, y Vibert no trató de consolar á Savari.

—¡Partamos!—dijo el agente de policia.

—¡Partamos!—murmuró Savari resignado.

¿Qué le importaban la prisión y el cadalso?

En este momento una larga columna descendía por los boulevares. Era mucho más numerosa que todas las que se habían visto circular por París durante el día; estaba compuesta de estudiantes, guardias nacionales, hombres de blusa, mujeres y niños. Venía del barrio *Saint-Antoine*, y se dirigía tumultuosamente hacia la *Madeleine* cantando himnos patrióticos y agitando antorchas, faroles tricolores y banderas rojas.

Vibert y Savari, demasiado agitados para darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor, no vieron venir aquella columna; se encontraron de pronto separados y arrastrados. Vibert, que quiso defenderse y resistir á la corriente, fué bien pronto arrojado á uno de los lados de las últimas filas; Savari, por el contrario, no hizo ninguna oposición, quedó á la cabeza y se dejó arrastrar por aquella ola tumultuosa. Pronto aumentó la masa popular, y se encontró á algunos pasos del puesto que guardaba al ministerio de negocios extranjeros. El comandante de este puesto, que se componía de doscientos hombres, dió orden á su tropa para formar el cuadro. La columna avanzaba siempre, por todas partes. Los soldados del cuadro armaron la bayoneta.

—¡Esto es una infamia!—exclamaron por todas partes,—se nos ha hecho traición.

Un disparo de pistola, salido no se sabe de dónde, retumbó en el espacio. Tan pronto como los soldados se creyeron atacados, apuntaron á la voz de su jefe. Oyóse una descarga y el cuadro quedó envuelto en una nube de humo. Al disiparse pudieron verse unos sesenta hombres tendidos por el suelo; más de treinta eran muertos. La sangre salía á borbotones. Cuando el primer momento de estupor hubo pasado, se pensó en socorrer á los heridos. Llevóseles á las casas y farmacias vecinas.

Savari, que se encontraba en la primera fila de la columna había sido alcanzado; estaba mortalmente herido. Transportado al lado de una puerta del boulevard, hizo señas á las personas que le llevaban de que quería hablar; se inclinaron hacia él.

—Llévame á la calle de Grammont,—les dijo con voz suplicante,—quiero verla antes de morir.

Dos hombres del pueblo, dos de esos hombres que se compadecen de todos los infortunios, improvisaron unas arganillas, y tendiendo al herido, se pusieron en marcha. Un muchacho les siguió; llevaba en la mano una antorcha que iluminaba el pecho sangriento de Savari y su rostro, que la muerte había invadido. Todo el mundo se descubría á su paso; las mujeres lloraban y los hombres gritaban: ¡A las armas! Era próximamente la media noche; los toques de llamada y generala se oían á lo lejos; todas las iglesias tocaban á rebato. Los hombres que conducían á Savari y el muchacho que les alumbraba con la antorcha, adelantaban lentamente en medio de aque-

llos rumores. Al llegar frente á una casa de la calle de Grammont, el herido se animó é hizo seña de que se detuvieran. Se llamó en la puerta de la calle, al tercer piso, y se agitó fuertemente la campanilla. Nadie contestó: la habitación estaba desierta. Julia, horrorizada á consecuencia de la revelación que se le había hecho, hacía media hora que había huido con Marieta.

Savari no quiso que se le transportara á su casa, y después de una corta agonía, espiró en la puerta de la casa de su amada, murmurando su nombre.

XIX

Cuando la gran voz del motín resonaba en París, la agitación que reinaba en medio de las calles franqueó las mas altas murallas y penetró en las prisiones.

La observación de los vigilantes había disminuído; estaban á la expectativa de las nuevas que venian de fuera y temían por su propia seguridad. Los soldados, que en caso de necesidad, podían prestar mano fuerte, se veían frecuentemente obligados á abandonar su puesto, aislados de su cuartel. Los presos estaban violentos, agitados, dispuestos á aprovechar toda eventualidad, á romper sus puertas, escalar los muros y aserrar sus cerrojos.

Fuera, el pueblo combatía por la libertad; el preso se disponía á combatir por la suya.

El jueves, 24 de febrero, en lo más acalorado del motín, Langlade se precipitó sobre un vigilante que había tenido la imprudencia de entrar solo en su celda, ahogó sus gritos con la ayuda de un pañuelo, le desnudó, se puso su capote y su *kepis*, se armó con su manajo de llaves y salió tranquilamente por la puerta principal. En aquel momento se estaban batiendo en la calle, y los directores, agentes y vigi-

lantes de toda especie estaban demasiado emocionados para notar esta audaz evasión.

Langlade se mezcló en él motín combatiendo tan pronto con el pueblo como con la tropa. Poco le importaba; no tenía opinión política. Entró en las *Tuileries*, saqueó el trono, bebió el vino del rey, y medio ebrio, con la pistola en la mano, el sable sujeto al cinto por un grueso cordón rojo, se dirigió á casa de *Soleil-Couchant* para terminar su sarao.

Sin entretenerse en llamar, abrió de un puntapié la puerta de la casa de su antigua querida, penetró en el salón, oyó ruido de voces en una puerta vecina y atravesó otra puerta. Hallóse en la alcoba de *Soleil-Couchant*.

Ésta iba á acostarse, y el joven inglés estaba tendido en un canapé fumando un cigarro.

Soleil-Couchant, cuando apercibió á Langlade, lanzó un grito de terror. El inglés dijo:

— ¡*Goddem!* ¿quién sois?

Langlade por toda contestación, le cogió por un brazo; le hizo atravesar el salón y lo arrojó por la escalera, cerrando la puerta con cerrojo. Después volvió á la alcoba.

— ¿Qué me queréis? — dijo *Soleil-Couchant*, que no había pensado en huir, tanto era su terror.

— ¡Vas á saberlo! — contestó Langlade.

— ¡Queréis matarme! — exclamó.

— ¡No, todavía no! ¿Ibas á acostarte? nó te detengas por mí.

Al siguiente día, por la mañana, á cosa de las siete, Langlade, que no había dormido, fué á abrir las ven-

tanás, dejando penetrar la bienhechora luz del día en la habitación.

Soleil-Couchant, quebrantada por las emociones de aquella noche tempestuosa, hacía un instante que se había dormido. Langlade se inclinó hacia ella y contempló largo tiempo sus cabellos esparcidos, sus brazos desnudos y su pecho descubierto. Después la despertó.

— ¡Oh! déjame dormir, — dijo *Soleil-Couchant* frotándose los ojos.

— No, — dijo Héctor, — dormirás dentro de un rato un sueño más profundo.

Estas palabras acabaron de despertarla. Incorporóse sobre el lecho y exclamó :

— ¿Qué quieres hacer de mí?

— Cumplir mi juramento, ¡pardiez!... ¡matarte!

— ¡Oh! ¡perdón! ¡gracia! — exclamó tratando de rodearle el cuello con sus brazos.

Langlade la dijo :

— ¡No hay gracia!

— Pere, ya que estás en libertad, podemos huir, vivir juntos.

— No, no quiero; tú no me amas.

— ¡Oh! ¡sí, te amo!

— Calla; mientes.

— ¡Te digo que te amo; te lo juro!

— ¡A nadie que se ama, se le acusa delante de un tribunal! Vamos, preparáte para morir.

— ¡No... no... gracia!

— Si crees en Dios, reza. Cuando este reloj, que te ha regalado el inglés, dé las siete, habrás dejado de existir.

La joven se tiró de la cama, se arrastró á los pies de Langlade, le cogió las manos, lloró, suplicó; pero *Langlade* fué inflexible y se limitó á decir :

— Acuérdate de la escena de la prisión.

Dieron las siete. Langlade abrió la ventana, y se lanzó sobre *Soleil-Couchant*. Con una mano le cogió los brazos para impedir que le estorbara; con la otra mano la levantó, la llevó hacia la ventana y la lanzó al espacio. Después se inclinó, miró al sitio en que había caído, subió sobre la balustrada de la ventana y se precipitó también. Respiraba todavía cuando llegó al suelo. Entonces los espectadores de aquella terrible escena le vieron arrastrarse hasta el cadáver de su querida. Cuando lanzó el último suspiro, la estrechaba entre sus quebrados brazos.

XX

Existe en Génova un establecimiento de beneficencia que lleva un nombre encantador: *Albergo dei Poveri*. Notadlo bien: albergue y no hospital. Lo que significa que para entrar allí, no es absolutamente necesario estar enfermo ó impedido.

Para poder entrar en aquella hospitalaria casa, basta ser demasiado viejo, demasiado joven ó demasiado débil para trabajar. Se guarda á los ancianos hasta su muerte, á los jóvenes hasta su mayor edad y á los débiles hasta el día en que los cuidados les han hecho recobrar las fuerzas. El *Albergo de los pobres* cuenta con más de dos mil asilados, cuya mayoría están cuidados por mujeres. La hermana de la caridad no es sólo francesa, es de todas las naciones. Al lado de toda miseria, hay siempre una mujer.

Julia Vidal se ha retirado al asilo del que hablamos, y en él habita todavía. Se hace notar por su celo y dulzura que jamás son desmentidos. Marieta no la ha abandonado y la ayuda en tan noble misión.

* * *

Ha muerto un loco, hace cinco años, en el manicomio del doctor Blanche. Era el más rico de los

pensionistas de la casa; había heredado del marqués de X... antiguo par de Francia, un legado de cien mil francos de renta. Era de ordinario tranquilo y afable; no tenía más que una manía: escuchar sin cesar por todas las puertas. Se le veía deslizarse en todos los corredores, esconderse en algún rincón, cerca de alguna puerta y aplicar el oído al agujero de la cerradura. Se pasaba los días enteros en esta posición inofensiva, y se había tomado la costumbre de dejarlo en paz.

Había, sin embargo, momentos del año en que su locura tomaba un carácter peligroso, entonces era preciso hacer uso de la camisa de fuerza. Pero esta crisis era siempre anunciada antes por un indicio raro; el loco se quejaba de que los labios le quemaban; pedía á grandes gritos agua para refrescarlos, y pasaba á cada instante los dedos transversalmente por su boca, como quien quiere borrar las huellas de un beso.

FIN

